

Enid Blyton

Cinco
primos
en la
Granja



Lectulandia

Jack, Jane y Susan viven con sus padres, Peter y Linnie, en la granja Mistletoe. Un día reciben una llamada telefónica por la que se enteran que la casa de sus tíos, David y Rose, se ha incendiado y que la familia deberá trasladarse a la granja Mistletoe durante un tiempo.

La llegada de los niños de ciudad, Cyril, Melisande y Roderick, no será bien recibida ya que los primos nunca se han llevado bien. Empezará la difícil convivencia de las dos familias en la que cada una deberá aprender a conocer y respetar a la otra.

Lectulandia

Enid Blyton

Seis primos en la granja

Seis Primos - 1

ePub r1.0

Titivillus 10.11.16

Título original: *Six Cousins at Mistletoe Farm*

Enid Blyton, 1948

Traducción: Manuel Giménez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a mi hija Imogen, de doce años,
que escogió y describió todos los caballos de la obra.

Capítulo primero

La llamada telefónica

Eran las cinco y media de una tarde de abril en la Granja Mistletoe. En el saloncito se hallaban cinco personas, tomando el té.

Tres jóvenes estaban sentados a la mesa con sus padres. Eran los dos mellizos de quince años de edad, Jane y Jack, y la niña Susan, de once, con «Meneítos», el perro de aguas negro, que se agitaba lo más cerca posible de ella. Susan le iba dando todo aquello que ella no comía y que el animal engullía prestamente.

El señor Longfield, su padre, era un corpulento y recio granjero. Estaba a la cabecera de la mesa, comiendo rápidamente y frunciendo el ceño al pensar en toda la labor que le esperaba para la semana siguiente. Lo primavera siempre era una estación muy atareada, sin un minuto que perder. La señora Longfield estaba sentada al otro extremo de la mesa. Era bajita y regordeta, con cabello rizado y sedoso, y ojos que chispeaban. Aunque también sabían mirar con dureza, frialdad y severidad cuando algo no le gustaba.

Ahora sonreía, contemplando a su familia en torno a la mesa, devorando todo lo que ella había preparado. Miró a los mellizos... ¡nadie diría que lo eran! Jack tenía el cabello rojizo y Jane muy estirado. Jack era alto, Jane, bajita. Ésta era impulsiva, parlanchina e impaciente, mientras que Jack era lento y callado... ¡aunque vaya genio el suyo!

La señora Longfield contempló a Susan, que estaba tranquilamente comiendo un enorme pedazo de pastel helado. Susan le devolvió la mirada con toda solemnidad, y después sonrió con aquella sonrisa que siempre le favorecía.

—Bien, solemne Sue —exclamó la madre—. No has dicho una sola palabra en toda la comida.

—¿Para qué? —contestó la aludida—. Pienso...

—Y alimentas a «Meneítos» —añadió Jane—. No deberías hacerlo, Susan. Está engordando. Y no me gustan los perros de aguas gordos.

—¡Oh! ¿Cómo es posible que no te guste «Meneítos»? —inquirió Susan, aterrada—. ¡Ha sido nuestro perro desde que era tan pequeño que aún no podía ladrar!

—Claro que a Jane nunca le disgustará «Meneítos» —intervino la señora Longfield, conciliadora—. Pero estoy de acuerdo con ella en que los perros gordos son lamentables. Y empieza a engordar demasiado.

—Ya he dicho otras veces que no hay que darles de comer a los perros en la mesa —recordó el señor Longfield, metiendo baza de repente en la discusión—. ¿Me has oído, Susan?

—Sí, papá —asintió la niña, alarmada.

Su padre hablaba tan poco durante las comidas que cuando lo hacía, siempre era una sorpresa para ella. Su padre tenía el mismo genio vivo que Jack... y el mismo buen corazón y el mismo amor hacia todos los animales y pájaros de la granja y sus contornos.

El silencio se abatió sobre la mesa. «Meneítos» exhaló uno de sus gruñidos y Susan lo acarició para consolarlo, segura de que había comprendido lo que acababa de decir su padre. El perro le lamió los dedos.

Lo señora Longfield le sirvió a Susan otra taza de leche. Era el momento en que más satisfecha se sentía cada día, cuando tenía a su alrededor a toda la familia, gozando de aquella paz idílica. La vida en la granja Mistletoe era agradable, con mucho trabajo y mucha felicidad. La mujer llevaba la casa a su modo, lo mismo que su marido dirigía la granja, al suyo. Nadie se interfería en uno y en otro, y nada trastornaba la feliz rutina de todos los años.

Y entonces sonó el teléfono en el vestíbulo. Todos se sobresaltaron. «Meneítos» se levantó y ladró fuertemente. Aún no se había acostumbrado a aquel horrible ruido.

Nadie se movió. La señora Longfield miró a su esposo.

—El teléfono —dijo insegura—. ¿No va nadie? Vamos, uno de los chicos.

A ninguno de los tres hermanos le gustaba contestar al teléfono. Jack le dio un codazo a Jane.

—Te toca a ti. Ve, Jane, antes de que vuelva a llamar.

El estridente ruido volvió a dejarse oír con impaciencia.

—¿Quién será? —se preguntó la señora Longfield—. Ve a contestar. Jane.

La muchachita se levantó y fue al vestíbulo. Los demás prestaron atención cuando ella cogió el receptor.

—Diga... Aquí la granja Mistletoe.

Al otro extremo del hilo alguien habló con voz aguda y voluble. Jane escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dice?... ¿Quién habla?... ¡Oh... tío David!

La voz del teléfono volvió a hablar con urgencia, y Jane escuchó con los ojos casi desorbitados.

—¿Quién es? ¿El tío David? ¿Qué quiere? —preguntó desconcertada la señora Longfield.

—¡Oh, tío... qué pena! ¡Oh... lo siento! Todo quemado... Oh, tío... —La voz de Jane sonaba tristemente apenada—. Avisaré a papá.

Jane dejó el receptor y corrió hacia la salita, tropezando casi con sus padres que se dirigían ya al aparato.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Es tío David! Se ha quemado su casa... y tía Rose está en el hospital... y...

Pero su padre ya había cogido el teléfono y escuchaba con emoción la voz de su hermano. Le hizo una seña a Jane para que callara. Jack, Susan y «Meneítos» estaban ya también en el vestíbulo, y su madre trataba de adivinar lo que tío David decía.

—David, estoy horrorizado... Lo siento por ti —contestó el señor Longfield—. Pobre Rose... ¿No será nada grave, eh? ¿Oh... sólo el sobresalto? ¿Y los niños... están bien?

La conversación continuó hasta que el señor Longfield se volvió a su esposa.

—Habla con David. Desea saber si puede traer a sus hijos aquí una temporada hasta que todo vuelva a estar en orden o encuentre un sitio donde ir a vivir... y hasta que Rose se restablezca. Está fuera de sí, pobre chico.

Jane miró a Jack y compuso una mueca. Susan arrugó la nariz, como hacía siempre que alguna idea no le gustaba. Pero ninguno dijo nada.

Al fin, su madre colgó el aparato. Luego abrió la marcha hacia el salón. A todos se les habían terminado las ganas de seguir comiendo.

—¡Vaya susto! —exclamó la señora Longfield, dejándose caer en la mecedora—. ¡Oh, Peter..., pobrecitos... sin casa... sin haber podido apenas salvar nada...!

—¿Qué ha sucedido, mamita? —preguntó Susan—. ¿Se ha quemado Three Towers?

—Sí, la hermosa mansión de vuestro tío no es ya más que un montón de cenizas —le explicó su madre—. Nadie sabe qué pasó... pero las llamas crecieron rápidamente y casi no pudieron salvar nada. Todos los muebles... y los vestidos de Rose... ¡hasta sus ricas pieles! Lograron salvar las ropas de los niños, pero no todas.

—Y, claro está. Rose tuvo que ser llevada al hospital, de resultas del pánico pasado —añadió el padre—. Siempre tiene que guardar cama cuando ocurre algo.

—¡Oh, no seas mal pensado! —le recriminó su esposa—. También sería un gran trastorno para mí si ardiera Mistletoe.

—Seguro —le concedió el señor Longfield—, pero no creo que tú te metieras en cama, aunque sea la de un hospital, y me dejases a mí a cargo de todo... con los tres niños.

—Bueno, esto no importa —concluyó la señora Longfield—. Tenemos que ayudarlos. Los niños pasarán la noche en casa de los vecinos, y David los traerá mañana.

—Mamita —quiso saber Jane—, ¿cuánto tiempo se quedarán aquí?

—Supongo que hasta que vuelvan a la escuela. Una o dos semanas.

—¡Ah! —exclamó Jane, aliviada—. Lo siento por ellos... pero no creo que pudiera soportar a Melisande y los otros mucho tiempo.

Jane, Jack y Susan salieron al jardín. Era una tarde cálida y placentera, con primulas en los senderitos, y un ruiseñor que cantaba con su fría y clara voz en un manzano.

Todos fueron hacia el árbol. Era muy viejo y tenía una curiosa rama muy baja, ancha y lisa, que formaba un excelente asiento. Su padre se había sentado allí de muchacho, lo mismo que el abuelo. Y ahora los niños se sentaron juntos, mirándose mutuamente.

El ruiseñor dejó de cantar y voló a un peral. Allí reemprendió su serenata.

«Meneítos» intentó subirse a las rodillas de Susan, pero se vio rechazado. Se sentó entonces sobre su cuarto trasero, escuchando la conversación de los jóvenes.

—¡Diantre! ¡Quemarse la casa! ¡Qué horroroso! —comentó Jane.

—Sí... y también es horroroso tener que soportar aquí a Melisande, a Cyril y a Roderick —añadió Jack—. ¡Los muy tontos! Arrugando siempre la nariz, llamándonos bobos campesinos a espaldas nuestras y riéndose de nuestros pantalones sucios.

—Y vaya nombrecitos... —rió Jane—. ¡Melisande! ¡Qué feo!

—¡Oh...! —se extrañó Susan—. ¿Es Melisande? Siempre creí que era Smellisande, y pensaba que era un nombre muy adecuado para ella porque siempre huele a polvos y a jabón^[1].

Jane y Jack se echaron a reír.

—Siempre te equivocas, Susan —dijo Jane—. Esto está muy bien... ¡Smellisande! Pero ahora no se lo llames. Supongo que nunca se lo habrás llamado o lo habría notado.

—Cuando estuvieron aquí el año pasado, Susan ni siquiera abrió la boca —explicó Jack—. Bueno, Melisande es mejor nombre que Cyril... aunque debo confesar que a Cyril le sienta muy bien su nombre.

Todos veían a Cyril en su mente. Un muchacho de dieciséis años, alto, de cara pálida, con un pelo ondulado muy largo, con gran afectación, de palabra lento, lo cual exasperaba a Jane, y enfurecía a Jack. Le gustaba mucho la música y la poesía, y estaba decidido a ser escritor.

—El mejor de los tres es Roderick —opinó Jane—. Aunque sea tan cobarde y añinado. ¡El hijito de mamá! ¿Por qué es tan tonta tía Rose?

Nadie pudo contestar aquella pregunta. Tía Rose era muy guapa. Vestía con elegancia, olía muy bien, y aunque era mayor que la señora Longfield, parecía diez años más joven... ¡pero era tan tonto!

Chillaba, parlotaba, se atascaba... y les hablaba a todos los chicos, hasta a sus hijos, como si sólo tuviesen cinco años. ¡No era raro que Melisande, Cyril y Roderick fuesen tan especiales con una madre como tía Rose!

—Bueno, llegarán mañana y tendremos que soportarlos. Al fin y al cabo, debieron llevarse un gran susto cuando vieron su casa incendiada —observó Jane—. Procuraremos portarnos muy bien con ellos.

—Sería muy fácil si ellos se portasen bien con nosotros —intervino Susan—. Pero nunca se portan bien. ¿Verdad que no, «Meneítos»?

—Supongo que tendré que cederle mi cuarto a Melisande y dormir yo contigo, Susan —reflexionó Jane—. No me gusta dormir contigo. Siempre estás pegando patadas.

—¡Caramba! Y yo tendré que compartir mi habitación con Cyril, supongo —exclamó Jack consternado—. Y apenas hay sitio para mí. Tengo que tenerlo todo muy bien guardado o no me cabe nada... Y estoy seguro de que Cyril es tan descuidado

como una chica.

—¡Gracias! —se indignó Jane—. ¡Lo mismo te digo!

—Bueno... tu dormitorio siempre está revuelto —se defendió Jack—. Vamos, en serio. Jane. Eres muy poco hacendosa, ya lo sabes. No sé qué haría Melisande si tuviese que compartir tu habitación.

—¿Dónde dormirá Roderick? —les interrumpió Susan—. Supongo que en el trastero. Es el único cuarto que queda.

La granja era vieja y pequeña. La techumbre se inclinaba de forma muy extraña. Los pasillos eran tortuosos, estrechos y algo empinados y resultaba peligroso ir por ellos sin una luz. Sólo había un cuarto de baño y aún con agua fría, sin agua caliente. Ésta tenía que ser acarreado arriba cada noche cuando alguien quería bañarse.

Los chicos estaban acostumbrados a los baños de agua fría. A ninguno le gustaba subir cubos de agua por aquellas estrechas escaleras. Susan sonrió de repente al pensar que podrían ofrecerles baños fríos a sus primos. No lograba imaginarse a ninguno de ellos aceptando.

La granja Mistletoe parecía muy tranquila y agradable aquella tarde. Tenía la forma de una L, y había un viejo patio enlosado en el ángulo de la L, con un estanque lleno de carpas doradas. Detrás había un jardincito y un huerto. Y en torno, prados ondulados, ahora verdes con la cosecha de maíz y otros cereales.

Los tres hermanos Longfield amaban la granja. No les importaba que no tuviese agua caliente, ni que tuviesen que usar lámparas de petróleo, y que el suelo no fuese liso por completo.

Mejor preferían soportar todos esos inconvenientes y vivir en la granja, rodeados de caballos, perros, vacas y ovejas, que en un sitio tan maravilloso como la mansión de tía Rose. Three Towers era como un palacio para ellos.

—Y sin embargo, Three Towers no es un verdadero hogar —meditó Susan, expresando sus ideas en voz alta, como hacía a menudo—. Es una casa estupenda. Bueno, lo era. Había olvidado que se ha incendiado. ¿No te molestaría, Jack, vivir siempre en una gran ciudad, como nuestros primos? Sin campo en muchos kilómetros... ¡sin caballos para cabalgar!

—Bueno, poseen tres coches —replicó Jack—. No necesitan caballos. Los caballos, para Melisande y los otros, sólo les sirven para la escuela de equitación. No nos comprenderían si supiesen cómo amamos a nuestros poneyes. Quiero decir que para nosotros, a menos que tengamos que ensillarlos, mimarlos y cuidarlos, no son verdaderos caballos.

Jane y Susan comprendían de sobra la explicación de Jack. Los tres hermanos Longfield poseían su propio poney. Jane tenía a «Piesligeros»; Jack a «Sombrita», y Susan un extraño caballejo llamado «Gordito». Era un poney de Islandia, pesado, huraño y vivo de genio. Pero Susan lo amaba apasionadamente.

Alguien salió de la casa y los llamó.

—Es mamá —dijo Jane, levantándose—. Supongo que querrá que vaya a darles

de comer a las gallinas. Debe de estar muy ocupada preparando las cosas para mañana. Susan, ven a ayudarme.

Dejaron el manzano y el ruiseñor volvió a él. Era el árbol desde el que cada noche lanzaba su serenata. «Meneítos» le contempló saltar de rama en rama, y luego siguió pausadamente a los muchachos, con sus sedosas orejas enhiestas. Era la fiel sombra negra de los hermanos Longfield.

Capítulo II

Preparándolo todo para los visitantes

A la mañana siguiente todo el mundo estaba ocupado preparando la llegada de los tres primos. Jane escuchó, llena de pánico, que no iría a dormir con Susan, sino que compartiría su dormitorio con Melisande.

—¡Pero, mamá! —exclamó, lloriqueando—. ¡Sabes que esto me horripila! Es imposible que Melisande esté en mi misma habitación.

—Bueno, a ti te molesta dormir en la cama de Susan, porque siempre pega patadas —objetó su madre—. Y creí que sería menos fastidioso para ti estar acompañada de tu prima. Además, esto significa que no tendremos que trasladar todas tus cosas de sitio. Me gustaría que fueses más cuidadosa, Jane, hija mía. Tu cuarto es una verdadera leonera.

—Sacaré todas mis cosas y las llevaré al dormitorio de Susan —decidió Jane—. Y no será para mí ninguna molestia, en absoluto, mamita.

—No. Esto está ya decidido —anuncióle su madre con firmeza—. Compartirás tu habitación con Melisande... y así tal vez llegues a avergonzarte de ser tan despreocupada cuando veas cómo es ella.

—Pero, mamita... —suplicó Jane, sin dejar de gimotear.

Pero su madre se negó a escucharla. Todo fue inútil. Jane tenía que compartir su dormitorio con su prima Melisande. Jack estaría con Cyril. Roderick iría a parar al trastero, y Jack y Jane eran quienes tenían que quitar todos los trastos, cajas y cajones que había allí.

—¿Por qué no puedo estar yo en el cuarto de los trastos viejos —preguntó Jack, enfadado— y dejar que Cyril y Roderick duerman en mi cuarto?

—Porque no hay tiempo para tantos cambios como queréis tanto tú como Jane —decidió su madre, exasperada—. ¡Que Dios me ayude! ¡Cualquiera pensaría que van a quedarse a vivir con nosotros eternamente y no sólo por unos días, a juzgar por el alboroto que armáis! ¿No podéis, en cambio, ayudarme un poco, cuando estoy tan ajetreada?

Jane y Jack fueron a limpiar el cuarto de los trastos viejos. Jane estaba furiosa y no cesó de murmurar continuamente. Jack también estaba de mal humor, pero no dijo esta boca es mía. No tardaron en tener la habitación libre de cojas y baúles, que llevaron a lo que llamaban el cuarto-cisterna. Más tarde, su padre colocó en el trastero un lecho de campaña para Roderick.

—Ojalá pudiera yo dormir aquí —suspiró Susan—. ¡Qué suerte tiene Roderick!

—Pues tú eres la más afortunada de nosotros tres —replicó Jane, ásperamente—. Eres la única que tendrá una habitación sola. Jack y yo no, naranjas. Y gracias a Dios

que en mi cuarto hay dos camas. Me resultaría imposible dormir en la misma cama que Melisande. Huele que marea.

—La querida Melisande... —se burló Susan—. Supongo que me olvidaré y la llamaré «Smellisande».

Al fin, quedaron tres habitaciones dispuestas para recibir a los inesperados huéspedes. Jane limpió la suya, poniendo orden en los cajones de la cómoda... no muy en orden que digamos, un poco... *sui generis*. Pero en fin... Jack no logró hacer sitio en su cuarto, porque ya lo tenía todo muy en orden, pero sacó del armario todos sus tesoros, a fin de que quedara más espacio para las cosas de Cyril.

Susan no tuvo que hacer nada en su dormitorio, por lo que ayudó a su madre a preparar el pequeño cuartito de Roderick.

Mientras disponían la cama de campaña, ponían las toallas limpias y todo lo demás, conversaron un poco.

—Espero que tú y tus hermanos seáis amables con los primos —le rogó su madre a Susan—. Ya sé que no son como vosotros. Se han criado de una manera tan diferente... Pero acaban de pasar por un trance muy doloroso y necesitan consuelo y amabilidad.

—Sí, mamá —asintió Susan—. ¿Pero cuánto tiempo tendremos que mostrarnos amables con ellos?

—¡Oh, Susan! ¿Tanto os cuesta? Me avergüenzas, hijita. Ahora baja y pregúntale a Dorcas si quiere que vayas a buscar algo a las tiendas. Ésta es mi mañana de compras, pero tengo demasiado trabajo.

Susan bajó a ver a Dorcas, que estaba en la cocina, preparando un pastel muy esponjoso. Era una mujer gordinflona, ya mayor, con una cara muy colorada, el pelo alborotado, una nariz protuberante, y una boca en forma de bolsa. Llevaba un enorme delantal blanco y se movía con sorprendente agilidad para su corpulencia. Estaba tarareando una de sus canciones favoritas cuando Susan irrumpió en la cocina.

—Vaya, aquí tenemos a Susan Cabezota —exclamó—. ¿Qué quieres? Supongo que rebañar la cacerola del pastel, ¿no?

—Sí, Dorkie, si no te molesta. Pero la verdad es que vengo a que me digas si necesitas algo. Mamá no puede ir de compras.

—Ya lo sé —asintió Dorcas, agitando la masa del pastel—. Con tres críos más, va a estar muy ocupada. Sí, y recuerda mis palabras, Susan: ¡tus primos se quedarán aquí para siempre!

—¿Cómo? —se alarmó la chiquilla.

—Es la verdad —afirmó Dorcas—. Tu tía Rose está en el hospital, y tu tío no tiene hogar para sus hijos, y tal como están las cosas, es muy difícil que consiga ninguno... y tu mamá les ofrecerá la casa para todo el tiempo que quieran.

—¡Oh, no! —gimió Susan—. ¡Eres una tonta, Dorcas! Sabes que no podemos tenerlos mucho tiempo. No hay sitio. Además, mamá tendría demasiado trabajo. Y tía Rose saldrá pronto del hospital y el tío encontrará un sitio donde vivir, y todos

volverán a reunirse muy pronto.

—Bien, ya veremos. Y ahora quita los dedos de la cacerola. Susan, o te pegaré con esta cuchara de palo. Y si quieres ayudarme, busca en la bolsa de la compra la lista que he hecho y ve a comprar todo lo que necesito.

—Iré montada en «Gordito» —decidió Susan—. Le encanta ir de compras.

—Bueno, pues procura mantenerlo bien sujeto cuando vuelvas —le advirtió la cocinera—, ya que la última vez le dejaste suelto, y se comió toda la sal que dejé cerca de la ventana.

—Lo sé, ya me lo dijiste. Después tuvo mucha sed —Susan había cogido la bolsa de la compra—. Mi caballito es una hermosura. ¿No opinas lo mismo, Dorcas?

—No —objetó la cocinera, vertiendo un poco de leche en la cacerola—. Es una peste tu poney, ésta es la verdad. No me gusta la manera como mira. Y ahora lárgate o no terminaré el trabajo en todo el día.

Susan corrió al establo. «Gordito», el poney de Islandia, estaba esperándola con la cabeza asomada por encima de las tablas que hacían de puerta. Era castaño, con una crin corta y muy poblada y una cola muy larga. Tenía unos ojos bellísimos... negros y límpidos, con unas pestañas larguísimas, como las de Susan.

—«Gordito»..., ¿me esperabas? He tenido mucho trabajo —se disculpó la muchachito mientras lo ensillaba—. «Gordito», Dorkie dice que eres una peste y que tienes una mirada perversa. ¡Y creo que es verdad!

Naturalmente, lo era. «Gordito» tenía mucho genio. El señor Longfield solía afirmar que no lo compraría ni aunque fuese el último caballo del mundo. Lo había aceptado en pago de una deuda, llevándoselo consigo a casa una noche.

Susan le había visto montándolo, y lo miró embelesada. En aquellos momentos no tenía ningún caballito de propiedad, y pensó que su padre acababa de comprarle uno... ¡y se encariñó con él!

—Papá, ¿es mío? ¿Por fin me has comprado un caballo? —le preguntó gozosa, y cuando supo que no era así, se mostró casi llorosa.

—Es muy malo —le explicó su padre—. ¿Sabes qué hace? De repente, se dirige a los setos y salta a fin de pillar desprevenido al jinete y echarlo al suelo. Lo ha probado conmigo, pero no le ha valido.

«Gordito» miró a Susan por debajo de sus largas pestañas y la niña le devolvió la lánguida mirada. El caballo pareció parpadear. Susan le frotó el morro.

—¡Me ha mirado! —exclamó—. Lo he visto... Papá, sé que éste es mi caballo.

Y fue suyo, aunque su padre no le permitió montarlo durante cierto tiempo.

—Es demasiado grueso para tus cortas piernas —objetaba—. Y no me fío de él.

—Pero yo sí —replicó Susan—. Es raro, cierto, pero a mí me obedece. De veras, papá. He descubierto que no se mueve si se le dice: ¡Alto! Para que marche hay que gritarle: ¡Arre! Y si le silbas se detiene también. Tan pronto como le silbas, se para en seco.

—Supongo que por haberse criado en Islandia —murmuró el padre— sus hábitos

son diferentes de los de aquí. Lo cierto es que es un animal extraño.

—Piensa, ¿sabes?

Y Susan casi tenía razón. «Gordito» «pensaba». Sentía mucha curiosidad y si veía algo que le intrigaba lo observaba atentamente. Tenía, también, el incurable hábito de lamer muchas cosas, y aún peor, de mordisquear la cola de cualquier caballo que se le pusiera delante.

Pronto llegó a ser conocido como el poney de Susan, y cuando llevaba un año en la granja seguía ya a la niña lo mismo que «Meneitos». El señor Longfield continuó sin dejar que su hija menor lo montase, con gran pesar de ella, porque estaba convencido de que «Gordito» no era de fiar, y siempre se imaginaba a Susan arrojada del caballo; con un pie atrapado en un estribo, y la niña arrastrada por el suelo hasta casa.

—Entonces, deja que monte sin estribos —le propuso Susan un día—. De esta manera no puede pasarme nada. «Pies Ligeros» y «Sombrita» ya me han gastado varias jugarretas y no me ha ocurrido nada. Si monto a «Gordito» sin estribos no puedo sufrir ningún accidente grave.

De este modo le fue permitido montar al caballo sin estribos, y recorrió gozosamente los senderos de la región sin menoscabo alguno para su físico. «Gordito» no intentó ni una sola vez sacudírsela de encima, mediante su truco de apoyar una pata en los setos.

Ahora ya le permitían a la chiquilla montar a «Gordito», aunque sin estribos, y el caballo era para ella tan bueno como el oro; aunque ninguno de los mellizos podía ni siquiera intentar subirse a su lomo. No sabían cómo era posible que Susan amase tanto aquel bruto, cuando había otros animales tan dóciles como «Pies Ligeros» y «Sombrita».

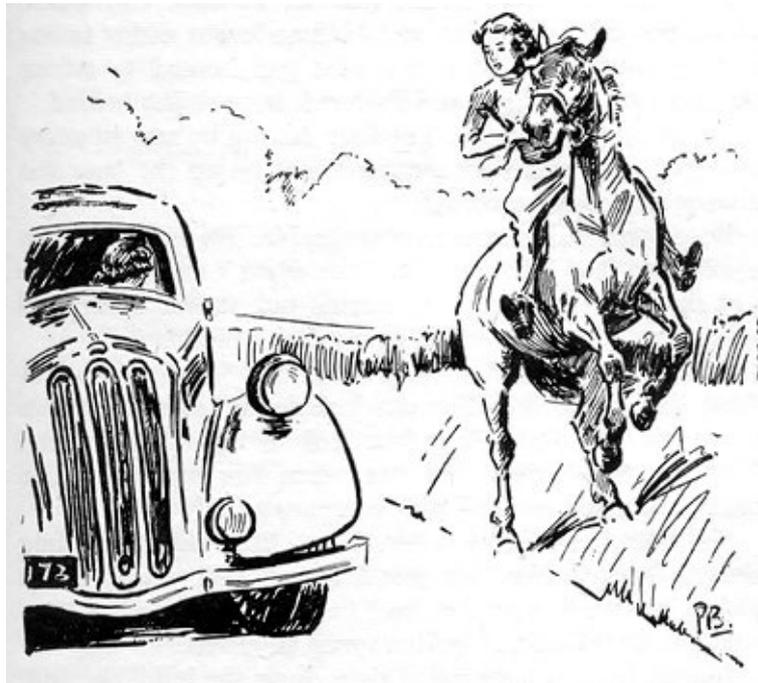
Susan se marchó a lomos de «Gordito», por la senda que llevaba desde la granja Mistletoe al pueblo que se alzaba en el valle. «Gordito» estaba de buen humor y erguía la cabeza orgullosamente. Susan comenzó a contar con su melódica voz, olvidándose de la inminente llegada de sus tres primos.

Efectuó las compras y volvió a montar a «Gordito», ya de regreso a casa. De pronto recordó que Melisande, Cyril y Roderick llegarían aquel mismo día, y el corazón le dio un vuelco. Seguramente arrugarían la nariz por todo, incluso «Gordito». Y esperarían que alguien fuese a recibirlos. Melisande no dejaría de llorar, hablando incesantemente del incendio.

«Tengo que mostrarme amable —se dijo Susan—. De veras. Ha sido terrible para ellos. Y no creo que se queden en casa más tiempo del debido. Además, deben sentirse muy desdichados. Bien, tendré que mostrarme amable. Me ofreceré para subirles agua caliente...».

Un coche apareció por el sendero detrás de «Gordito». Susan se arrimó a la izquierda tanto como pudo. El coche tocó la bocina con fuerza y «Gordito» se encabritó, asustado, estando a punto de descabalgarse a su ama.

—¿Por qué has hecho esto? —exclamó Susan, enojada—. ¡Claro que estos del auto son unos idiotas! ¡Quieto, «Gordito»! Sí, sé que tienes razón, querido «Gordito». El coche pasó veloz por su lado, y Susan lanzó una ojeada a su interior.



—¡Bestias! —gritó o sus ocupantes, furiosa.

¡Y entonces vio a sus primos! Era su tío David quien conducía el coche, y Melisande iba a su lado. Fue ella quien atrajo principalmente la atención de Susan. Cyril y Roderick ocupaban el asiento posterior.

Susan no pudo sonreír. Los del auto divisaron un rostro colérico y encendido, pero sólo un instante ya que el vehículo continuó velozmente su marcha, desapareciendo poco después en un recodo del camino.

«Gordito» seguía encabritado. Odiaba toda clase de ruidos súbitos, y en cierta ocasión se lanzó a una loca carrera de varios kilómetros cuando inesperadamente se puso en marcha un tractor. Susan descabalgó y le acarició el morro para tranquilizarlo.

—¿Verdad que son estúpidos, «Gordito»? ¡Pero así son ellos! ¿Cómo es posible que yo les sonría y sea amable con esta clase de personas? ¡Y fíjate en mis compras! Todas por el suelo... Me ha caído la bolsa cuando te has encabritado. Espera, que lo recogeré todo.

La jovencita empezó a silbar suavemente. A «Gordito» le gustaba esto. Un silbido siempre lo tranquilizaba. Se mantuvo quieto mientras la chiquilla iba recogiendo todo lo que se había desparramado por tierra. Pero no pudo encontrar la lata de jarabe por ninguna parte.

—Vaya, debe haber caído rodando por la pendiente —suspiró—. Busca, «Gordito».

La lata había rodado hasta caer dentro de la zanja, más allá de la curva. Susan la

pescó, la limpió y volvió a meterla en la bolsa. Después, todavía enfadada, montó de nuevo a «Gordito».

—¡Arre! ¡Arre! —le animó Susan al caballo.

Éste arrancó a regañadientes.

—De modo que ya han llegado —suspiró la niña—. Oh, espero que Dorcas no acierte. ¡Ojalá no se queden en casa para siempre!

Capítulo III

Llegan los primos

Jack y Jane vieron llegar el coche desde la ventana de la salita. Viró por el sendero y se paró.

—¡Ya están aquí! —le gritó el joven a su madre—. ¡De prisa, mamá!

La señora Longfield acudió presurosa y los dos hermanos la siguieron hasta la puerta. Tío David estaba saliendo del auto, fatigado, grave y viejo, aunque era más joven que su hermano el granjero. Melisande saltó también al suelo, ayudada por Cyril, muy galante y bien educado.

—¡Pobrecitos! —Se apiadó la señora Longfield con su voz cálida.

Melisande se dejó caer entre sus brazos, llorando. Cyril parecía también a punto de derramar unas lágrimas. Roderick estaba estólidamente aparte, muy aniñado, demasiado rechoncho, y con una expresión estúpida en su pálido rostro.

Jane y Jack comenzaron a sentirse incómodos. Deseaban que Melisande dejase de llorar. Tampoco sabían qué decirle a su tío. Incluso temían estrecharle la mano a Cyril si se echaba a llorar. Por lo tanto, se dirigieron a Roderick.

—Hola, Roderick —le interpelló Jack, notando que su voz sonaba muy animada. Bajó un poco su tono—. Eh..., bien, dame estas maletas. Las llevaré dentro.

Cyril los ayudó. Melisande fue acompañada al interior por la señora Longfield, que trataba de consolarla. Jane observó que su prima llevaba un vestido de color azul celeste, estilo sastre, muy bonito.

«Casi parece mayor —pensó—, y sin embargo, apenas si tiene quince años. Y lleva el cabello hecho una pura onda, como si esta mañana hubiese pasado varias horas peinándolo. Incluso ha tenido tiempo de ponerse un broche. ¡Seguro que si mi casa se hubiese quemado ayer no me habría vestido con tanto esmero!».

Cyril también parecía haberle dedicado gran atención a su atavío...

«Demasiado», pensó Jack. Y, sin embargo, parecía abatido, aunque probablemente fuese una «pose» artística. ¡Llevaba sandalias!

«¡Sandalias! —se burló Jack para sus adentros—. ¡Demontre! Supongo que perdió sus zapatos en el incendio. Tendré que prestarle un par de los míos... aunque mis pies son dos veces mayores que los suyos».

Todos pasaron adentro con el equipaje. Jane preguntó dónde estaba Susan.

«¡Vaya! —pensó—. No ha querido venir a saludarlos».

Nadie le dijo que había ido de compras, por lo que no sabía que en aquellos momentos se dirigía a casa.

—Debió ser un momento espantoso —comentó con dulzura—. Y supongo que no habréis dormido mucho esta noche. Bien, querida, te ayudaré a desnudarte y podrás

quedarte en cama todo el día. Mañana te sentirás mucho mejor.

—¡Fue espantoso! —sollozó Melisande—. ¡Nunca podré olvidarlo! No, no quiero irme a la cama. No podré descansar ni dormir en mucho tiempo.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó la señora Longfield, e inmediatamente lamentó haber hecho la pregunta, porque los tres primos prorrumpieron en sollozos.

—¡Pobre mamá! —exclamó Melisande—. Tuvieron que llevársela al hospital. Se desmayó.

La señora Longfield suspiró. Acarició a su sobrina y le enjugó los ojos, animándola a tomar algo, si no quería irse a la cama.

—No puedo comer nada —se negó Melisande.

—Bien, entonces haz lo que quieras, querida —decidió la dueña de la granja—. Quédate aquí. Yo iré a ver a Cyril y Roderick. Te veré luego. ¿Quieres que te mande a Jane para que te ayude a deshacer tus maletas?

—Sí, gracias —volvió a llorar nuevamente—. Aunque no traigo gran cosa. Sólo pudimos salvar un poco de ropa.

La señora Longfield recordó la gran cantidad de maletas y cajas sacadas del coche. ¡Con la mitad de ropa habría tenido para vestir a sus hijos toda la vida! Acarició de nuevo a Melisande y salió del cuarto.

Cyril estaba deshaciendo su maleta en el cuarto de Jack, donde no quedaba bastante sitio para todo. Jack estaba sentado en el alféizar de la ventana, con expresión compungida. ¿Cómo quedaría su habitación cuando hubiese terminado Cyril todas sus operaciones?

La señora Longfield miró a Cyril. ¡Por fortuna no lloraba! Más bien parecía muy serio e importante.

—¿Todo va bien, Cyril? —inquirió—. ¿No le ayudas, Jack?

El muchacho se levantó de mala gana y trató de prestarle ayuda a su primo.

—Hay muchos cajones vacíos, Cyril —añadió la señora Longfield—. Pon lo que no necesites por el momento en ellos, y luego ya encontraremos sitio para todo.

—Bueno, sólo quedan libros y mis papeles —explicó Cyril—. Pero no sé dónde voy a ponerlos.

—En la biblioteca de abajo hay sitio de sobra —contestó Jack.

—Oh, pero es que tengo que tenerlos aquí arriba —replicó Cyril con tono afectado.

—No sé por qué —arguyó Jack.

Su madre frunció el ceño y el muchacho calló.

—Por ahora, ponlos en el último cajón de la cómoda —le sugirió la granjera a Cyril—. Luego ya veremos dónde los colocamos.

Roderick estaba arriba con Susan, que acababa de llegar. La niña todavía estaba enojada por el susto que había sufrido «Gordito», pero procuraba mostrarse amable.

Habíase asomado a la habitación de Melisande, retirándose apresuradamente cuando vio a su prima secándose los ojos y sorbiendo por la nariz apenadamente.

También atisbo en el cuarto de Cyril, contemplando horrorizada los montones de ropa en el suelo y sobre las dos camas. Vio cómo Jack arrugaba el entrecejo en el antepecho de la ventana y decidió alejarse de allí. Subió al trastero y encontró a Roderick, bastante desanimado.

—¿Tengo que dormir aquí? —le preguntó a Susan, antes de que la niña pudiera saludarle.

—Sí. En este catre de campaña. ¿No te sientes feliz de poder dormir en un catre de campaña? Yo, en cambio, tengo una cama de matrimonio para mí sola, ya ves si es mala pata.

Roderick no parecía muy dichoso de tener que dormir en una cama de campaña. Miró en torno a la habitación, como si creyese que se hallaba en un cuchitril.

—No me gusta esto —objetó.

Susan se olvidó al momento de todos sus buenos propósitos.

—¿De qué te quejas?

—Bueno... este cuarto es muy pequeño... y triste —rezongó Roderick—. Y he oído algunos ruidos...

—¡Ah!, es la cisterna —le explicó Susan—. Gorgotea. Yo dormí aquí una semana y disfrutaba siempre que gorgoteaba la cisterna. Es un ruido encantador.

Hubo una pausa. Susan oyó unas pisadas en las escaleras del ático y poco después apareció «Meneítos», el perro de aguas. Corrió directamente hacia Roderick, oliéndole las piernas. Roderick lo apartó de su lado.

—Es «Meneítos» —lo presentó Susan—. Lo llamamos así cuando era cachorro, porque hacía cosas muy raras. Realmente, era un loco. Oye... cuéntame lo del incendio. ¿Eran muy altas las llamas?

Ante la alarma de Susan, Roderick se llevó las manos a los ojos y gritó con voz estentórea:

—¡No, no me lo preguntes! ¡Me harás llorar!

—Pero, Roderick... sólo quería saberlo... ¿Tan... tan terrible fue? ¿Viste cómo se quemaba tu casa?

Roderick empezó a gritar. «Meneítos» gruñó y Susan saltó, atónita. Su madre no tardó en acudir, corriendo.

—¿Qué le pasa a Roderick? —preguntó, angustiada.

—Le he preguntado por el incendio, se ha puesto a chillar, y me ha rogado que no le pregunte nada —explicó Susan a la defensiva. Estaba intrigada. Roderick temblaba de pies a cabeza y se había llevado las manos a la cara.

—Parece como si estuviese llorando —se compadeció la madre—. ¡Pobre Roderick! ¿Te gustaría, Susan, ir a comer fuera con tu prima, al campo, y enseñarle los tres nuevos corderitos del monte?

—¿Sin tener que comer abajo?

Susan estaba ya entusiasmada, aunque le habría gustado mucho más ir sola al campo que con aquel tontarrón de Roderick. Su madre estaba consolando al

muchacho, y él se abrazaba a ella como un crío pequeñín.

—Bueno, ahora ya no pasa nada, Roderick —le dijo la señora Longfield con firmeza—. Todo terminó. Pronto lo olvidarás. Mira, te quitaré el traje y te pondrás un suéter y unos pantalones cortos. Van mucho mejor para ir de campo. Te gustará ver los corderillos. Les llevamos botellas de leche, ¿sabes? Susan los amamantaba cada día.

—Ya me conocen —agregó la niña—. Cuando los llamo acuden corriendo. Mamita, ¿bajo y le digo a Dorcas que prepare bocadillos?

—Sí, ve.

Su madre, que estaba terriblemente inquieta por el pequeño Roderick, comprendía que éste acababa de sufrir un terrible golpe, y como todos estaban muy afectados, no se habían dado cuenta de que era él quien más sufría por la tragedia.

Susan bajó corriendo las escaleras, encantada con la sugerencia de su madre. Se tropezó con Jane por el camino.

—Me voy a comer al campo con Roderick —le gritó, feliz.

—¿Quién lo ha dicho?

—¡Mamá!

Susan desapareció, dejando a Jane deseando poder también huir del almuerzo familiar con una llorosa Melisande, un solemne Cyril y un tío sumamente apesadumbrado.

Dorcas no tardó en tener listos los bocadillos, unos trozos de pastel y una botella de leche. Roderick bajó con su tía, pareciendo mucho más sereno. Llevaba un suéter y unos pantalones cortos, y ya no suspiraba.

—Vamos —lo apremió Susan—. Te llevaré a la colina donde están los corderos. Y no te hablaré del incendio. Te lo prometo. Veremos a Hazel, el pastor. Siempre tiene alguna cosa que contar. ¡Vamos, vamos a divertirnos!

Capítulo IV

Planes... y un gran golpe para los primos

Los diez primeros días fueron difíciles. Melisande parecía decidida a llorar por poco que la animasen a ello, y hablaba continuamente de su «pobrecita mamita», hasta que Jane casi lloró tanto como Roderick.

Cyril conservaba su aspecto grave y ceremonioso, que obligó a Jack a replegarse en sí mismo, sin pronunciar una sola palabra. Tío David parecía anonadado. Y los niños no tardaron en averiguar por qué.

—¿No sabías que Three Towers no estaba asegurada? —le espetó Jack a Jane a la segunda noche—. Por lo visto, tío David demoró firmar la póliza... o no se molestó en pagar el primer plazo.

Jane silbó.

—¡Dios mío! ¿Esto significa que no obtendrá nada para comprar otra casa y los muebles?

—Sí, significa esto —afirmó Jack—. Oí cómo papá se lo contaba a mamá. Y añadió: «Así es David. Siempre tan irresponsable. Y Rose es una mariposa. ¿Qué cabe esperar de ellos?».

—¿Dijo esto? —rió Jane—. Bueno, si no puede obtener dinero para adquirir otra cosa, ¿qué ocurrirá? ¡Oh, Jack...! Seguramente no esperarán que papá tenga aquí indefinidamente a Melisande y... y a sus hermanos...

—El tío conseguirá dinero —le aseguró Jack—. Pero no mucho. No podrá adquirir una residencia como Three Towers. Está buscando algo para cuando tía Rose salga del hospital. Además, Cyril tiene que volver a la academia dentro de dos semanas, de modo que nos libraremos de él. Es un verdadero asno, ¿verdad?

—Sí, es muy pomposo —asintió la hermana—. Es el calificativo que mejor le cuadra. Y estoy segura de que me recitará sus versos dentro de poco. Si lo hace... me pondré a gritar.

—¿No va Roderick al colegio? —preguntó Jack—. Seguro que no. Es un verdadero hijo de mamá. Siempre pensé que Susan era demasiado chiquilla para su edad, pero Roderick le gana.

—Bueno, si no va a la escuela, se quedará aquí y tendrá que ir al colegio contigo —razonó Jane—. Sé que Melisande tenía una institutriz particular y que acudía a clase de danza y pintura o algo por el estilo. Por lo tanto, si tío David no consigue encontrar una casa, se quedará también con nosotros.

Era una perspectiva bastante desagradable. La granja Mistletoe no era un lugar muy apropiado para los tres primos. Aunque no podía decirse que tío David fuese un hombre de ciudad, ya que él y su hermano se habían criado juntos en Mistletoe.

Roderick parecía haber olvidado el incendio después de los primeros días en la granja. Melisande todavía se sentía inclinada a llorar agudamente, pero ya se había arrepentido de su primera declaración «no puedo comer nada».

Ahora comía vorazmente, ante la secreta diversión de la señora Longfield.

Cyril era el peor de todos. Parecía considerar que se hallaba al nivel de las tres personas mayores, y atendía a sus conversaciones con el semblante muy grave y circunspecto, expresión que enfurecía a su tío Peter. Su padre parecía demasiado desdichado y apenado para reparar en su conducta. Jane se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que su padre le afease a Cyril su comportamiento. Sabía que no era hombre de tolerar ninguna clase de afectación.

Era muy amable con su hermano y trataba de ayudarlo con sus consejos. Pero, como le dijo después a su esposa:

—David jamás ha escuchado ningún consejo... ni de niño. Escucha, asiente y promete... Nada más. Con sus ideas nunca tendrá una casa... y si encuentra una pequeña. Rose no querrá ir a vivir allá.

—Bien, ¿qué ocurrirá entonces? —quiso saber su esposa—. Nosotros no podemos alojar a toda la familia. Principalmente, por falta de sitio. Y además, no podemos gastar tanto. Ahora, ya ando justa de dinero...

—Los granjeros siempre estamos a la última pregunta —asintió el marido—. Bueno, Linnie, no podemos echarlos. Rose tiene algún dinero. Tal vez ella piense en algo. Tal vez no sea tan mariposa como nos figuramos.

Pero, a medida que fueron transcurriendo los días, se puso de manifiesto que tío David era una nulidad para los negocios, ahora que carecía de dinero para despilfarrar. Había perdido miles de libras en el incendio y no podía recuperar ni un céntimo del seguro. Pero aún, gran parte del dinero perdido pertenecía a tía Rose.

Tío David iba a visitarla a menudo a la clínica donde se hallaba recluida. La mujer sollozaba y le suplicaba que hiciese cosas imposibles. Quería otra Three Towers. Quería sus pieles y sus vestidos perdidos en el siniestro. Pero habían desaparecido y no había dinero para emplearlo en tales tonterías. Tío David, tan galante como siempre, pero muy irresoluto, asentía a todo, con un vago:

—Pronto, pronto...

Y cuando le habló de una casita que había encontrado no lejos de la granja Mistletoe, su mujer se deshizo en lágrimas e improperios.

—¿Cómo esperas que viva «allí»? Después de la vida que hemos llevado, David... Y los niños... ¡Ni pensarlo!

Un día, su cuñada, la señora Longfield, fue a visitarla. Era difícil dejar la granja, con seis jovencitos a quienes cuidar, pero consiguió encontrar un poco de tiempo. Cuando vio a su cuñada, tan guapa y elegante, en la cama, con un aspecto altamente saludable, se encolerizó.

—¿Cuándo te levantarás, Rose? David te necesita. Y también tus hijos.

—Cuando David haya encontrado un hogar conveniente y podamos estar todos

juntos —fue la respuesta de Rose con voz débil.

—No encontrará lo que tú quieres —replicó la señora Longfield—. ¿Cómo es posible? Deberías levantarte y ayudarle a buscar un nuevo hogar.

—Oh, Linnie..., ¿no irás a decirme que mis hijos te estorban? —La voz de Rose era lacrimosa y dos lágrimas rodaron en efecto por sus tersas mejillas. La señora Longfield se acordó de las lágrimas de Melisande—. ¡Mis pobres hijos! No es culpa suya que la casa se quemase. Ah, pero acuso terriblemente a David por no haberla asegurado a tiempo. Nunca se lo perdonaré. Al fin y al cabo, el cabeza de familia debe ser una persona responsable.

—De acuerdo —le concedió su cuñada—. Pero la esposa también debe ser una mujer responsable. Rose. Y tú no lo eres. Rehuyes toda responsabilidad. No le ayudas en absoluto. Tratas de escabullirte de todos los obstáculos de la vida.

—Oh, Linnie... tú sí que llevas una existencia plácida —Rose volvió a sollozar—. Una granja tan hermosa... un buen marido... mucho terreno...

—Rose, no seas hipócrita —la interrumpió su cuñada, con ganas de sacudirle un buen mamporro—. Sabes que no te gusta vivir en una granja, cuidando de las gallinas y los patos y fabricando mantequilla. No te gustaría tener un marido que oliera a vaca y a cerdo. No te gustaría vivir siempre sin agua caliente. No te gustarían los quinqués. Vaya, no me vengas con cuentos, como si me envidiases.

—Eres muy cruel conmigo —y Rose giró la cara al otro lado.

—No lo soy. Intento hacerte reaccionar. Que hagas frente a los contratiempos que has de afrontar. Tienes un marido que te necesita. Tienes tres hijos a los que atender. Deberías levantarte de la cama, vestirme y correr a cumplir con tu deber.

Se levantó de la silla, lamentando haberse mostrado tan dura, pero contenta por otra parte de haber descargado su pecho.

—Soy yo quien tengo que hacerlo por ti. Rose —continuó, mientras se calaba los guantes—. Guiso para tus hijos, los vigilo, y trabajo el doble para esta familia mía que ha aumentado tan de repente. No me importa en absoluto... pero éste es tu deber, no el mío. Ya lo lamentarás. Estás intentando rehuir todas las dificultades, y jamás podrás eludirlas por completo. Nunca. Tienes que hacer frente a ellas y luchar. Adiós, Rose.

Salió, dejando sola a su cuñada. ¿En qué pensaba? ¿Se levantaría y haría frente a su desgracia? ¿Ayudaría a David y a sus hijos?

La señora Longfield no lo creía. Llegó a su casa muy pensativa. ¿Qué sería de Melisande, Cyril y Roderick?

¡Jack, Jane y Susan también querían saberlo! Se acercaba el momento en que empezarían las clases. Jack acudía a una famosa escuela pública del pueblo que aceptaba internos y externos. Jane y Susan asistían a una escuela particular para señoritas no lejos del colegio de Jack. Todos iban montados en sus respectivos caballitos cada mañana, y volvían a la hora del té.

Si sus primos se quedaban en Mistletoe, ¿qué sería de las clases? ¿Tío David

podría pagar el colegio para Cyril como interno? ¿Qué sería de Melisande, que nunca había ido al colegio? ¿Y el pobre Roderick, tan apegado a su madre?

Jane le preguntó todo esto a su madre.

—¿No se van todavía? —añadió ansiosamente—. Quiero mi dormitorio para mí sola, mamita. No me gusta tener que estar siempre aseándolo sólo en favor de Melisande.

—Bueno, esto no te hace ningún mal —decidió su madre—. Al menos, aprenderás a ser cuidadosa. No sé qué será de tus primos. Papá, tío David y yo vamos a celebrar esta noche una especie de consejo de familia.

Se celebró el consejo. Desde el principio se puso de manifiesto qué iba a ocurrir. Rose no pensaba abandonar la clínica y afrontar las dificultades. David no encontraba casa. No tenía tampoco bastante dinero para enviar a su chico Cyril como interno al colegio. Pero sí tenía bastante para subvenir a sus gastos de alimentación y vestido si su hermano permitía que se quedaran en la granja.

—Linnie, ya sé que es pedirte demasiado. Pero te admiro, como admiro la manera cómo has criado a tus tres hijos, y sé que serías una buena madre para los míos. Me han ofrecido un buen empleo en Escocia. Iré allí y probaré a ver si reúno algún dinero. ¿Querrás encargarte de mis hijos hasta Navidad? Por entonces, yo ya estaré pasablemente bien. Rose estará conmigo y podremos buscar un hogar para los chicos. Sí, espero que por Navidad podamos ya estar todos juntos.

—¿De qué empleo se trata? —quiso saber su hermano.

—De granjero. Oh, ya sé que a Rose no le entusiasmará la idea. Pero es lo que mejor conozco. Tú y yo nos criamos en esta granja, Peter... y sabes que siempre me ha gustado el campo. Fue Rose la que quiso vivir en la ciudad... y como ella tenía tanto dinero no tuve valor para oponerme.

—De acuerdo, hermano, si de veras estás decidido a resolver tu situación —asintió el señor Longfield, complacido—. Bien, Linnie decidirá respecto a los chicos. Es cosa suya y ella tiene que dar su opinión.

—Los cuidaré —resolvió la señora Longfield, con su voz tranquila y cálida—. No tienes que preocuparte. Pero quiero tener autoridad sobre ellos. Ya sabes que se han criado de una forma especial. Les falta aprender muchas cosas prácticas. Y creo que por su parte podrán enseñarles algo a los míos. Mis chicas son un poco marimachos, y Jack carece de modales. Estoy segura de que se ayudarán unos a otros.

—Eres muy buena al decirme todo esto —le agradeció el apurado David—. Claro que puedes gritarles incluso, si se te antoja. Haz lo que quieras. Cyril podría ir a la escuela de Jack... y también Roderick. Y Melisande que vaya con Jane.

—De acuerdo —asintió su hermano—. Todo arreglado. Te deseo mucha suerte en tu nuevo empleo, David.

—Procuraré tenerla. Yo me crezco en la adversidad. ¿Recuerdas lo que solía decirnos mamá, Peter? Cuando se presenta un obstáculo, hay que saber superarlo.

—Espero que los niños sean felices... Me refiero a los tuyos —suspiró el señor

Longfield—. Esta vida será muy diferente para ellos. Hasta ahora sólo han sido unos invitados, pero ahora pasarán a formar parte de la familia. Y esto es muy distinto. Temo que haya disputas, celos, rabietas y hasta insultos.

—Es igual —terció su esposa—. Esto ocurre en todas las familias numerosas. Siempre hay discusiones por nada.

—Díselo tú a todos, mujercita —decidió su marido—. A mí me pondría muy nervioso.

No fue cosa fácil darles la noticia a los seis muchachos. Melisande, Cyril y Roderick apenas podían creer que no volverían por el momento a su antigua vida. Y sus primos contemplaron con desmayo las poco agradables semanas que se avecinaban.

—¡Yo no he ido nunca a la escuela! —gritó Melisande—. Debe ser horroroso. ¿Por qué no puede venir una institutriz?

—¡Caramba! ¿Ir a clase con Jack? —exclamó Cyril, aterrado, mientras su primo le contemplaba entre divertido y estupefacto.

—Mamá —preguntó Jane, con los ojos arrasados en llanto—. ¿Tengo que seguir compartiendo mi dormitorio con Melisande?

—No... no tendremos que dejarles nuestros caballos, ¿verdad? —quiso saber Susan en voz baja.

—¡Yo quiero ir a vivir con mamá! —gimió Roderick, sintiendo que se desmoronaba su mundo ante la idea de tener que seguir viniendo con sus ruidosos y nada amables primos. Parecía a punto de desmayarse.

—¡El niño de mamá! —se burló Susan.

Entonces Roderick cogió una pataleta que casi se desmaya. Pero su tía lo cogió en brazos y lo consoló. Luego le miró con severidad.

—Roderick, repórtate. O lo pasaras muy mal en el colegio si continúas llorando así. No seas crío.

A Roderick nadie le había hablado nunca así. Se quedó sumamente extrañado, tanto que hasta se olvidó de gimotear. «Meneítos» lo contemplaba con interés, la cabeza ladeada. No era amigo de Roderick, y nunca acudía cuando el niño lo llamaba. No le había perdonado aún el empujón que le propinó el día de su llegada.

—Ahora escuchadme todos —ordenó la señora Longfield—. Esto no será fácil para nadie. Yo tengo mucho trabajo, lo mismo que Dorcas, ya que hemos de cuidarnos de seis chicos en vez de tres. Melisande, tú y tus hermanos hallaréis aquí la vida mucho más dura que en vuestro antiguo hogar y no tan cómoda. Jane, Jack y tú, Susan, hallaréis difícil compartir vuestra casa con vuestros tres primos, tan distintos de vosotros.

Hizo una pausa y los contempló con dureza.

—Pero no hay otra solución y ha de hacerse. Pero lo debéis hacer lo más felizmente posible. Y lo haremos. No quiero más discusiones ni lagrimitas ni quejas... ¿Me oyes, Melisande? Está decidido y todos vais a ayudarme lo más

posible. ¿Entendido?

—Sí —afirmaron todos, hasta Melisande.

Nadie añadió nada más. La señora Longfield les dedicó una sonrisa en general y salió del salón.

—¡Bueno...! —Gruñó Jack, enfurruñado—. ¡Conque..., ya está!

Capítulo V

Otra vez al colegio

Jane, Jack y Susan, con «Meneítos», cerca y muy atento, se sentaron juntos a discutir la noticia tan pronto como les fue posible. Se horrorizaron al pensar que tendrían que soportar a sus primos tanto tiempo.

—Dorkie ya dijo que pasaría esto —recordó Susan, acariciando las orejas gachas de «Meneítos»—. Seguro que tampoco le gusta.

—Pero apoyará a mamá —reflexionó Jane—. Como siempre. Ya sé que no le gustan ni Melisande ni Cyril. Un poco más Roderick... ¡Oh, queridos..., todo esto es espantoso! Me gustaría recuperar mi dormitorio. Es lo que más me desespera.

—No me gustará tener que decirles a todos mis condiscípulos que Cyril es primo mío —se quejó Jack, tristemente—. Es tan bobo...

Los tres primos de los hermanos Longfield también sostenían una conferencia. Melisande, sorbiendo por la nariz como de ordinario, y Roderick mirándolos desdichadamente.

—¿Por qué no viene mamá? —preguntó el último—. ¿Es que de veras está enferma? ¿Por qué no viene a cuidarnos? ¡Yo quiero que venga!

—No seas niño —gruñó Melisande—. Susan tiene razón cuando te llama «el niño de mamá». No me extraña que te consideren tonto.

Roderick se sintió peor que antes. Ya era malo tener unos primos que lo mirasen a uno desdeñosamente, pero aún era peor que los propios hermanos no se apiadasen de él.

—A mí no me gusta esto —contestó Cyril, pomposamente—. ¡Tan primitivo! No puedo tomar mi baño diario... Es terrible tener que subir esos baldes de agua caliente... Si esto dura mucho, no tardaremos en parecemos a Jack y sus hermanas: ¡unos auténticos campesinos!

—Tampoco a mí me gusta compartir un dormitorio con Jane —objetó Melisande—. No sabe lo que es ser limpia y aseada. Siempre tengo que recoger las cosas que tira al suelo. No sé cómo se lo permite su madre. Y cuando se lo digo me gruñe. ¡Pero no volveré a recogerle nada!

—Claro que no —la animó Cyril—. Una de las cosas que más me fastidian es no poder leer por las noches en coma, a menos que encienda mi linterna. ¿Quién es capaz de leer a la luz de una vela? ¡Mira que tener velas en estos tiempos! ¿Cómo pueden vivir así tío Peter y tía Linnie?

—No lo sé. ¿Y cómo puede soportar tío Peter la vista de tía Linnie, siempre tan encendida como la grana? ¡Nuestra madre siempre está pálida! ¡A veces, tía Linnie me hace el mismo efecto que la pobre Dorcas!

—Pero es muy amable —la defendió Roderick—. A mí me gusta y la quiero. Y ella también me quiere.

Los otros no se hicieron el menor caso.

—Tampoco comprendo que tía Linnie deje que tío Peter entre en casa con esa peste a vaca —continuó Melisande—. Yo no puedo soportarlo. Tengo que apretarme la nariz y salir a escape de la salita.

—¡Será mejor que te contengas! —exclamó Cyril, alarmado—. Tío Peter tiene un genio muy vivo. Tenías que haberle oído gritar el otro día cuando pretendí conectar la radio. ¡Sólo porque estaba leyendo su diario!

—Le diré a Jane —meditó Melisande— que no baje a comer con esos pantalones tan sucios y mal olientes. Si vuelve a hacerlo, no me sentaré a su lado.

Los tres se contemplaron mutuamente. Se sentían desdichados y desamparados. ¡Oh, su existencia en Three Towers! Con su agradable madre y un padre encantador que nunca decía «no» a nada.

—Bueno, supongo que tendremos que aguantarnos —suspiró Cyril.

—Pero no necesitamos soportar a nuestros primos —objetó Melisande—. Seguro que ellos no nos facilitarán las cosas. Por lo tanto, no veo por qué tenemos que facilitárselas nosotros.

—Yo preferiría ser amigo suyo —sugirió tímidamente Roderick.

—¡Oh, tú... Siempre te asustas de todos y de todo! —se burló Melisande—. ¡Te arrodillarás delante de ellos antes de darte cuenta! Ya verás cómo se ríen de ti.

—Me gustaría no dormir soto —gimió el pequeño Roderick—. Siempre sueño con el fuego y cuando me despierto estoy terriblemente asustado. ¿No podría pedir para dormir con Jack en lugar tuyo, Cyril... y tú podrías dormir en el trastero?

—No, gracias. No quiero dormir toda la noche al lado de una cisterna. Eres un crío, Roderick. No me extraña que la gente se ría de ti.

Roderick no replicó. En realidad, tenía unos sueños terribles, entre llamas y columnas de humo, y cuando se despertaba siempre temblaba de espanto. Y no había nada ni nadie que pudiera consolarle, ni siquiera podía encender una luz. No se atrevía a encender una cerilla para la vela, porque temía que sus temblorosas manos dejaran caer la cerilla... y que de nuevo se produjese un incendio, esta vez real y no en sueños.

De nada sirvió que los seis primos gruñesen y se quejasen unos de otros. Tuvieron que seguir conviviendo mutuamente. Era una lástima que no se quisiesen más porque hubieran podido disfrutar de muchos juegos. En realidad, los dos tercetos se mantenían lo más distanciados posible.

La novedad, naturalmente, fue tener que ir al colegio. A Jane, Jack y Susan les gustaba el estudio, aunque siempre se quejaban cuando se terminaban las vacaciones y sus bellos días en la granja. Sin embargo, los sábados y domingos ya era bastante.

Cyril estaba secretamente asustado de tener que ir al colegio con Jack. No servía para jugar, y nunca había sido muy popular entre los muchachos. Melisande estaba

asustada de veras, pero en ella era más comprensible porque jamás había asistido a una escuela.

Roderick se sentía tan infeliz que ni siquiera le preocupaba tener que estudiar. Sabía que todo lo haría mal. El colegio al que antes iba era pequeño y muy selecto. El de Jack era grande, y Roderick a veces se atemorizaba de los chicos con quienes tropezaban, que le gritaban a Jack para darle alguna noticia.

—¿Cómo iremos al colegio? —quiso saber Melisande el día antes—. Podríamos ir a caballo. ¿Podrá prestarnos algunos caballos tío Peter?

Los tres primos la miraron fijamente.

—Lleváis aquí dos semanas y todavía no sabéis los caballos que tenemos —se mofó Jane.

—Tal vez a Melisande le gustaría montar a «Clip» o «Clop» —dijo Susan, soltando una risita.

Jane rió a carcajadas. «Clip» o «Clop» eran dos mulos muy grandes, que utilizaban para las faenas del campo. Eran bayos, con unas enormes herraduras. Roderick también sonrió. Conocía los jumentos porque Susan se los enseñó.



—Vaya, una de tus bromitas —se quejó Melisande, ofendida.

—Una broma, sí, pero... —Jane se volvió a su hermana—. ¿Crees, Susan, que

papá le prestaría a nuestra querida Melisande su jaco gris?

Al hacerle la pregunta le guiñó un ojo a la chiquilla.

Susan la miró con toda solemnidad.

—¿Te refieres a «Sultán»? Que se lo pregunte a papá. Melisande no vio que era una trampa y fue a hablar con su tío.

—Tío Peter, ¿podrías dejarme a «Sultán» para ir a la escuela? Estoy segura de que podría montarlo.

Tío Peter explotó:

—¿«Sultán»? ¿El caballo con el que cada día recorro la granja? ¿Dejártelo para que vayas al colegio? ¿Estás loca?

Melisande se batió en retirada muy alarmada. Vio a sus tres primos muertos de risa y se enfadó.

—Lo siento, tío —se disculpó, roja de ira por haberse dejado atrapar.

—Así lo espero. ¿Dónde tienes el conocimiento? —rezongó su tío—. Pedirme que te deje mi jaco para que lleve tus perezosos huesos a la escuela... ¿Y yo qué caballo montaría? Jamás en mi vida...

—Tienes razón, Peter, pero Melisande no lo sabía —intervino la señora Longfield, conciliadora. Sabía que sus tres hijos acababan de cometer una diablura. Melisande salió del saloncito iracunda y humillada. ¡Esto se lo pagarían sus primos!

Quedó decidido que los tres primos irían andando hasta el monte y allí cogerían el autobús que pasaba por delante de las escuelas. Jane, Jack y Susan irían, como de costumbre, en sus poneys.

—Jamás le ofreceré mi «Pies Ligeros» a esta perezosa de Melisande —declaró Jane.

—Ni yo le prestaré a Cyril mi «Sombrita» —añadió Jack—. Siempre está en las nubes. Y hay que estar muy alerta para montar mi caballo.

—¡Nadie más que yo subirá a lomos de «Gordito»! —anunció Susan, resueltamente—. Yo sí voy segura, pero figuraos que a «Gordito» se le ocurriera gastar una de sus tretas con Melisande o Cyril. Por ejemplo, que se parase de repente y los echase al suelo. Que hiciese rozar las piernas en los setos... Que se negase a seguir andando... Que...

—No sé por qué te gusta tanto «Gordito» —se extrañó Jane—. ¡Un caballo tan gordo! Lo que quisiera es que no mordiera las colas de los otros caballos. A «Pies Ligeros» no le gusta tenerlo detrás, pues le obliga a dar cabriolas.

—Quiero a «Gordito» más que a todos los demás caballos —se encendió Susan—. Y no quiero que lo monte nadie más que yo.

La señora Longfield lanzó un suspiro de alivio cuando empezaron las clases. Durante cinco días a la semana se vería libre de aquellos chiquillos. No tendría ya que preparar una gran comida a mediodía, excepto los sábados y domingos. ¡Qué descanso!

Dorcas también estaba contenta. Había procurado descargar a su ama de todo el

trabajo posible, levantándose a las seis de la mañana y no acostándose hasta las diez de la noche. Todos los muchachos le gustaban, excepto Cyril y Melisande. Susan era su favorita. Y lamentaba lo ocurrido por Roderick, preguntándose por qué la vida al aire libre y la comida sana y abundante del campo no ponía un poco de color en sus pálidas mejillas.

—Echa de menos a su madre —le dijo a la señora Longfield—. Aunque no es natural que un chico de once años añore tanto a su madre. Hace tiempo que hubiera tenido que despegarse de sus faldas.

—Naturalmente —asintió su ama—. Oh, Dorcas, qué paz tenemos ahora todo el día. Todos en la escuela... El pobre «Meneitos», en cambio, está muy triste...

Era cierto. Sentado o acurrucado a la entrada del jardín, con las orejas gachas, sus ojillos estaban tristes y apesadumbrados. No comprendía lo relativo a la escuela. Se estaba allí echado todo el día, esperando, hasta que oía el clip-clop de las herraduras en el sendero. Entonces parecía volverse loco, ladrando furiosamente y agitando la cola alegremente.

—Sí, hay mucha paz —corroboró Dorcas—. Siempre lanzándose pullas uno a otro... Y la señorita Melisande, con la facilidad que suelta el chorro... ¡Llora incluso cuando tiene que subir un cubo de agua caliente!

—Continuarán zahiriéndose hasta que se acostumbren los unos a los otros —observó la señora Longfield—. Si llega ese día...

El primer día de escuela fue terrible para Melisande y sus hermanos. La muchacha decidió mostrarse altanera y burlona. Estaba segura de saber mucho más que las demás chicas de clase. La pusieron en la misma aula que Jane y casi se alegró de tenerla al lado para poder preguntarle qué debía hacer.

Jane tenía muchas amigas. Todas charlaban, reían, y se contaban cosas, mientras Melisande estaba sola y muy seria. ¡Qué chicas más vocingleras, y sin modales! Bien, Melisande no quería mezclarse con ellas.

Las otras, después de haber sido presentadas a Melisande, se dispusieron a ser amables con ella, por aprecio a Jane. Trabaron conversación con la recién llegada y trataron de interesarla en sus cosas. Pero Melisande les ahorró aquel esfuerzo.

—¡Qué orgulloso! —murmuró una—. ¡Dejémosla sola! No se parece en nada a Jane.

De manera que dejaron sola a Melisande, lo cual tampoco le agradó.

Cyril no lo pasaba mucho mejor. Los muchachos se pegaban codazos en secreto y se echaron a reír cuando vieron sus melenas y sus lánguidas miradas. Jack le previno para que no les dijese su nombre de pila. Temía el efecto que les produciría su «Cyril», y también su aspecto. Si se lo preguntaban debía decirles su segundo nombre: Graham.

—¿Qué le pasa a mi nombre? —le increpó Cyril, indignado—. ¡No fui yo quien lo eligió! Y no me digas que no hay nadie más en tu escuela que se llame así, Jack.

—Yo no te digo nada. Pero sí te digo que si te llamas Cyril, no deberías parecería

—le contestó Jack, impaciente.

—¿Y cómo es un Cyril, si eres tan amable de decírmelo? —se sulfuró el muchacho—. Es mi nombre, ¿no? Y personalmente no veo ningún mal en ello.

—No, esto es lo malo. Si lo vieses, llevarías el pelo más corto, hablarías llanamente en lugar de emplear tantos ditirambos, y no estarías constantemente recitando versos.

Fue un largo discurso para Jack, que probablemente jamás habría pronunciado de no temer tanto las bromas y chanzas que los demás chicos podían gastarle a su primo.

Pero éste era obstinado, muy tozudo. Se puso pálido de cólera y se apartó de Jack, decidido a no llevar nunca el pelo tan corto como aquél, y menos a hablar de modo diferente. Tampoco escondería su nombre. Además, en la escuela le llamarían Longfield, y seguramente era sólo una aprensión de Jack, ya que no se burlarían de su nombre ni de sus modales.

Pronto descubrió que, al revés que en la otra escuela, no había un solo muchacho semejante a él —ningún grupo de aficionados a la poesía, la música o la pintura—, ni simpatía para aquellos que no querían compartir los juegos con los demás. Tuvo que estar solo, lo cual era difícil de soportar. Al principio, como en el caso de Melisande, la clase entera había recibido voluntariosamente a Cyril, porque su primo lo había presentado. Pero no tardó mucho en que le volviesen la espalda o que le criticasen en voz baja.

Roderick fue el que tuvo más suerte. No tenía la menor afectación ni pensaba como sus dos hermanos mayores. Sólo deseaba pasar inadvertido, y tratar de afirmar sus pies en tierra antes de que ocurriese alguna gran catástrofe. Por suerte para él había otros tres chicos en su misma clase un poco atemorizados y ávidos de permanecer juntos hasta que se hubiesen acostumbrado a la escuela.

Roderick tartamudeó de espanto cuando el maestro le preguntó algo... pero también hicieron lo mismo los nuevos alumnos. Y nadie reparó mucho en ellos. El maestro era joven y muy amable, y sabía que debía dejar que los nuevos discípulos se acostumbrasen a él. Roderick, ante su gran alivio, vio que las lecciones no eran muy difíciles, y que no tendría ninguna dificultad la primera semana.

—¿Qué tal en la escuela? —les preguntó la señora Longfield el viernes por la noche—. Ya lleváis tres días... y debéis saberlo.

—Muy bien —respondieron cautelosamente Melisande, Cyril y Roderick, procurando no mirar a sus primos.

Y esto es todo lo que su tía pudo sonsacarles, aunque sabía que hubieran podido añadir mucho más.

Capítulo VI

Jane y Melisande

Los tres primos, que habían ido a vivir a la granja Mistletoe, no tardaron en averiguar que una cosa era estar en calidad de visitantes y otra muy diferente formar parte de la «familia». Ya nadie les ofrecía hacerles nada. En cambio, tenían que obedecer a las voces de mando.

Cyril tuvo que dejar sus libros y correr a atender a «Sultán» en lugar de su tío innumerables veces. Melisande tenía que ayudar a Dorcas y lavar los platos. Roderick tenía que limpiarse los zapatos, y cuando ensuciaba algo se veía obligado a limpiarlo, mientras Dorcas le reñía.

—¡Jamás me había limpiado los zapatos! —protestó ante la cocinera, sabiendo que sus regañinas no eran tan fieras como parecían.

—No, claro que no... Valiente educación te han dado —se burlaba Dorcas—. ¡Ni siquiera sabes ir a echarles maíz a las gallinas sin dejarte abierta la puerta del corral para que entren las vacas!

Roderick enrojeció. Dorcas siempre se acordaba de todos los yerros cometidos. No contestó.

—Y un zagal como tú debe saber hacer todas estas cosas sin importancia —prosiguió la cocinera—. No sabes cómo recoger los huevos... ni cómo colocarlos por su tamaño ni...

—Dorcas, estas cosas me gustan, de veras —la interrumpió Roderick—. Me gusta coger los huevos y clasificarlos, sí. Y también limpiarme los zapatos. De veras. Es más divertido que estudiar. A Susan también le gusta eso.

—Oh, Susan... se ha criado como es debido. ¿Pues y tu hermana? Se merece un buen vapuleo, a mi entender. Pone los vasos en la misma agua sucia que los platos del tocino. Jamás vi nada igual.

Susan llegó corriendo a la cocina.

—¿Dónde estabas, Roderick? ¡Vamos, que tenemos que ir a dar de comer a las terneras!

Esto le gustó a Roderick. Le asustaban las vacas, pero le gustaban las terneras. Le complacía llevar las cántaras de espumosa leche y ver cómo aquellos lindos animalitos hundían la cabeza para beber. Había aprendido a hablarles como hacía Susan. Cyril se reía de él cuando le veía realizar estas tareas, llamándole patán.

—Bien, tú también trabajas en la granja —arguyóle Roderick—. Ayer te vi en los establos.

—Sí, pero yo lo hago porque me lo mandan y tú lo haces porque te gusta —replicó Cyril—. Y esto es muy diferente.

Roderick le miró con fijeza. No le gustaba discutir con su hermano mayor, porque era mucho mayor que él y más listo. Pero a Roderick le pareció que en su razonamiento había cierto error.

—Bueno —exclamó al fin—, creo que es mejor hacer cosas que te gusten que no sin que te gusten, ¿verdad?

—No sabes lo que dices —concluyó Cyril, marchándose.

Roderick le vio ir, sintiéndose intrigado. Claro que Cyril debía de tener razón: ya que era mayor y más listo.

—Bueno, pero yo prefiero hacer lo que hago y estar equivocado —decidió luego—. No puedo remediar que me gusten las terneras y darles agua fresca a las gallinas y hacer que vengan a picotear el maíz en mis manos.

Jane ponía todo su interés en que Melisande efectuase las labores que le correspondían en la granja. Esto le dolía mucho a la primita. Al fin y al cabo, pensaba. Jane estaba acostumbrada a aquella clase de vida, mientras que ella, Melisande, no. Y tenía a gala conservar sus manos bien limpias y las uñas pulidas. En cambio, las manos de Jane estaban siempre sucias y se mordía las uñas.

«¡Repugnante! —pensó Melisande estremeciéndose—. Aquellas horribles y asquerosas uñas... también sucias... Hubiera tenido que ser un chico. No me gusta compartir una habitación con una muchacha como Jane».

Discutió con Jane respecto a su equipo de montar en el dormitorio.

—Huele todo muy mal. Cuélgalo en el perchero del pasillo, por amor de Dios, Jane.

Ésta se enfureció.

—¿De quién es este cuarto, tuyo o mío?

—Ahora de ambas, por desgracia —Melisande irguió la barbilla—. Pero me gustaría poder trazar una raya en el centro y decirte: «Conserva tus asquerosas y repelentes ropas ahí; y yo pondré las mías en este otro lado». Le preguntaré a tu madre si puedo hacerlo.

—¡Pregúntaselo! —la desafió Jane—. Pregúntaselo y yo le contaré que guardas un pintalabios en tu cajón. Un pintalabios... y todavía no tienes quince años. No eres más que una chicuela, que aún va a la escuela, y ya piensas ser bastante mayor como para usar polvos, lápiz labial y todas esas estupideces.

—¡De manera que has estado metiendo tus narices en mis cajones! —tronó Melisande, iracunda—. ¡Y pretendes ser ingenua y bondadosa! No quiero estar contigo. Jane. Después de haber tenido una habitación para mí sola, al menos dos veces mayor que esta pocilga... ¡Sí, una pocilga!

Melisande empezó a llorar. Sentía pena de sí misma al recordar el encantador dormitorio que tenía en Three Towers, tan elegante, tan lindo, que olía tan bien...

—Vaya, ya vuelves a soltar el chorro —se burló Jane—. Lo haces siempre que quieres, ¿verdad, Melisande?

Se quitó las botas y las arrojó al suelo. No intentó recogerlas ni limpiarlas. Que se

agachase Melisande si quería.

—No voy a sacar mi equipo de montar al pasillo —continuó chillando—. Ni siquiera pienso colgarlo aquí. Y tendrás suerte que no lo ponga todo encima de tu cama.

—¡Y tú tendrás suerte que no te lo tire todo por la ventana! —rugió Melisande, olvidándose de llorar en su rabia—. ¡Oh, qué olor tan repugnante! ¡Todo huele a caballo!

Cogió un frasco de perfume del tocador y empezó a rociar el aire. Al momento, un aroma penetrante, a jazmines, se esparció por el cuarto. Jane casi se asfixió.

—Melisande... ¿cómo te atreves? ¡Por caridad, tapa esto!

—Es mejor que tu peste a caballo —replicó la otra, encantada de poder fastidiar a su prima. Roció un poco más por encima de la cama de Jane.

Ésta, en venganza, cogió sus pantalones y los frotó sobre la colcha de la cama de Melisande. Y se habría producido una verdadera batalla campal de no haberse asomado la señora Longfield en aquel momento.

—¡Jane! ¡Melisande! Debierais avergonzaros de pelearos de esta manera, a grito pelado.

—¡Oye, mamá! —chilló Jane—. ¡Es ella que...!

—Tía Linnie —gritó Melisande—. Ha sido ella que...

Pero la señora Longfield no quiso escucharlas.

—No quiero saber nada de vuestras disputas tontas ni vuestras chiquilladas —exclamó con voz severa. Y salió, cerrando la puerta.

—Te está bien empleado —le dijo Melisande a su prima.

Jane no contestó. No le gustaba que su madre la riñese. Frunció los labios y quitó los pantalones de la cama de su prima. Luego los colgó en el armario y dejó la puerta abierta para que desapareciese el perfume. En realidad, no comprendía que a alguien no le gustase el olor a caballo. A ella le parecía adorable.

Se marchó abajo. Melisande se sentó junto a la ventana, sintiéndose avergonzada y enojada. No se hubiera atrevido a hacer lo que dijo, a tirar la ropa por la ventana. Pero tenía que demostrarle a Jane que no podía tolerar que oliese a caballo.

Cogió otra vez el frasco de perfume y se roció abundantemente. Era un perfume muy bueno y caro que le había regalado su madre de sus pertenencias, aunque resultaba un poco mareante.

No contenta con esto, se empolvó los brazos, piernas y garganta tanto como pudo con unos polvos perfumados. Después se echó colonia en las manos y se las restregó fuertemente, hasta que olieron como flores.

—¡Esto es mejor! —se dijo, satisfecha—. Y ahora tal vez oleré como siempre y no como Jane. No son sólo sus ropas las que apestan... es que ella también huele a caballo. No creo que jamás se haya molestado en quitarse ese horripilante olor de las manos.

Bajó a tomar el té, que en realidad era una comida completa a la que ya se había

acostumbrado; recordaba los elegantes y amargos tés de su madre en Three Towers, y no los añoraba en absoluto. Los tés de tía Linnie eran verdaderamente lo que Susan calificaba de «piramidal».

Melisande descendió con gracia y desenvoltura, imaginándose ser una auténtica damisela bajando a recibir a sus invitados. Entró en la salita... donde cada cual estaba ya a la mesa.

—Corre, Melisande —la apremió su tía—. ¡Te has retrasado!

—Lo siento, tía Linnie —se excusó la joven, sentándose. Susan estaba a su lado y captó una vaharada del perfume.

—¡Oh...! ¿Qué es este olor?

—¿Qué olor? —inquirió su madre—. ¿Ha vuelto a entrar «Meneítos» en la pocilga? Si es él quien apesta, echadlo de aquí.

—¡No es «Meneítos»! —replicó Susan, indignada—. «Meneítos» huele muy bien. ¡Oh... es esta «señoritingo»!

—No hagas observaciones personales —se ofendió Melisande.

—¿Qué son observaciones personales? —quiso saber Susan—. Mamá, ¿puedo sentarme a tu lado? No me gusta como huele Melisande. Me marea.

Ahora todos estaban contemplando asombrados a la joven, incluso el señor Longfield. Éste husmeó el aire.

—Bien, yo también huelo algo. ¿Qué es?

—Si queréis saberlo —exclamó Melisande procurando mostrarse fría y despreciativa—, es que me he puesto un poco de perfume de mamá para que se desvaneciese ese horrible olor a caballo de Jane.

Se produjo un profundo silencio. Después ante la estupefacción de Melisande, su tío echó atrás la cabeza y prorrumpió en una carcajada. Los demás rieron también.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó tío Peter al fin, secándose los ojos con un gran pañuelo rojo—. Jamás pensé que tú quisieras oler más que tu prima, Melisande. ¿Verdad, Linnie?

La señora Longfield también estaba riendo. Miró a Jane, la cual tampoco pudo contener la carcajada al ver a su padre, si bien acabó por mirar retadoramente a Melisande.

—¡Oh, Jane!... Ahora es tu olor contra el de tu prima —exclamó su madre—. Ya te he dicho mil veces que no debes llevar tanto tiempo los mismos pantalones. Tienes otro par y tienes que mudarte con más frecuencia para lavarlos. Y tu impermeable de montar también apesta.

Jane pareció sorprendida ante aquel súbito ataque.

—Mamá, todos estamos acostumbrados a los caballos, y su olor es estupendo. ¡Pero no puedes permitir que Melisande huela tan mal! Es nauseabundo.

—Bueno, si a ti te gusta un olor y a Melisande otro, y ninguno de las dos cedéis, tendremos que echarlo a suertes —decidió su madre.

—Yo prefiero el olor de Jane —gritó Susan, arrastrando su silla al lado de su

hermana—. ¡Oh... «Smellisande»!

Hubo otra carcajada general. Susan estaba contenta. Casi nunca le reían sus bromas.

—Siempre pensé que te llamabas «Smellisande» —se apresuró a explicarle a su prima—. De pequeña, claro. Y ahora te sienta muy bien.

Y ante el furor de Melisande, sus tres primos la llamaron toda la noche «Smellisande», hasta que lloró de rabia. Jack y Jane no lo hicieron al día siguiente, pero Susan persistió en ello, e incluso lo acortó a «Smellie».

—¿Quieres callarte, diablillo? —gimió Melisande, exasperada—. ¡Bruta, impertinente! ¡Eres ignominiosa!

—Pues tú deja de perfumarte tanto —replicóle Susan—. Si no hueles, no te llamaré «Smellie»; de lo contrario, sí.

—Quieres que te caliente las orejas —la amenazó Melisande, rubicundo su rostro por la cólera. Pero temiendo que Susan comenzase a llamarle «Smellisande» en el colegio, dejó de usar perfumes y lociones, y pronto resultó completamente inofensiva para el sensible olfato de Susan.

Los pantalones de Jane fueron al lavadero y se puso otro par. Llevó también el impermeable a la cocina y lo restregó durante media hora sobre la mesa. Después olía a jabón y casi mareó a la pobre Melisande, pero ésta no dijo una palabra. Al fin y al cabo, todo era preferible al horrible olor a caballo.

Cyril también tenía que ejecutar sus trabajos en la granja. No se quejaba, pero tampoco le gustaban. Tenía que limpiarse los zapatos y, ante la gran sorpresa de Jack, también los de Melisande. Una noche, Jack descubrió que le subía agua caliente a su hermana.

Jack lo miró atónito.

—¿Qué haces, Cyril? Melisande ya es bastante perezosa para que tú aún la vuelvas más.

—No quiero hacerla más perezosa —replicó Cyril con dignidad—. Lo hago porque es mi hermana y los chicos tenemos que hacer algo por las chicas, tal como papá siempre hace cosas por mamá. Es... bueno, supongo que es cuestión de educación.

Jack lanzó un silbido.

—Bueno, así Dios me ampare, no dejes que Jane te vea haciendo esto, o querrá que también haga de criado suyo. Y no pienso hacerlo, aunque sea de buena educación.

—No esperará nunca que la sirvas —objetó Cyril—. Ni nadie que te conozca. Pero a menudo he pensado que al menos podrías subirle agua caliente a tu madre, si no a nadie más. No es cuestión de educación, así lo crees... pero debes hacerlo por tu madre. Yo lo haría por la mía.

Subió con el pesado cubo de agua, dejando detrás un perplejo Jack. ¡Buen Dios! Aquel borrico de Cyril era más listo de lo que parecía. Y aquella idea valía la pena de

reflexionarla.

Capítulo VII

Susan, Roderick... y «Meneítos»

Las semanas fueron discurriendo. La escuela llenaba casi todo el tiempo, y los fines de semana volaban. Roderick lo pasaba muy bien. En realidad, de no haber sido por dos cosas, habría sido completamente feliz.

Una cosa eran sus pesadillas. Todavía las sufría, soñando grandes y voraces incendios que destruían su casa de arriba abajo. En sus sueños oía el ruido de la madera al derrumbarse, y aquel olor acre, que lo ahogaba. Se despertaba noche tras noche, temblando y sudando, sin atreverse a rascar una cerilla. A veces trataba deliberadamente de estar desvelado hora tras hora, a fin de no soñar; pero al final cerraba los ojos y estallaba el incendio.

Lo otro que le hacía infeliz era que «Meneítos» no quisiera ser amigo suyo. Roderick se había encariñado con el perro de aguas de ojillos castaños. Jamas le habían gustado los perros, excepto el pequeño «Peke» de su madre.

—Pero «Peke» no parece un auténtico perro —le confió a Susan—. Chilla siempre. No como «Meneítos», que tiene un ladrido sonoro y potente.

—Sí, «Meneítos» ladra muy bien —asintió Susan—. Siento que no seáis amigos, Roderick. Lo siento de veras. No debiste apartarlo de tu lado aquel día.

—Lo sé. No lo hice con mala intención —se sinceró el chiquillo—. Pero ahora no me gusta de la forma que «Meneítos» se sienta siempre de espaldas a mí, Susan. Es muy cruel.

—Bueno, ya se lo he dicho muchas veces. Pero es como «Gordito». Todo un carácter. Piensa mucho y ha decidido que tú no le gustas, y así pretende que no existes para él.

Iban a los establos a ver a los poney. Jack le había dicho a Roderick que podía montar a «Sombrita» si quería y Susan le acompañaba siempre con «Gordito». Roderick ya había cabalgado antes, aunque siempre con el maestro de equitación.

Se detuvieron delante de los establos. Los tres poneys de los chiquillos asomaban la cabeza por encima de las talanqueras, esperando. «Gordito» pateó de impaciencia y relinchó.

—¿Cuál te parece más lindo? —quiso saber Susan, esperanzada, mirando a «Gordito» con adoración. Roderick meditó largo rato.



Primero, «Pies largos», un caballito de New Forest, color castaño, con largo crin y espesa cola. Tenía una estrella blanca en la frente, y patas blancas también.

Después «Sombrita», un bayo de crin negra y cola igual. Procedía de Dartmoor y era un caballo estupendo.

—Fijaos en el fuego de su cara —le indicó la niña. Se refería a la señal blanca que parecía partirle la cabeza al animal.

Roderick le causó a Susan una sorpresa. Se volvió hacia ella completamente aterrado.

—¿El fuego? No veo ninguno...

Susan lo contempló estupefacta. El niño estaba lívido.

—¿Qué te pasa? ¿No sabes qué es una marca de un caballo? Me refiero a esta señal blanca de «Sombrita». ¿De que te asustas?

—De esta horrible palabra: fuego —contestó Roderick con tembloroso acento—. Ya no me gusta «Sombrita» tanto como «Gordito»... por su fuego.

—Eres tonto. Vamos, monta en «Sombrita» y yo lo haré en «Gordito».

En silencio, Roderick ensilló el caballo de Dartmoor. Susan le contemplaba extrañada. Cuando estaban ya galopando por la montaña volvió a mirarle. Roderick había recobrado ya el color de las mejillas, pero todavía estaba ensimismado. El sol iba descendiendo. Susan se volvió hacia el brillante cielo y tuvo una súbita idea. Se volvió a Roderick y exclamó:

—¡Mira qué color de «fuego»! ¡Qué cielo en llamas!

—¡No! —chilló Roderick—. ¡No estropees este paseo!

Susan tiró de las riendas, deteniendo a «Gordito». «Sombrita» le imitó.

—Roderick... ¿no será por el fuego, verdad? Ya me he dado cuenta de que nunca te acercas al fogón de la cocina. Y cuando das vuelta a la esquina y ves la fogata del vaquero, como el otro día, corriste con toda tu alma. Cuéntame.

—No. Se lo dirás a los otros y se reirán de mí. No podría soportarlo... que se rían, quiero decir.

—Una vez yo me caí de «Pies Ligeros», me di un golpe tremendo y estuve soñándolo durante mucho tiempo. ¿Todavía sueñas con el incendio, Roderick?

—Sigamos cabalgando —propuso Roderick—. Te lo diré si me prometes no contárselo a los demás.

—Te lo prometo. Vamos.

Continuaron el paseo y Roderick le contó cuanto recordaba de la terrible noche del incendio. Y también le habló de sus pesadillas.

—¿Por qué no enciendes la vela? —le preguntó Susan al instante—. Las pesadillas desaparecen con la luz.

Roderick le contó por qué.

—¡Tengo miedo de encender una cerilla! Soy un cobarde.

—Sería preferible que se lo dijese a mamá —le aconsejó Susan tras una pausa. Comprendía muy bien los temores de Roderick.

—No, no puedo decírselo a nadie. Casi me pesa habértelo contado a ti.

—Bueno —decidió Susan—, ya sé qué haremos, Roderick. Mi dormitorio cae exactamente debajo del tuyo. Cuando te despiertes de una pesadilla, pega en el suelo, yo subiré y te encenderé la vela. Y todo irá bien.

—Oh... ¿lo harás, de veras? —Roderick apenas daba crédito a sus oídos—. Así no me importará soñar.

Y aquella noche, cuando Susan se despertó al escuchar el tap-tap-tap en el techo de su habitación, la niña subió al piso superior y entró en el cuarto trastero. Llevaba una caja de cerillas en la mano y la vela de Roderick no tardó en estar iluminada. El blanco rostro del niño la miró desde las sombras.

—Hola —díjole ella—. Te he oído. ¿Has vuelto a soñar?

—Sí. Gracias por haber venido. Espérate uno o dos minutos, y entonces podrás bajar y dejar la vela encendida. Yo la apagaré cuando me haya pasado el miedo.

Durante tres noches, Susan oyó el tap-tap-tap de Roderick, sobresaltado por su pesadilla de fuego y humo. Después, ¡ay!, durmióse profundamente a la cuarta y no le oyó. Fue «Meneítos» únicamente quien oyó el ruido. Dormía sobre la coma de la niña, y cada noche había espiado, extrañado, las idas y venidas de Susan. Ésta no le había permitido acompañarla.

Ahora oyó el tap-tap-tap y enderezó las orejas. Esperaba que Susan se levantase como siempre. Pero no fue así. «Meneítos» se incorporó, esperando otra llamada.

Esta vez sonó más apremiante.

Bien, bien, si Susan no iba, «Meneítos» saldría o investigar. El perrito saltó de la cama sin hacer ruido y fue a la puerta. Estaba entornada. La abrió con el hocico y salió al pasillo. Trotó escaleras arriba, arañando el suelo con las uñas.

Roderick acababa de sufrir otra pesadilla, llena de crepitantes llamas y espesa humareda. Se había despertado temblando, mojado por el sudor. Golpeó al instante.

Susan no acudió a la llamada... ¿pero qué era aquel ruido en la escalera? ¡Parecía «Meneítos»! ¡No era posible! «Meneítos» no era amigo suyo.

Un hocico húmedo se aplastó contra su cara, y «Meneítos» gruñó como diciéndole:

«Bueno, ¿no es esto lo que querías? ¡Aquí estoy!».

—¡Oh, «Meneítos»! ¡El más bueno y leal de los perros! —exclamó Roderick, acariciándole las sedosas orejas como hacía Susan.

«Meneítos» meneó la cola y Roderick la oyó golpear contra la pata de una silla. Rodeó al perro con los brazos.

—Ya somos amigos. Te has dado cuenta de que estaba asustado, ¿verdad? Supongo que Susan está dormida y no me ha oído. Pero tú sí.

«Meneítos» le lamió la nariz. Sabía de sobra que Roderick estaba asustado. Lo notaba con claridad. Y estaba contento del recibimiento. ¡Después de todo, era un niño muy simpático!

Trepó al catre de campaña y se acurrucó junto a Roderick. Éste apenas podía creerlo.

—No volveré a soñar mientras estés a mi lado. ¡Ahora ya no me asusta dormirme! ¡Oh, «Meneítos»...!, ¿qué dirá mañana Susan?

Susan se quedó asombrada y al principio se sintió enojada con «Meneítos» por haberla abandonado, yéndose con Roderick.

—Bueno, así no tendrás que molestarte quedándote despierta por las noches.

—Claro. «Meneítos» irá a hacerte compañía. ¿No te dije que piensa por sí mismo? Es todo un carácter como «Gordito».

«Meneítos» a menudo pasaba las noches con Roderick, tanto si éste tenía pesadillas como si no... y gradualmente aquéllas fueron espaciándose hasta desaparecer en absoluto. Con «Meneítos» se sentía seguro.

Los demás se asombraron también al ver que el perro había tramado amistad con Roderick. A Jack y Jane les gustaba verlo despreciar a su primita.

—Hasta «Meneítos» comprende lo horribles que son —murmuraban entre sí. Pero ahora «Meneítos» había aceptado a Roderick como uno más de la familia.

Cyril y Melisande también observaron el cambio.

—Roderick se pasa al enemigo —dijo la joven, con malicia—. ¡Ya es amigo de «Meneítos»!

Cyril se había cortado el pelo. Los chicos le llamaban «La alegría del barbero», y a pesar de su terquedad había tenido que ceder. Cuando apareció aquel día a la hora

del té, su aspecto era completamente diferente.

—¡Dios mío! —exclamó Jane, fingiendo estupefacción—. Ahora que te veo la cara me parece guapo.

—Ya era hora de que te cortases el pelo —refunfuñó el señor Longfield—. Estaba pensando en aplicarte un día yo mismo las tijeras.

—Y tal vez dejará de llevar sandalias este fin de semana, ahora que va adquiriendo modales —añadió Jane, disfrutando burlándose de su primo.

—No le sulfures —le recriminó la madre—. Siempre estás insultando. Jane. Yo también podría decirte a ti unas cuantas cosas, querida. Y no lo hago.

—Yo las diré por usted, tía —se ofreció Cyril con su bien modulada voz—. Manos sucias... cuello sucio... uñas sucias...

—¡Cállate! —rugió Jane.

—Bueno, tú lo has querido.

—Es cierto —afirmó Melisande—. Además, yo soy experta en los hábitos personales de Jane. Veamos, prima, ¿cuándo te bañaste por última...?

—¿Quién quedó por debajo de mí en clase la semana pasada? —La interrumpió Jane con rencor en la voz.

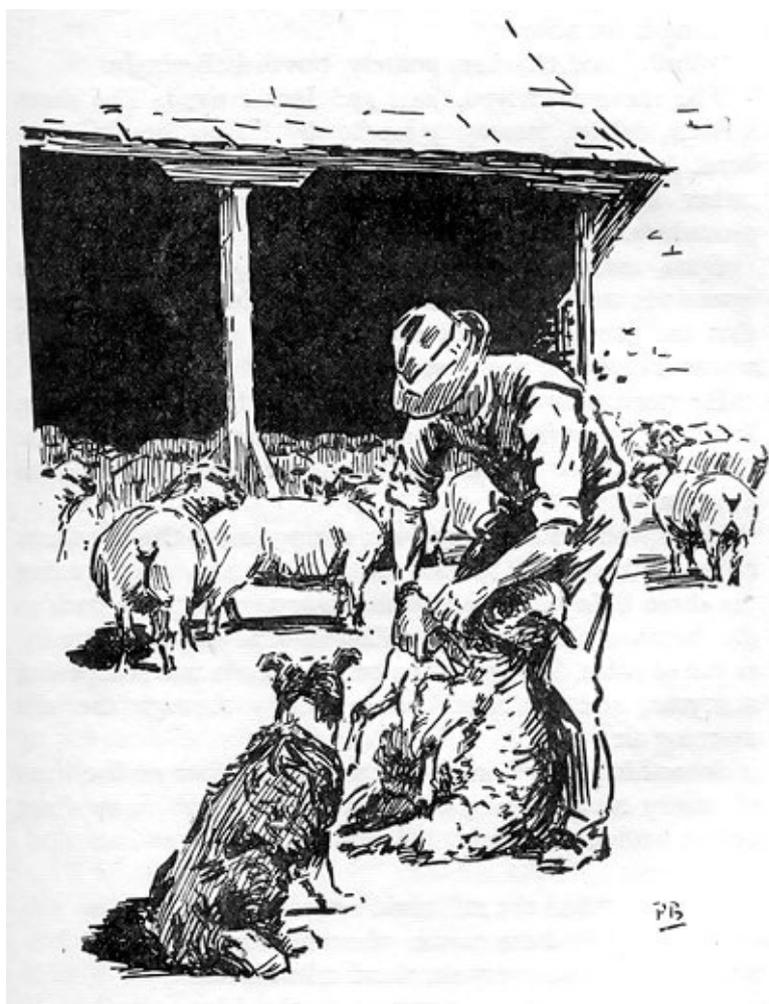
Su prima enrojeció. Se consideraba siempre humillada porque Jane figuraba entre las primeras de clase y ella no. La pobre Melisande tenía muchas dificultades para acostumbrarse a la escuela, después de haber tenido institutriz durante tantos años.

—¡Ya está bien! —tronó el señor Longfield con su vozarrón—. ¡Diantre de cachorros y gatitas, siempre arañándose y peleando! Los únicos que se comportan ahora decentemente son Roderick y Sue. Otra trifulca y os aseguro que os obligaré a abandonar la mesa para que podamos disfrutar de un poco de paz... ¡como que soy padre y tío vuestro!

Capítulo VIII

El esquilador, el señor Twigg y el «señor Potts»

El curso prosiguió, volando cada vez más de prisa las semanas. Pasaron los primeros días del verano con los acerolos en flor. Y llegó el momento de esquilarse las ovejas, y los seis jovencitos pasaron todo el sábado contemplando a los esquiladores en los corrales. El señor Longfield no tenía tantas ovejas como para comprar máquinas de esquila, por lo que la operación se ejecutaba a mano.



—Supongo que los corderitos, aquellos que alimentamos nosotros con leche, no serán esquilados —dijo Roderick, angustiado.

Él, Susan y «Meneítos» habían sido los primeros en llegar al corral, antes que nadie.

—No, claro que no —le tranquilizó Susan—. ¿Tú ignoras que a las ovejas y a los corderos no se les esquila el primer año?

—No lo sabía y me alegro. Me gustaría saber tanto como tú del campo y la granja, Susan. Pero estoy aprendiendo.

—Sí, estás aprendiendo un poco —le criticó Susan—. Y ya sabes mucho más que Melisande y Cyril. Ellos no intentan aprender nada. Tú sí. ¿Verdad, «Meneítos»?

—Ufff... —Gruñó el perro.

Estaba atento al esquilado. Se acordaba del año anterior cuando se quedó asombrado al ver a las ovejas tan distintas del día antes. Y este año quería enterarse de lo que sucedía.

—Será mejor que te mantengas apartado de las tijeras, «Meneítos» —le recomendó Susan—. O puedes perder este abrigo de pieles, y antes de que te des cuenta, alguien lo lucirá en tu lugar.

—Ufff... —repitió «Meneítos», incrédulo.

Llegaron los esquiladores. Llegaron Jane y Jack. Llegaron las ovejas, conducidas por Hazel, el viejo pastor. Y mucho más tarde, llegaron Melisande y Cyril, pareciendo interesados por aquella operación.

Cyril especialmente cada vez se tomaba más interés por la granja y el campo. Empezaba a comprender que la poesía no era una mera sucesión de bellas palabras, sino que tenía un sentido real.

Se quedó cerca del corral y miró a su alrededor. Era una bella mañana de sol. El cielo todavía no tenía su azul profundo sino un azul brumoso.

Hazel, el pastor, estaba sentado bajo un seto de acerolos, hablando con Susan y Roderick, los cuales acariciaban a tres borreguitos. Dorcas regresaba a la casa balanceando un cubo de leche, tarareando en voz alta, como solía hacer siempre. En el granero alguien afilaba una guadaña y el sonido llegaba claramente hasta el joven.

Algo se agitó en su mente, cuatro o cinco versos de una poesía, que antes había recitado muchas veces sin pensar:

*«Y la lechera cantó alegremente,
y el segador afiló su guadaña.
Y cada pastor contó su historieta
bajo el acerolo de la cañada».*

«Oh, pensó Cyril, es la primera vez que siento que la poesía significa algo real. Hasta ahora fingía que me gustaba, pensando que era algo maravilloso. Pero jamás pensé en la poesía como en algo vivido».

Empezó a recitar en voz alta:

*«Y la lechera cantó alegremente,
y el segador afiló su guadaña.
Y cada pastor contó su historieta
bajo el acerolo de la cañada».*

—¿Qué murmuras? —se burló Jack—. ¡Otra vez con tus poesías! ¡Estás chiflado! Cyril sintió como si acabasen de arrojarle un jarro de agua fría encima. Dio media vuelta, humillado al saber que le había oído Jack, desvanecida ya su ilusión. Pero una voz detrás suyo reanudó la poesía:

*«Mis ojos captan nuevos placeres,
mientras contemplo el bello paisaje.
Los prados ondulados y los farallones,
donde pacen y se extravían los ganados».*

—Aunque, naturalmente, el ganado ahora está en el corral, ¿verdad, Cyril? Boquiabierto, Cyril se volvió y divisó a su tía que le sonreía.

—¡Tía Linnie! —tartamudeó—. ¡Me has oído... y conoces estos versos!

—Sé muchas poesías —le explicó su tía—. Me gustan. Pero apenas recuerdo ninguna, Cyril, con tanto trabajo como tengo. Pero esta mañana, esta poesía viene como anillo al dedo, ¿verdad? Me alegro de que la hayas recitado.

Jack estaba a su lado, escuchándola embobado.

—¡Nunca me dijiste que te gustaba la poesía! —Fue casi como un reproche envuelto en vergüenza—. ¡Jamás me lo dijiste!

—Bueno, son cosas que nunca se cuentan a nadie.

—Cyril sí —objetó Jack.

—Bueno... dejará de hacerlo cuando sea mayor —sentenció la señora Longfield—. Ahora ve a llevarles la bebida a los esquiladores, Jack. Es su té matinal.

Jack obedeció. Cyril miró a su tía.

—Me alegro de que no te hayas reído de mí. ¿Sabes, tía Linnie? Es la primero vez que me doy cuenta de que la poesía es algo real. Pienso que esto ha sido debido al viejo Hazel, allí sentado bajo el acerolo, hablando con la pequeña Susan y Roderick... Todo es tan vivo...

—Sé qué quieres decir. Bien, éste será un secreto entre ambos. Y descubrirás, Cyril, que cuanto más conozcas el campo, más poético lo encontrarás. Pero sin fingimientos.

—¡Linnie! ¡Linnie! —La llamó su esposo—. ¿Puedes traer más bocadillos?

Su tía miró a Cyril con humorismo y se alejó. El joven se sintió agradecido a la señora Longfield. Era como si ella le hubiera dicho:

—¿Lo ves? Cyril, la poesía no tiene sitio en mi existencia. Pero no importa.

—Cyril, ¿qué demonios estás mirando? —le increpó Jane, acercándosele—. Ven a ver el esquilador. Ya ha empezado.

Cyril fue con Jane y contempló con auténtica admiración y placer la habilidad de los esquiladores que «pelaban» a las ovejas, según frase de Susan.

—La lana sale de las ovejas como la piel de los plátanos —le confió a Roderick, el cual se echó a reír súbitamente.

Las ovejas esquilados, que se veían ridículas, y mucho más ligeras que antes, iban a reunirse con el resto del ganado. «Meneítos» estaba con ellas, muy interesado en su nuevo aspecto.

De repente lanzó varios ladridos y los niños salieron del corral para averiguar la causa. Vieron a un individuo muy peculiar, con una chaqueta que le colgaba casi hasta las rodillas, con parches de cuero en los codos y en los puños. Tenía un rostro moreno, muy arrugado, ojillos hundidos y unas cejas negras muy espesas que le daban una expresión risible.

—¡Oh, es Twigg! —gritó Jack—. Hola, Twigg. ¿Dónde has estado tanto tiempo? Hace años que no te veíamos.

—Será mejor que no preguntes —intervino Hazel, el viejo pastor, sin moverse de debajo del acerolo.

—¿Por qué? ¿Has vuelto a estar en la cárcel por robar, Twigg? —inquirió Susan.

—¡Robar! Vaya cosa de decirle a un hombre honrado como yo —protestó el hombrecillo de la chaqueta grande.

Llevaba zapatillas de piel y sus pies eran sorprendentemente pequeños, por lo que aquéllas se bamboleaban en las punteras.

Cuando andaba, cojeaba un poco y Cyril notó que tenía una pierna más corta que la otra. Observó al individuo con creciente interés.

—¿Dónde está el «señor Potts»? —preguntó Susan de repente—. ¿No ha venido contigo?

—Estará por ahí. Habrá ido a visitar a Dorcas. La cocinera tiene el corazón muy blando cuando se trata del «señor Potts». Seguramente le dará un buen hueso.

Esto le pareció extraordinario a Melisande, Cyril y Roderick.

Jack vio sus expresiones y se echó a reír.

—Tráete al «señor Potts» —le rogó a Twigg—. Sílbale. Éstos tienen que conocerte, Twigg.

El hombrecillo se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido estridente que sobresaltó a Melisande. De la cocina salió un perrazo de pelaje colorado.

—¡Vaya! ¡Si es un chucho! —exclamó Roderick, encantado.

Era muy parecido a «Meneítos», pero de distinto color. «Meneítos» avanzó a su encuentro, y los dos perros chocaron y rodaron por el suelo.

—¡Aquí, «señor Potts»! —le ordenó Twigg—. Deja de hacer el ganso y ven a saludar.

El perro trotó hacia su amo, enhiestas las orejas. Llevaba abierta la boca y Roderick deseó saber si estaría riendo.

Todos lo acariciaron, incluso Melisande, que normalmente no se acercaba a los perros desconocidos; pero «señor Potts» era muy cariñoso, y su pelaje parecía haber sido cepillado tantas veces como la cabellera de la joven.

—¿Por qué le llama «señor Potts»? —quiso saber—. Es un nombre estrafalario para un perro.

Twigg profirió un gruñido pero no contestó. Hazel el pastor también gruñó y le chispearon los ojos.

Melisande levantó la mirada, preguntándose por qué no le había respondido Twigg. Vio cómo Jane, Jack y Susan sonreían traviesamente.

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó, indignada—. Sólo quería saber la causa de este nombre tan raro para un perro.

—Yo te lo explicaré —se ofreció Jack—. Se llama «señor Potts», como el policía del pueblo, Melisande.

—¿Por qué? ¿Por que se llama un perro como un policía?

Susan rió.

—Twigg lo hizo por broma, ¿verdad, Twigg? Mira, Melisande, el «señor Potts» siempre va detrás de Twigg por una cosa u otra, y cuando le ve de noche con algo en los bolsillos, le grita: ¡Twigg, eh, Twigg! ¡Ven aquí! Y Twigg no puede gritarle al «señor Potts» de igual manera, con una voz tan dura. Por esto llamó «señor Potts» a su perro, y siempre que encuentra al policía, le grita al perro.

—Sí, le grita: «¡Eh, “señor Potts”! ¡“Señor Potts”! ¡Ven aquí!» —agregó Jack, desternillándose de risa. Todos lo imitaron, disfrutando de la broma, y hasta el propio Twigg y el viejo pastor les acompañaron en la diversión.

—Pero lo mejor del chiste es que cuando ya ha gritado: «¡Ven aquí, “señor Potts”!» y el chuchó se ha acercado, lo acaricia, lo mima y añade: «¡Buen perrito, “señor Potts”! ¡Buen perrito!» —explicó Jane.

—¿Y qué dice el policía? —se interesó Roderick.

—No dice nada —replicó Twigg, riendo—. Potts de nombre y tonto de naturaleza.

—¡Caramba! Me gustaría estar presente cuando ese Potts se tropieza con usted —afirmó Cyril.

—Tal vez pueda arreglarse —se ofreció Twigg, guiñándoles un ojo a los chicos—. ¿Os gustaría, eh?

—¡Oh, sí! —exclamaron todos a una.

—Papá dice que el señor Potts es un burro —dijo Susan—. Y que usted es un...

—Calla, Susan —le riñó Jack—. No tienes que repetir nunca lo que oyes.

El «señor Potts» corrió junto con «Meneítos». Roderick se echó a reír.

—¡Mirad! ¡«Meneítos» y «señor Potts» juntos! ¡Un loco y un tonto! ¡Valiente par de perros!

Twigg venía a posar el día con los esquiladores. Los niños fueron a almorzar a la cocina, acompañados por ambos perros.

Cyril de pronto, se sintió muy contento. Estaba maravillado. ¡Contento!

—«Cuidado, Cyril —se dijo—, te estás volviendo un patán campesino... Y esto, amigo mío, ¡esto no!».

Capítulo IX

Vuestra madre llegara mañana

En el mes de junio todos disfrutaron con la siega del heno. Incluso Melisande se olvidó de sí misma y se acaloró y se ensució, cuando arrojaba el heno al aire y estallaba en carcajadas.

—Huele bien —afirmó.

—Querido Melisande, tu repentino cambio me ha llenado de asombro. Siempre arrugas la nariz cuando hueles algo...

Susan la miró.

—Oh, no sigas recordándome todo lo que hice o dije —se quejó Melisande, que a veces hallaba demasiado afilado la lengua de la niña—. Hay algunos olores campesinos que me gustan mucho... Por ejemplo, el olor de la leche fresca y del heno recién cortado. ¡Es estupendo... tan fragante!

—¿Te gustaría un perfume hecho de heno? —le preguntó Susan, que no acababa de comprender el gusto de su prima por los perfumes—. Mira, no me importaría tener un frasquito de perfume de heno. Pondría un poco en mi cómoda y todo el año olería a la siega del heno.

Roderick llegó sigilosamente detrás de la niña con una brazada de hierba. La arrojó sobre ella, y la hizo caer sobre un montón de heno, cosquilleándola con un ramo.

La niña chilló, y los dos comenzaron a pelearse como dos cachorros. Melisande no frunció el ceño al verlos como dos meses atrás. Sonrió ante los dos pequeños idiotas y hasta pensó si debía unirse al juego. «Meneítos» no lo pensó tanto y entró en refriega, y con los gritos y los ladridos no oyeron a Jane que llegaba con el helado de limón.

Jane no era tan fina como Melisande. Dejó en el suelo la jarra y se metió en la batalla. Los tres empezaron a arrojarse hierba por encima y pronto ella y Roderick tuvieron a Susan completamente enterrada.

Después se revolvieron contra Melisande, la cual cayó ante el combinado ataque.

Cinco minutos después estaban todos sentados, jadeando y sorbiendo la deliciosa bebida helada. Melisande tenía heno en el cabello y por las mejillas resbalaban gotas de sudor. Estaba contenta.

—Tengo hierba en la espalda —se quejó—. Me pica. Sin embargo, te perdono que me hayas atacado. Jane, gracias a esta formidable bebida.

—¡Piramidal! —añadió Susan.

—¡Qué palabra!

—Bueno, tú has dicho «formidable», que significa exactamente lo mismo —

terció Roderick.

—No, por favor, no empieces a ser descarado tú también —le suplicó su hermana.

Roderick no era ya el niño tímido de antes. Desde que no tenía pesadillas y dormía como un leño, parecía un chico diferente. Sabía andar sólo, y Cyril y Melisande pensaban que incluso soltaba palabras inconvenientes.

Era un día demasiado hermoso para discutir, Melisande se tumbó de espaldas y contempló el azul del cielo. Pareció temblar cuando lo miró. Unas diminutas nubes blancas estaban cruzándolo muy lentamente.

—Parecen borregos —dijo Susan. Siempre decía las cosas de manera desagradable, pero con toda exactitud.

—No es muy poético, pero sirve —la apoyó Melisande—. ¿Verdad, Jane?

—¿Verdad, qué? Sal de aquí, «Meneítos». ¿Por qué en los días de más calor te pones siempre encima de todo el mundo? Susan, este perro está engordando demasiado.

—No es cierto —protestó la aludida—. Lo pesé en la báscula del cuarto de baño ayer y pesa exactamente lo mismo que el mes pasado.

—¡Cáscaras! ¿De veras lo sentaste en aquella báscula? —exclamó Jane—. Melisande ya no volverá a utilizarla.

Pero su prima no mordió el anzuelo. Hacía demasiado calor para discutir y el día era maravilloso. Era sábado, y todo el final de semana pensaban pasarlo segando el heno. Melisande decidió que vivir en una granja tenía algunas compensaciones. Claro que eran necesarias. Se acordaba de los miserables baños de agua caliente, con un mínimo de agua, y la constante molestia de tener que limpiar los quinqués, y no haber más de una vela en cada dormitorio.

Aquel día, cuando llegaron a la hora del té, muertos de hambre, la señora Longfield tuvo noticias para Melisande, Cyril y Roderick.

—Melisande, estoy segura que mi noticia os encantará. Vuestra madre llegará mañana. A las diez en punto.

Los tres jóvenes parecieron aturdidos. Cada semana recibían una carta de su madre, desde la clínica, pero no pensaban que estuviese ya tan bien como para poder venir a verlos.

El rostro de Roderick se iluminó.

—¿Viene de veras? No la he visto desde que llegamos aquí.

—Bueno, la clínica queda tan lejos... —se disculpó la señora Longfield—. Yo estuve una vez y perdí todo un día entre ir y venir. Os habría llevado a los tres conmigo, pero pensé que vuestra madre estaba demasiado enferma para soportaros a los tres. En realidad, no era así.

Melisande pensaba en su madre, tan guapa, tan elegantemente ataviada siempre. Miró a tía Linnie. Llevaba una bata rameada, atada con un cinturón, pero casi sin forma alguna. Y estaba bastante sucio, así como su cabello, aunque lo tenía tan rizado que apenas se notaba, y además, así le sentaban bien.

«Tía Linnie hará mal papel al lodo de mamá —pensó la jovencita—. Espero que mamá se ponga aquel vestido tan magnífico del año pasado... Oh, no, claro. Debí perderlo en el incendio. ¿Qué me pondré yo? Sacaré aquel vestido azul que estrené para mi fiesta. Supongo que Jane llevará estos asquerosos pantalones cortos y esta sucia camisa de algodón, como de costumbre. ¡Ojalá! ¡Quizá de este modo, tía Linnie y tío Peter se avergüencen de ella cuando la vean a mi lado!».

—¿Se quedará mamá por la noche? —Quiso averiguar Roderick—. Me gustaría que se quedase.

—No dijo nada, aunque se lo pediré —se ofreció su tía—. Tú también puedes pedírselo, Roderick, y estoy segura que te complacerá. Aquí no estará muy cómoda, eso sí. Tendrá que dormir en el vestuario de tu tío.

Jane, Jack y Susan no estaban muy contentos con la venida de tía Rose.

—Bueno, sólo es por un día —opinó Susan—. Y podemos irnos a la siega y dejarla sola. No podemos dejar de recoger el heno porque llegue tía Rose.

Esto, claro está, no se lo dijo a Roderick, que estaba entusiasmado ante la idea de que iba a llegar su madre.

—La llevaremos a ver a «Pies Largos», a «Sombrita» y a «Gordito», ¿verdad? —le preguntó a Susan—. Y verá las terneras, aunque ahora ya han crecido mucho.

—¿Crees que querrá ver todo eso? —Susan lo dudaba. Por lo que recordaba de su tía, no se la imaginaba yendo a ver las terneras ni los caballos.

—Y espero que «Meneítos» haga buenas migas con ella —prosiguió Roderick, sin darse cuenta de las dudas de su prima.

—Bueno, no fue así la última vez que vino —replicó la niña—. Tal vez no te acuerdes, porque tampoco tú te diste cuenta de nada, Roderick... ni siquiera cuando te llevé al gallinero.

—Debía ser tonto —exclamó Roderick, sorprendido.

—Creo que sí lo eras —asintió Susan, sinceramente—. Creo que entonces eras el hijo de mamá, y que se te tenía que poner una botella de leche en la boca como a los corderitos.

—Dices cosas terribles, pero eres tan divertida que me haces reír —y Roderick estalló en una alegre carcajada—. Tendría que enfadarme contigo y en cambio me río. ¿Crees que mamá vendrá con nosotros y nos ayudará a segar el heno? No quisiera perder un día de siega ahora... Es muy muy importante recogerlo en esta época, ¿verdad?

—Claro que sí —asintió Susan considerando la cuestión—. Honradamente, no creo que tu madre «sueñe» con segar heno, Roderick. Ni creo que quiera ver cómo nos ensuciamos segándolo nosotros. Creo que tendrás que estar todo el día sentado a su lado, sin poder ir al campo.

Roderick pareció muy apenado.

—Tengo que ayudaros. Tu padre dijo que segaba muy bien el heno.

El día siguiente era domingo. Toda la familia se levantó muy temprano y fueron a

la iglesia, con el frío de la mañana. No era temprano para ellos, porque estaban acostumbrados a levantarse muy de mañana. Incluso Melisande y Cyril lo hacían ahora, y en cuanto a Roderick le encantaba levantarse tan pronto como se despertaba, para hacer que todas las cosas estuviesen siempre a punto. Él y Susan eran siempre los primeros. A veces, Jack le decía que podía montar a «Sombrita» a primera hora para dar una galopada, y él y Susan se marchaban encantados.

El desayuno concluyó a las nueve. Melisande se ofreció a lavar los platos.

—Yo lo haré por ti —exclamó Jane—. Sé que deseas emperifollarte para tu madre. Vete arriba. Y supongo que querrás que me limpie las manos y las uñas y que me pase el cepillo cien veces por el pelo, como tú haces, porque llega tía Rose, ¿verdad, Melisande?

—Claro que no —replicó su prima asombrada—. Si no haces estas cosas por tu propia madre, ¿cómo puedo esperar que las hagas por la mía? Tía Linnie siempre te riñe para que te limpies y cortes las uñas, en lugar de mordértelas, y para que te cepilles el cabello... ¡y no la obedeces! No puedo esperar que te comportes de otra manera por mi madre. Gracias por ofrecerte a lavar los platos por mí. Eres muy buena.

Y subió a su cuarto.

Jane puso la vajilla sucia en el agua caliente, pensativamente.

Sinceramente había pensado limpiarse las uñas y las manos y cepillarse el cabello porque llegaba tía Rose. En cambio, jamás había pensado hacerlo por su madre, a menos que ésta se lo suplicase una y otra vez.

Se sintió humillada.

Se acordó de Jack, que ahora siempre le subía a su madre los cubos de agua caliente para el baño, cosa que había asombrado a Jane y Susan al principio. Y aún más a la madre. Ésta se sintió emocionada ante el ofrecimiento de Jack.

—Gracias, Jack, hijo mío —le dijo—. A veces me siento muy cansada al acabar el día. Te agradezco mucho que quieras subirme el agua caliente.

—Lo habría hecho yo —intervino su marido, desde detrás del diario—. ¿Por qué no me lo has pedido nunca?

—Oh, Peter..., tienes tanto trabajo... No quiero molestarte ni que abandones tu sillón al final de un día de dura labor. Pero Jack sí puede hacerlo —replicó la mujer—. No trabaja tanto como tú.

Jack miró a su madre en silencio. Sabía que también ella trabajaba mucho. Siempre estaba haciendo algo en la casa, en la alquería o en el gallinero. A veces estaba agotada, pero siempre andaba muy animosa, y bromeaba, dispuesta a reír. Y él había necesitado que aquel asno de Cyril le hiciera ver la conveniencia de una cosa tan simple como llevarle los cubos de agua a su madre para el baño.

Jack estaba hondamente avergonzado.

«Podía haberseme ocurrido a mí —se dijo—. Soy un ciego. ¡Un patán!, como a menudo dice Cyril. Y muy tonto... nunca sé qué decir..., no soy como Jane que

charla por los codos».

Cada vez que ahora su madre necesitaba agua caliente se la subía él. No lo hacía, en cambio, con Jane ni Susan. Primero porque se reirían ante la idea, y segundo porque no comprendía por qué las muchachas no podían trabajar como los hombres. Pero su madre era diferente.

Y ahora Jane se veía obligada a pensar lo mismo que Jack, por lo que Melisande le había dicho con tanta ligereza unos minutos antes.

«Si no haces estas cosas por tu propia madre, ¿cómo puedo esperar que las hagas porque llega la mía?».

«Bueno —dijo Jane—, no las haré por tía Rose hoy. Pero pronto empezaré a hacerlas por mamá... y si tía Rose vuelve, mis manos y mi cabello estarán completamente aseados. Pero no podré pasar tantas horas delante del espejo como Melisande».

Secó cuidadosamente los platos, bajo la vigilante mirada de Dorcas, que jamás permitía que una labor se hiciese a medias.

—Cuando se hace una cosa hay que hacerla bien —había dicho mil veces.

Lo decía tan a menudo que los chicos ya no la escuchaban, pero sabían de sobra que si trabajaban para Dorcas tenían que trabajar concienzudamente.

Faltaban cinco minutos para los diez. La señora Longfield se asomó a la puerta de la cocina.

—¿Has terminado, Jane, querida? ¡Bien! Entonces, será mejor que subas a arreglarte. Tía Rose no tardará en llegar. Y mira que Susan esté también lista en seguida, ¿quieres? Yo iré a ver a Roderick.

Desapareció, y Jane se apresuró a subir a su cuarto.

Una vez allí se puso unos pantalones cortos de franela, de color gris y una blusa azul de algodón. Después se pasó un peine por el cabello. ¡Ya estaba hecho! Fue en busca de Susan.

Desde abajo le llegó un grito. Era la voz de Roderick.

—¡Melisande! ¡Cyril! ¡Aquí está el coche! ¡Mamá ha llegado!

Capítulo X

Llega tía Rose

Roderick fue el primero en llegar al coche. Lo abrió antes de que frenase y se arrojó en los brazos de su madre.

—¡Mamá! ¡Ya has llegado! ¿Te encuentras bien?

Un par de brazos enfundados en seda le abrazaron.

—¡Mi querido Roderick! —exclamó su madre con voz muy dulce—. ¡El niño de tu mamá! ¡Cómo te he echado de menos!

Después llegaron Cyril y Melisande. Cyril parecía más guapo y artista que nunca. Sabía que a su madre le complacía verlo así, aunque ahora él se sintiese un poco avergonzado. Melisande opinaba lo mismo, pero por motivos diferentes.

Había engordado con la comida de la granja, el aire fresco y la vida saludable... y el magnífico vestido azul le estaba muy ajustado. La pobre Melisande había probado todos sus vestidos, pero todos le estaban estrechos. Bastante estrechos. Sólo le sentaban bien las prendas de cada día, las blusas de colegio, las faldas de ir al campo, que tía Linnie le había comprado cuando ella y Jane empezaron a ir a clase.

No podía soportar el uniforme de la escuela, y ciertamente podía ponérselo para recibir adecuadamente a su madre. Tampoco tenía tiempo de reformar un vestido, por lo que tuvo que ponerse el azul, muy ceñido, esperando que no se le rasgara. Melisande estaba más angustiada que nunca en toda su vida.

Abrazó a su madre gozosamente. Después, Cyril la rodeó con un brazo y la ayudó a salir del coche.

—¿Te encuentras ya bien, mamá? —le preguntó su hijo mayor—. Has estado mucho tiempo en la clínica.

—No estoy aún bien del todo —replicó la madre, que parecía el retrato de la salud y la belleza, mientras andaba hacia la casa, apoyada en el brazo de Cyril. Aunque estoy mejor, mucho mejor. Fue un golpe terrible y yo nunca he sido muy fuerte. ¡Oh, es maravilloso volver a estar con mi muchachote, mi niña bonita y mi bebé!

A Roderick no le hizo ninguna gracia oírse llamar bebé, cosa que antes jamás le había importado. Deseó fervientemente que Susan no hubiera oído el comentario. «Meneítos» se precipitó hacia el grupo lanzando alegres ladridos.

—¡Oh, este espantoso perro! Es capaz de destrozarme las medias —se asustó tía Rose. Jack seguía al perro—. Jack, por favor, apártalo de mí. No resisto a los chuchos.

Jack besó cortésmente a su tía. Ésta olía muy bien y al muchacho le pareció muy hermosa. «Meneítos» no dejaba de dar vueltas en torno, ladrando sin cesar.

—¡Quieto! —Le amansó Cyril—. Susan, llévate a «Meneítos».

En aquel preciso momento llegaba Susan, tan limpia y aseada que Jack apenas pudo creerlo. La niña cogió a «Meneítos» en brazos y le ofreció una mejilla a su tía.

—¡Querida, no puedo besarte mientras lleves ese perro en brazos! —rió tía Rose con su risa argentina—. ¡Podría lamerme!

—No, no hay miedo —contestó Susan al desgaire—. Nunca lame a quien no le gusta.

Jack le pegó un codazo a su hermana.

¿Por qué tenía que decir siempre cosas desagradables? Por fortuna, su tía no se dio cuenta porque en aquel momento apareció corriendo su cuñada con Jane.

—¡Rose, querida! ¡Qué alegría volver a verte! ¡Y qué guapa estás! —gritó la señora Longfield, que no tenía ni un átomo de envidia en su naturaleza—. ¡Más joven que nunca! ¿Verdad, Cyril?

—Sí —afirmó el joven, con orgullo. Pensaba lo mejor de su madre y la amaba a su manera, más que nadie.

—Cyril ha crecido —comentó su madre—. La gente pronto me tomará por su hermana mayor —volvió a dejar oír su argentina risa.

—Espero que a mamita jamás la confundan con la hermanita de Jack..., ¡qué horror! —exclamó Susan, contemplando a su querida madre. Jane, que acababa de besar a su tía, le propinó un codazo. La joven Jane estaba contemplando embelesada los volantitos y encajes del vestido de tía Rose, los preciosos y altísimos tacones de sus hermosos zapatos, y el collar y los pendientes de perlas que lucía.

Sí, tía Rose no parecía haber empeorado por culpa del «golpe». Al contrario, pensaba la señora Longfield, está más joven que antes. Vaya, si casi parecía de la edad de Melisande. Era extraordinario. Miró a la jovencita. Ésta era ya más alta que su madre... ¡y más gruesa! Su vestido parecía estallarle por los costados. Por primera vez, su tía se dio cuenta de que Melisande no era ya la niña delgada y elegante que llegó a la granja Mistletoe. Ahora era una jovencita regordeta, muy alta y con las mejillas rebosando salud.

Todos penetraron en la casa, donde la señora Longfield había preparado bebidas heladas y unos bizcochos caseros.

—Peter vendrá a la hora de comer —explicó—. Está en el campo de heno. Ahora es una época de mucho ajeteo para nosotros, y sus hombres se han ofrecido a trabajar todo el día, aunque sea domingo.

—¡Pobre Peter! —se compadeció su cuñada—. ¡Y pobre David también! Supongo que le resultará muy duro tener que segar heno.

—¡Vaya, a mí me encantaría estar con él! —terció Roderick.

—¡Oh, Roderick querido! Tú no podrías resistir este trabajo. ¿No recuerdas lo malo que te pusiste una vez que tuviste que recortar el césped de Three Towers?

Roderick enrojeció.

—Debía ser idiota entonces —musitó—. Ahora, cada tarde he ayudado a segar el

heno, mamá..., ¡ayer todo el día! Y espero que tú también nos ayudes, aunque ya supongo que no con este vestido.

Su madre le escuchaba horrorizada. Después sus ojos se posaron en Melisande, que estaba intentando colocarse en una postura en que el vestido no le apretase tanto.

—Melisande, no estás bien. Sí, sí... Te noto algo raro. A ver, ponte de pie y deja que te examine.

Era lo último que Melisande deseaba hacer. Pero se levantó, ¡y el vestido se le desgarró por un hombro!

—¡Oh, ese vestido, Melisande! —gritó su madre con tono angustiado—. ¡Ese bellissimo vestido! Estás gorda, querida..., sí, muy gorda. No debiste ponértelo.

—Sí, todos me están pequeños —confesó Melisande, más roja que una amapola, sabiendo que todos los ojos estaban fijos en ella. Su tía se apiadó de la jovencita.

—Ve a ponerte la falda y la blusa de algodón —le dijo—. Te están mucho mejor.

—Oh, no quiero verla con el uniforme de la escuela —exclamó tío Rose—. No importa, Melisande. Ya te compraré un vestido cuando vaya a Londres. Pero, querida, realmente estás gruesa... ¡Y esperaba que te parecieses a mí!

Aprobó completamente a Cyril, que llevaba los pantalones de terciopelo, una camisa amarilla y corbata a listas amarillas y castaño.

—Pero no me gusta verte con el pelo tan corto, querido —agregó—. Has perdido las ondas. ¿Y qué tal va tu poesía?

—Muy bien, gracias —murmuró Cyril, furioso ante la sonrisa que se dibujó en los rostros de Jack y Jane. No quería que su madre le hiciera estas preguntas públicamente.

Su tía observó su desconsuelo y le envió a buscar más hielo. El joven obedeció sumamente agradecido, mirándola con simpatía. ¡Adorable tía Linnie! Le fastidiaba pasar por tonto delante de los otros, y aunque a su madre no le importaba, a él le molestaba que le hablase como si aún tuviese sólo cinco años.

Susan, sosteniendo en brazos a «Meneítos», lanzó un profundo suspiro.

—¿Puedo irme? «Meneítos» pesa mucho, pero no me atrevo a dejarlo en el suelo por las medias de tía Rose. Aunque no veo que lleve, la verdad.

Su tía lanzó una risita y le dio un golpecito en el brazo.

—¡Qué chiquilla tan graciosa! —exclamó—. Se ha dado cuenta de mis magníficas medias —y así diciendo, exhibió un tobillo.

—¿Puedo irme, mamita? —repitió la niña—. Ya he tomado dos copas y sospecho que eran toda mi ración. Le prometí a papá que esta mañana le ayudaría en la siega.

—Sí, puedes irte.

—¿Puede venir Roderick? —inquirió Susan—. Es tan buen segador... Así lo dice papá.

—¡Oh, ya no quiero separarme de mi pequeño Roderick! —gimió tía Rose, atrayéndolo hacia sí—. ¿Quieres dejarme, Roderick?

El niño vaciló. Quería irse. Lo quería con todo su anhelo. Por otra parte, sin

embargo, también quería quedarse con su madre.

—¿Bien, querido? —le preguntó aquella, agriamente—. ¡Contesta a mamá!

—Mamá, ven tú también —le suplicó Roderick—. Tía Linnie te dejará unos zapatos apropiados, ¿verdad, tía? Y podrías quitarte el sombrero...

—¡Roderick! ¡Entrar en un campo de heno... lleno de terribles insectos! —Su madre estaba aterrada—. Y, naturalmente, tía Linnie no puede dejarme sus zapatos. Me están espantosamente grandes.

Roderick comprendió que su madre estaba mucho más enfadada de lo que parecía. Suspiró. Por supuesto, esta mañana no podría segar. Jamás, jamás lograría persuadir a su madre a que saliese al campo.

Susan se marchó con «Meneítos», enviándole a Roderick una mirada de conmiseración al salir. ¡Pobre Roderick! Éstas eran las consecuencias de tener una «mariposa» por madre. Sin embargo, hasta las mariposas vuelan por los campos de heno. Susan estaba encantada de tener una madre tan distinta. Tía Rose era bonita, olía muy bien, y tenía una voz agradable salvo cuando estaba enfadada... pero a Susan no le hacía el efecto de una madre.

Jack se excusó y salió también. Su tía le miró al marcharse.

—Siempre el mismo Jack —murmuró.

—¿Qué quieres decir, el mismo Jack? —se extrañó Jane, suspicaz ante el tono de su tía.

—Nada, querida. Pero es tan estúpido... Tan collado... Lo mismo que tu padre. Y tú, querida Jane, ¿qué tal vas en la escuela? ¿Ya has adelantado a Melisande? Claro que mi hija ha tenido institutriz, y hemos viajado mucho...

Melisande le lanzó a Jane una mirada de desesperación. Jane la captó.

«¡Por favor —decía aquella mirada—, no le digas que estoy más atrasada que tú en clase!».

Y Jane fue leal y no dijo nada, por lo que Melisande le quedó profundamente agradecida. Su madre no pertenecía a la granja Mistletoe, donde la vida era real y llena de trabajo; donde había cien mil y pico de cosas por hacer, con poca gente para tantas labores. Melisande sintió calor cuando el sol penetró por la ventana, yendo a recaer sobre su espalda. Exhaló un suspiró como para refrescarse.

Su vestido se desgarró un poco más. Interrumpió a su madre.

—Mamá, tendré que subir a cambiar de vestido. Se me está rompiendo por completo. Además, apenas puedo respirar.

—Bien, ve si quieres. No me gusta que tengas que remendarlo. Ponte otra cosa. ¿Qué te parece aquel rojo, tan bonito?

—Me está peor —confesó la joven—. Necesito uno o dos vestidos nuevos, mamá. Espero que tengamos bastante dinero.

Su madre pareció un poco asombrada.

—No somos tan pobres, Melisande, todavía —exclamó, con dignidad.

—Subiré a ponerme los pantaloncitos y la blusa —dijo Melisande—. No puedo

soportar la falda del colegio, madre. Ya es bastante malo tener que llevarla los días de estudio.

—¡Pantalones cortos! —exclamó su madre disgustada. Entonces recordó que Jane los llevaba—. Bueno... está bien. Olvidaba que aquí haces vida campesina, pobre niña... Supongo que no tienes ninguna oportunidad para lucir tus preciosos vestidos. Oh, las fiestas a las que solías ir, Melisande... ¿te recuerdas? Y en todas eras la más bella... Recuerdo que la señora Partington me dijo una vez que tú...

—Bajaré en seguida, mamá —la interrumpió la joven, sabiendo que a su madre no le gustaba que la dejaran con la palabra en la boca, pero pensando que de otro modo nunca dejaría de hablar.

—Querida, no interrumpas a mamá —se quejó ésta—. ¡Oh, Melisande, temo que tus modales no son tan excelentes como eran! Bueno, ve arriba si quieres. Hablaré con Cyril.

Susan pasó una hermosa mañana con «Meneítos», Jane y Jack entre el heno. Todos se ensuciaron mucho y cuando llegó la hora de comer estaban muy hambrientos. Su padre fue a casa con ellos, gruñendo al pensar que tendría que asearse en honor de la visitante.

Roderick estuvo toda la mañana con su madre. Y le sorprendió descubrir que se aburría. Le aburrió tener que hablar continuamente.

La gente apenas hablaba en la granja Mistletoe. Usualmente, si tenían que decirse algo se lo comunicaban a las horas de la comida, o mientras trabajaban.

Añoraba a Susan y a «Meneítos» que estaban trabajando en el heno. ¡Cómo se estarían divirtiendo! Se preguntó si conseguiría convencer a su madre para ir a visitar los caballos y las terneras después de cenar.

Melisande se puso unos pantalones cortos de color gris, muy limpios y una blusa blanca, impoluta. Estaba muy bonita, según pensó su tía Linnie, y muy sensible. Le hubiese gustado que su Jane llevase las manos y el cabello como Melisande... pero estaba convencida de que Jane jamás cuidaría tanto de su persona.

La señora Longfield tuvo que ayudar a Dorcas en la cocina, por lo que dejó sola a la familia de tía Rose.

—¡Oh, Dorcas! —Se maravilló en la cocina—. La señora Rose está más guapa que nunca. Hasta parece más joven que yo. ¿Cómo lo consigue?

—Cuidándose sólo de sí misma y abandonándolo todo hasta a sus hijos —replicó Dorcas, maliciosamente—. Hay más belleza en su cara, señora, que en la de la esposa del señor David. Y claro está, no me refiero a la tez, a los ojos ni a la nariz. Estoy hablando del carácter. Usted lleva su bondad retratada en su semblante y esto la embellece o los ojos de su propia familia... sí, y también a los míos. ¡Pero buscará usted en vano esta clase de belleza en la cara de la señora Longfield!

La señora Longfield se sintió emocionada.

—Eres demasiado amable conmigo, Dorcas —dijo, comenzando a manejar una batidora—. ¡Siempre lo has sido!

Dorcas había sido la nodriza de la señora Longfield, y de sus hermanos cuando eran pequeñitos. Y se quedó a su servicio al casarse aquélla... ¡y aún seguía en la casa! La señora Longfield la apreciaba mucho. Dorcas era gruñona, de lengua muy afilada y basta; pero inesperadamente resultaba muy halagadora en algunas ocasiones: por ejemplo, cuando miraba a Susan y la reñía, cuando cuidaba a un corderito sin madre, alimentándolo en la cocina una noche de gélido invierno, o cuando estaba al lado de su ama, trabajando con ella en alguna tarea urgente.

Al final estuvo lista la comida. Toda la familia se reunió en torno a la gran mesa. Dorcas colocó los platos sobre el aparador y el señor Longfield se levantó para trinchar la carne.

—Y ahora... ¿todos hambrientos? —preguntó, como siempre. Y la respuesta llegó unánime, en una especie de alarido:

—¡Bas... tan... te...!

Capítulo XI

¡Pobre tía Rose!

La visita de tío Rose no fue un gran éxito. Sus hijos la vieron a través de nuevos ojos, y ella lo comprendió. Roderick deseaba con franqueza que se fuese cuanto antes para poder ir aquella tarde a segar, una vez descubrió que su madre no albergaba intenciones de dar la vuelta a la granja y ver las vacas y los caballos.

Melisande añoraba el sol y la brisa de fuera. Pero su madre nunca tomaba el sol por miedo a las pecas. Cyril halló que un poco de conversación ligera con su hermosa madre era divertido, pero ahora que se había acostumbrado a permanecer callado varias horas seguidas, trabajando, encontró difícil sentarse en una habitación en penumbra y conversar de niñerías con alguien que le trataba en realidad como a un chiquillo.

Por suerte para todos, tía Linnie tuvo una verdadera inspiración.

—Creo, querida Rose, que deberías tomarte un descanso esta tarde. Esta mañana te habrás cansado en el viaje, que ha sido muy largo y fatigoso. Ve a tenderte en mi cama.

Tía Rose consintió en ello graciosamente.

—Sí, estoy un poco cansada —admitió—. Desde el incendio tengo que cuidarme más que antes. Gracias, Linnie.

No tardó en estar acostada en la cama de su cuñada, pensando, empero, que el colchón era muy duro. También encontró muy feos los muebles.

«¡Mi pobre Melisande, tener que vivir en un lugar como éste! Todo tan feo y útil... No hay nada bonito. Ni siquiera agua caliente para bañarse... ¡Pobres hijos míos! Aunque parecen estar muy bien y contentos... Claro, Linnie es muy buena cocinera, pero estoy segura de que mis niños no son felices...», pensó.

Cerró los ojos, con sus largas y bien cuidadas pestañas. Melisande, que subió a espiarla media hora más tarde, la encontró durmiendo como una muñeca de porcelana china.

Todos se sintieron aliviados cuando tía Rose subió a dormir. «Meneítos» empezó a corretear por todas partes. Roderick se dispuso a ir a segar heno con Susan. Estaba entusiasmado. Cyril también quería ir, ya que Jack les dijo que todos hacían falta por si el tiempo cambiaba al día siguiente.

—Melisande, ven con nosotros —le rogó Jane—. Ya llevas la blusa y los pantalones... No puedes quedarte aquí sentada toda la tarde esperando a que despierte tu madre.

—No, supongo que sería una tontería —asintió Melisande—. Iré a ver si mamá se ha dormido, y si es así iré con vosotros. Dorcas podría tocar la campana para

avisarme cuando mamá se despierte. Se lo pediré.

Dorcas dijo que lo haría. Ella y su ama estaban sumamente atareadas lavando los platos. Les habían dicho a las chicas mayores que no las necesitaban si deseaban ir al campo.

Los seis primos se marcharon alegremente, gozando del sol estival, y no tardaron en estar amontonando heno, gritando y riendo, libres de todo cuidado.

—Vaya usted también, señora —le dijo Dorcas a su ama—. Tocaré la campana cuando su cuñada se despierte y puede usted volver entonces.

—Bien, Dorcas. Sí, me gustaría ir esta tarde al prado —suspiró la señora Longfield—. Toca la campana cuando se despierte mi cuñada y pon la tetera al fuego. ¡Esta tarde me convertiré en una linda dama de sociedad y serviré a mi familia el té a las cuatro!

Fue a reunirse con el resto de su familia. «Meneítos» acudió a recibirla ladrando alegremente. Su esposo le dedicó una sonrisa. Era un hombre corpulento, desgredado, sudoroso, bajo el ardiente sol de la tarde.

—Bien, Linnie —exclamó, complacido—, me gusta ver que has salido de casa. Ahora siéntase en ese montón de paja y descansa.

—¡Oh, no! ¡He venido a ayudaros! Rose está durmiendo, por lo que no me necesita.

Rose estaba ciertamente dormida. Y tan profundamente que no se despertó hasta las cuatro menos cuarto. Cuando lo hizo, fue como un sobresalto, debido a que un gallo se asomó por la ventana y cantó estridentemente.

Miró el reloj, pero estaba parado. ¿Qué hora sería? ¡Qué silencio reinaba en la casa! Ni voces de chiquillos ni rumor de pisadas. ¿Dónde estarían todos?

«Seguro que están todos callados para no molestarme —pensó—. Iré a sorprenderlos. Ya estoy completamente descansada».

Se puso de nuevo su hermoso vestido, se peinó cuidadosamente y bajó. No había nadie en el comedor ni tampoco en la salita. Tampoco nadie en la habitación donde la señora Longfield echaba siempre sus cuentas. ¿Dónde estaban?

Se asomó al patio, sumamente sosegado a aquella hora de la tarde. Las carpas saltaban en el estanque para atrapar moscas, y un gato estaba sentado al sol, lamiéndose una patita y muy contento por no tener cerca a «Meneítos».

«No hay nadie —se dijo tía Rose, extrañada—. ¿Qué ha pasado? Se han ido todos y me han dejado sola. Pero aunque los chicos de Linnie estén en el prado segando el heno, los míos no habrán ido allí... excepto tal vez Roderick. Y Linnie tampoco, de esto estoy segura».

Lo mejor sería ir a la cocina. ¡Y por fin encontró a alguien!

Era Dorcas... Pero Dorcas estaba perdida para el mundo. Estaba sentada en una butaca, la cabeza hacia atrás, la boca abierta. Estaba sumamente cansada y mientras esperaba a que tía Rose se despertase, ella se había dormido.

Tenía un gato muy gordo sobre el regazo, el cual saltó al suelo tan pronto como

oyó las pisadas de tía Rose.

Miró a la recién llegada como diciéndole:

—No te atrevas a despertar a Dorcas. ¡Me gusta mucho poder estar en su falda!

Tía Rose se enfadó. No había en la casa nadie para charlar... y hasta la vieja cocinera se había dormido con la boca abierta. ¡Ni siquiera había la tetera en el fogón!

«¡Las cuatro! —exclamó, mirando el gran reloj de la cocina—. Hace ya horas desde que hemos comido... almorzado... o como se diga aquí. Ha sido a las doce y ahora son ya las cuatro. Bueno, supongo que no tardarán en venir a tomar el té. Seguramente será mejor que despierte a esta gorda».

Pero al final se decidió en contra. Sabía que a Dorcas no le era muy simpática, y a tía Rose no le gustaba ser antipática a nadie. ¡Cuando ella entraba en la cocina, Dorcas siempre ponía mala cara!

Por lo tanto, tía Rose salió de la cocina de puntillas, echando una ojeada de disgusto hacia Dorcas.

En el prado de heno todos se estaban divirtiendo. Algunos condiscípulos de Roderick habían acudido a ayudarlos, y se habían producido escaramuzas y peleas en plan de juego, acompañadas de risas y chillidos. El heno se iba amontonando y secando maravillosamente bien.

Nadie tenía reloj. La señora Longfield estaba atenta al sonido de la campana que indicaría que su cuñada se había despertado o que eran ya las cuatro, pero no oía nada. Por el momento se sentía agitada y yacía de espaldas sobre el heno, feliz y contenta.

Tía Rose estaba sentada esperando que llegara alguien. Se hallaba en la salita, enojada y hambrienta. ¡Qué visita! ¿Por qué todos tenían que abandonarla? ¿No habría té? Añoraba una taza de té caliente con todo corazón. O un vaso de limonada helada.

Eran ya las cuatro y media... ¡Y más tarde las cinco!

Dorcas se despertó y miró el reloj, atónita. ¡Las cinco! ¿Tanto había dormido? ¿Qué pensaría la señora Longfield? Se levantó apresuradamente, enviando al gato al suelo.

«Tal vez todavía esté durmiendo —pensó, mientras ponía la tetera al fuego—. Iré al dormitorio y lo comprobaré».

Subió y se detuvo a la puerta del cuarto, escuchando. Pero dentro no se oía ni una mosca.

«Todavía duerme —pensó Dorcas—. De haberse despertado, ya habría venido a importunarme y a pedir el té».

Volvió a bajar, sin sospechar que la tía Rose estaba sentada en la salita, muy enfadada y hambrienta.

La tetera comenzó a hervir.

Dorcas la apartó del fogón. Después fue partiendo el pan y la mantequilla.

En la salita, tía Rose se cansó de estar sola. Fue a la puerta y miró fuera, escuchando. Las sombras empezaban a alargarse, y los campos tenían un aspecto maravilloso. Tía Rose oyó unos gritos y unas risas traídos por la brisa, y muy lejos divisó unas figuras que correteaban.

«Iré a ver qué hacen», se dijo, dispuesta a hacer algo que jamás hiciera en su vida —andar por el campo con zapatos de tacón alto.

Hacía calor al sol. Y era muy difícil caminar con tacones. Pero tía Rose continuó hasta que llegó al prado donde la familia estaba amontonando el heno. ¡Qué tribu de chiquillos! ¡Qué alaridos, qué risas!

¡Buen Dios! ¿Aquella era Melisande? Lo era. Estaba tumbada de espaldas, peleándose con Susan y Roderick, casi muerta de risa.

Cyril perseguía a tres chicos a los que tía Rose no conocía. Uno se le asió por la camisa, destrozándosela y haciéndole caer sobre un montón de paja.



Otra figura llegó corriendo, perseguida por Jane y Jack. ¡Era su cuñada! Su corpulento esposo la salvó, procediendo a entendedérselas con los muchachos. Su esposa se dejó caer al suelo, sucia, sudorosa y agotada por el ejercicio y las risas.

De pronto percibió a la esbelta figura que estaba al borde del prado. La miró con desmayo, tratando de quitarse el heno de sus ropas.

—¡Oh, querida Rose... has venido hasta aquí con estos zapatos! —exclamó—. Dorcas tenía que tocar la campana cuando te despertases a fin de poder tomar todos juntos el té a las cuatro.

—Son casi las cinco y media —replicó tía Rose con tono helado—. ¡Qué asco,

Linnie! Debo decirte que no apruebo que Melisande se comporte de ese modo. Ni Cyril tampoco... tan sucio... tan incontrolado.

Parecía a punto de prorrumpir en sollozos. Se sentía completamente desalentada. ¡La habían olvidado por completo mientras todos se estaban divirtiendo como críos! ¿Cómo podía comportarse de esta manera Melisande? Peleándose sobre un montón de heno con Susan y Roderick...

—¡Melisande! —gritó ásperamente—. ¡Levántate! ¡Calla, Roderick! Y Cyril... ¡basta ya!

Melisande obedeció al instante y miró a su madre, apesadumbrada. Cyril también obedeció, pero más despacio, quitándose las briznas de paja de sus pantalones. Roderick ni reparó en ella, sino que se precipitó sobre Susan, haciéndola caer y reanudando su pelea.

—Eh... vuestra madre dice que son ya las cinco y media —les notificó la señora Longfield a Melisande y Cyril—. No me di cuenta de que el tiempo pasaba tan rápidamente. Bueno, tomaremos el té de las cinco. Bien, será mejor que vayamos todos a casa.

Sintiéndose un poco avergonzada de haber sido sorprendida jugando como una chiquilla, la señora Longfield abrió la marcha hacia la casa, en completo silencio, junto con Rose.

—Lo siento muy de veras, Rose —susurró cuando bajó de nuevo de su habitación, después de asearse debidamente—. No sé cómo ha ocurrido.

—Yo sí —replicó tía Rose con la voz muy tirante—. Sé que aquí se me desprecia... incluso mis propios hijos han dejado de quererme. Lo veo claramente. Son muy diferentes. Tú les has cambiado.

—¡Oh, no, han cambiado por sí mismos! —repuso gentilmente su cuñado—. Estaban demasiado mimados. Rose. Y ahora no. Y se han adaptado muy bien a su nuevo ambiente. Debieras estar orgullosa de ellos y no avergonzada.

—¡Pues estoy avergonzada! —gritó Rose, llorando ya a lágrima viva—. Y estoy segura de que ya no me quieren. ¡Y si continúan cambiando de esta manera... yo tampoco los querré!

—Ésta es una tontería muy grande. Rose —le reprochó la señora Longfield con severidad—. Siempre pensé que eras una mujer muy tonta y egoísta, pero no que fueses malvada. Decir que puedes llegar a no querer a tus hijos es la cosa más malvada que puede decir una madre. Y no quiero seguir escuchándote.

Se levantó de su butaca y dejó a Rose, que estaba ya avergonzada de sus palabras. Por lo tanto, estuvo sola hasta que Melisande fue a avisarla para el té. Durante el mismo continuó muy callada, comiendo muy poco, pero como eran nueve chiquillos los que estaban en la habitación, ya que los tres amiguitos de Roderick habían sido invitados, nadie reparó mucho en el humor de tía Rose.

Sólo se dio cuenta Cyril, sintiéndose apenado. ¡Pobre madre! Ellos habían cambiado y ella no. Cyril no había observado su propio cambio y el de sus hermanos

hasta que vio a su madre. Intentó mostrarse amable y atento con ella, pero apenas lo consiguió.

El coche vino a buscarla poco después, con lo que se reprodujeron los besos y las despedidas con sus tres hijos, y acto seguido se marchó, siendo aún más forastera que antes de llegar. Ni siquiera Roderick le rogó que se quedase a pasar la noche en la granja.

—¡Qué triste! —comentó la señora Longfield, cuando entró en la cocina a ayudar a Dorcas—. Es muy triste que una madre tenga tres hijos saludables, llenos de vida, y no quiera compartir un verdadero hogar con ellos, ni les hable de su padre, ni quisiera complacer a los más jóvenes yendo a ver los caballos y las terneras.

Cyril, Melisande y Roderick no se refirieron para nada a la visita de su madre. Todos se sentían desalentados, pero no querían confesarlo. Eran leales para con ella, y ni se les hubiese ocurrido proferir una queja en contra suya.

Pero Susan no podía dejar pasar la ocasión sin dar su opinión.

—No creo que tía Rose vuelva por aquí en bastante tiempo. Piensa que todos somos unos seres espantosos... hasta Cyril y Melisande. ¿Crees que volverá, mamita?

—Bueno, no ha sido para ella una experiencia muy agradable ver que todos la hemos tenido olvidada esta tarde —repuso su madre—. No fue culpa nuestra, claro está, sino una cadena de acontecimientos; pero temo que tía Rose no querrá comprenderlo. Debe pensar que todos la dejamos sola a propósito.

—Hubiera podido venir al prado con nosotros —objetó Susan.

—Pero le resulta imposible ir por el campo toda la tarde con aquellos zapatos de tacón alto, y bajo el sol —contestóle la señora Longfield, olvidando que era esto precisamente lo que ella había hecho. Aunque claro que en zapatillas.

—Bueno, lo cierto es que vino al prado —insistió la tozuda Susan—. Pero sólo porque estaba enfadada. De habérselo rogado con insistencia, no habría venido, estoy más que segura. Y tú, mamita, sí viniste, porque nosotros quisimos que vinieras y porque tú lo deseabas también. Tú eres una madre como es debido, y te prefiero a ti que a cualquier otra madre del mundo.

Su padre le guiñó un ojo. Susan siempre sabía ser cariñosa cuando quería. ¡Y no había forma de enfadarse con ella!

Capítulo XII

¡Poesía y caballos!

Llegó el final de curso. Las tres chicas acabaron un día antes que los muchachos, y estaban exaltadas. Jane le permitió a Cyril que al día siguiente fuese al colegio montando a «Pies Ligeros», ya que ella no necesitaría al caballo.

—Pensaba que jamás os dejaría a ninguno de vosotros tres mi caballito, pero yo sé que a ti te gusta mucho «Pies Ligeros», ¿verdad?

—Me gustan todos los caballos de la granja, hasta «Gordito» —le confesó Cyril a la muchacha—. Cuando se vive tan cerca de ellos, hay que amar a los animales. Quiero decir que una granja es como una gran familia, y amas a todo cuanto te rodea.

Jane miró a Cyril gratamente sorprendida.

—¡Vaya, Cyril, ésta es una idea bellísima! Creo que es una frase mucho mejor que todas las poesías que has recitado. De veras.

Cyril se quedó entusiasmado ante aquel halago inesperado. Por una vez no supo qué contestar, limitándose a contemplar a Jane ensimismado.

—Te pareces a aquel corderito que está siempre en la verja mirándonos cuando salimos —rió la muchacha—. Oye, Cyril, si esto que acabas de decir lo pusieras en una poesía, creo que me encantaría.

—Nunca has intentado escuchar una poesía —repuso Cyril—, por lo que no tienes que halagarme asegurando que escucharías una compuesta por mí. Jane.

—Bueno, pues la escucharía si fuese buena —insistió Jane. Hizo una pausa y añadió—. Lo que pasa es que la mayoría de poesías no son sensibles. Ni creo que lo sean los poetas. Los granjeros sí lo son. Fijaos en que la mayoría de ellos son muy felices aunque se pasen la vida gruñendo.

Cyril recitó:

*«Da su oro a los tontos y a los bribones su poder,
Deja que la fortuna venga y se aleje.
Quien ara un campo o planta una flor
o cuida un árbol, es más rico que todo eso».*

Cyril sonrió después de recitar los versos.

—¿Te gusta? ¿O no es bastante sensible?

—Bien... opino que es bastante buena —meditó Jane—. ¿No sabes ninguna poesía respecto a un caballo? Me gustaría escuchar o leer una.

—Sí, conozco varias poesías que hablan de caballos —contestóle Cyril, muy divertido, a su prima tan súbitamente interesada por la poesía—. ¿Qué tal ésta?

*«La yegua tenía patitas de hierro y piel de satén,
Pateaba como un tambor y corría como una gacela.
Era tan fiera como el fuego y volaba como el viento.
¡No había nada que pudiera detener su carrera!».*

Calló. Jane estaba como sorbiendo sus palabras, imaginándose aquella hermosa yegua tan veloz como el viento.

—Sigue —le suplicó a Cyril—. Me gusta. ¡Esto sí que es una poesía! ¿Qué más dice?

—No lo sé —confesóle Cyril—. Lo he olvidado. He recordado esta estrofa... no sé por qué. Si quieres puedes leer todo el poema. Se llama «Britomarte». Lo tengo en uno de mis libros.

—Oh, gracias —le agradeció Jane, ignorando que acababa de comenzar un curso de retórica y poética que iba a complacerla durante el resto de su vida—. Sí, lo leeré. Bueno, mañana, si quieres, puedes ir montado en «Pies Ligeros» al colegio. Pero ten cuidado si veis un coche. Es como «Gordito». Los odia.

A Roderick no le gustó ser el único que tenía que ir al colegio en autobús. Y así fue en busca de Susan.

—Susan, Jane deja que Cyril monte mañana a «Pies Largos». ¿No podría yo llevarme a «Gordito»?

—No. Sabes que no. No le gusta que lo monte nadie más que yo.

—Pero a mí ya me conoce... —suplicó Roderick—. Mira cómo relincha cuando voy al establo. Esto sólo lo hacía contigo, y ahora también me saluda a mí.

—No, no puedes montar a «Gordito» —replicó Susan, tajante. Y dando media vuelta, le dejó plantado. Sabía que probablemente su primo podría ya manejar a «Gordito»; pero sentía celos en todo cuanto se refería a su caballo islandés. Era suyo y no quería cedérselo a nadie.

Roderick comenzó a pasear al azar, pegándole patadas a las piedras. Deseaba ardientemente tener un caballo. Sabía que su prima Susan era muy feliz con «Meneítos» y «Gordito». Si él llegaba algún día a tener un perro y un caballo también se sentiría completamente feliz.

—En realidad, todos los que habitan en la granja son muy dichosos —reflexionó el chico, deteniéndose a contemplar los lechoncitos que corrían a refugiarse en torno a su barriguda madre—. No tienen sólo a «Meneítos», sino a todos los gatos de la granja, a los perros del pastor, los caballos, las vacas, los corderitos... Ojalá papá llegue a tener una granja. Entonces sí que yo sería feliz.

Y acto seguido comenzó a planear su propia granja.

—¡Tendré un caballo al que llamaré «Marte»! Un caballo bayo con una estrella en la frente. Y correrá como el viento.

Cuando encontró de nuevo a Susan le habló de «Marte». La niña estaba dándole de comer a los caballos, y él la ayudó a esparcir el maíz.

—¿De veras te gustaría tener un caballo que se llamase «Marte»? Es un nombre muy bonito. ¿Dejarías que lo montasen otras personas o lo querrías demasiado para eso?

Roderick meditó largo rato.

—Bueno... sólo te lo dejaría a ti —respondió al fin—. Te lo dejaría a ti porque sé que lo querrías tanto como yo.

—¡Oh, gracias! —Le correspondió la niña con calor. Después frunció la nariz y miró cómicamente a su primita—. ¿Quieres a «Gordito» tanto como yo? Si dices que sí, te lo dejaré mañana.

Y así fue cómo los tres primos se marcharon al colegio al día siguiente, montados en sendos caballos: Cyril en «Pies ligeros», Roderick en «Gordito» y Jack, como de costumbre, en «Sombrita».

¡«Gordito» intentó con Roderick todas sus tretas! Pero el niño disfrutó mucho con el animal. «Gordito», por ejemplo, enderezó las orejas y comenzó a andar de costado hacia el seto. Y antes de que Roderick sospechase sus intenciones, estaba presionando la pierna del muchacho contra el espinoso seto.

—¡«Gordito»! ¡Alto! —chilló Roderick, retirando rápidamente la pierna y descansándola sobre la silla de montar—. ¡Eres muy malo, «Gordito»! ¡Estoy avergonzado por ti! ¡Vamos, arre!

«Gordito» se negó a moverse. Era tan obstinado como una mula. Estuvo quieto más de cinco minutos, mientras un grupo de chiquillos se acercaron a contemplar la escena con interés.

—¡Arre, arre! —gritó Roderick, y de repente, «Gordito» echó a correr al galope... pero sólo para detenerse tan de repente, que Roderick saltó por encima de su cabeza, yendo a parar a una mata de ortigas. Se encolerizó. Asió las riendas y las sacudió.

—¿Qué diría Susan, maldito caballito? ¡Compórtate como es debido! Estoy completamente molido.



Al final llegó a casa y se lo contó todo a Susan, la cual se echó a reír a carcajadas.

—Lo siento —dijo al fin. Pero en secreto estaba encantada. «Gordito» siempre se portaba bien con ella. Y ahora que sabía que «Gordito» hacía enfadar a Roderick, permitiría que éste volviese a montarlo. Era maravilloso pensar que «Gordito» sólo quería a su dueña.

Y le dio dos terroncitos de azúcar como recompensa por su lealtad hacia ella.

—Esto es por portarte mal esta mañana... ¡pero por caridad, no se lo digas a Roderick!

Todos estaban contentos de que hubieran comenzado las vacaciones de verano. ¡Ocho semanas sin tener que estudiar! Melisande tenía que practicar el piano, pero ni Jane ni Susan aprendían música, por lo que ni siquiera tendrían que dedicarle media hora diaria a aquel instrumento. Sin embargo, Melisande estaba entusiasmada. Tanto ella como Cyril amaban la música, y lo que más molestaba a Cyril era no poder poner la radio cuando quería.

Hubiera querido ganar algún dinero.

«En este caso podría comprar una radio —pensaba— y podría sintonizar los conciertos que tanto me gustan».

Su tía sabía que al joven le gustaba escuchar los conciertos, y aunque creía que era conveniente que Cyril tuviese que doblegarse a los deseos ajenos, le hubiera complacido que escuchara la radio más a menudo de lo que podía hacerlo. Empezaba a sentir un gran afecto hacia Cyril, el cual, pese a todo su amaneramiento señorial,

tenía un buen corazón y siempre estaba deseando ayudarla.

—Me gustaría que disfrutases un poco más de la radio por las noches, Cyril —le dijo una vez—. Pero esta familia mía sólo desea escuchar las noticias y los programas cómicos. A mí también me encanta la música... pero no puedo obligar a los demás a escuchar los conciertos.

—A mí me gustaría ganar dinero —le confesó Cyril—. Solía siempre tener más dinero del que podía gastar, tía Linnie... y ahora me parece increíble cuando pienso en las libras y libras que tenía... Bueno, como ya sabes, ahora no poseo más que algunos chelines, que pronto se agotan con el autobús y otras menudencias. Pero si pudiera ganar algo más, ahorraría para comprarme un transistor. Y entonces escucharía lo que quisiese sin molestar a nadie, porque podría subirlo a mi cuarto... o al campo.

—Sí, claro está —asintió su tía—. Y algunas veces yo te haría compañía, Cyril, porque te repito que me gusta mucho la música sinfónica.

Cyril miró afectuosamente a su tía, preguntándose si lo decía de corazón o sólo por halagarlo. Pero parecía hablar en serio. Al fin y al cabo, también le gustaba la poesía. Y ambos habían inventado un juego que consistía en encontrar un poema en el que se mencionasen varias cosas que a los dos les maravillaban.

Susan solía escuchar boquiabierta el juego, admirándose de ambos, si bien a Jack no le gustaba mucho. A Susan le gustaban también las poesías y hasta había llegado a componer un fragmento, trabajosamente, con su difícil caligrafía.

Aquel día estaban en el patio, ella y su madre, Jack y Cyril, alimentando a las carpas. Y estaban ya a punto de volver a casa, cuando todos se detuvieron a la vista de la hilera de acebos, muy altos y dignos contra el encalado muro de la vieja casona.

—¿No son hermosos? —exclamó Susan, corriendo hacia los árboles, y contemplando las abejas que entraban y salían de los botones anaranjados, rojos o amarillos—. ¡Y qué altos! Más que yo... y más que tú, mamita.

Cyril y su tía abrieron la boca en el mismo instante y empezaron a recitar una poesía. Los dos callaron y rieron, mirándose mutuamente, muy divertidos.

—¡Los grandes genios piensan al unísono! —exclamó Cyril—. Es una poesía muy bonita, ¿verdad, tía Linnie?

—¿Cuál? No la habéis recitado —se quejó Susan, impaciente—. Dila, mamá. ¿Trata de los acebos?

Su madre la recitó:

*«El erguido y magnífico señor Acebo
lleva muchos años en mi parque,
con su gorquera y su casaca,
sus pantalones y sus patillas».*

Susan volvió a contemplar los acebos.

—Sí, son tal como tú has dicho. Muy bellos.

—A mí me parecen un poco feos —opinó Jack—. Pero yo no soy poeta como Cyril. ¡Yo sólo soy granjero!

—Es posible ser ambas cosas —le replicó su madre, sonriéndole.

—Creo que es preferible ser un buen granjero que un mal poeta —arguyó Jack, casi celoso de que su madre se llevase tan bien con Cyril.

Se apartó de ellos, enfurecido. Deseaba que la granja Mistletoe volviera a ser sólo para ellos. Estaba muy bien que su madre escuchase y animase a Cyril; pero ella no le tenía en su mismo dormitorio, con todos sus libracos esparcidos por doquier, de forma que no le quedaba apenas unos centímetros de sitio para sus cosas.

Cyril miró humorísticamente a su tía. Ésta le sonrió y meneó ligeramente la cabeza.

—No, Cyril. No tienes que burlarte de Jack. Realmente, no es tan patán como parece. Es un chico muy de fiar, bueno y con ideas magníficas... aunque no sean similares a las tuyas. Es bueno contigo, y tú lo sabes... y tú eres bueno con él... aunque a veces os tiréis los platos por la cabeza.

—Un poco más de lo que piensas, tía Linnie —aclaró Cyril, sonriendo—. Nuestro dormitorio es tan pequeño que apenas puedo estar separado de Jack en ningún momento. En serio, tía, y volviendo a nuestra conversación de antes. ¿No podría ganar dinero de alguna forma? No puedo pedirselo a papó, porque lo está ganando muy duramente... y menos aún a mamá.

—Claro que no —reflexionó su tía, pensando que a Cyril le resultaría conveniente ganar algo por su cuenta—. Bueno, pronto llegará la estación de las ciruelas. Y a los granjeros siempre les interesa alguien que los ayude. Pero pagan muy poco.

—¡A mí me parecerá mucho! —exclamó Cyril, gozoso—. Me gustaría tener un transistor... y que tú lo escuchases conmigo.

Su tía lo miró con respeto. ¡Ciertamente, Cyril estaba haciéndose mayor! Le gustaba la consideración que sentía hacia los demás, especialmente ahora que tenía algo más que buenos modales. Y se preguntó si debía o no regalarle un transistor el día de su cumpleaños.

Pero se decidió en contra. No, sería una tontería. Cyril tenía que aprender a obtener todas las cosas por sí mismo en la vida, lo mismo que Roderick y Melisande. Siempre es bueno desear algo con todas las ansias y conseguirlo con el propio esfuerzo. Entonces se valora mucho más.

—Bien, te quedan ocho semanas de vacaciones, Cyril para ganar el dinero que necesitas. Eres fuerte y alto, aunque no tan recio como Jack. Si quieres, encontrarás multitud de trabajos en las granjas de por aquí. Incluso en la nuestra, pero no puedes esperar que mi marido te pague nada por el trabajo que hagas.

—¡Claro que no, tía Linnie! —exclamó rápidamente el muchacho, completamente apabullado—. ¡Como si yo pudiese aceptar ningún pago de las personas que tan amables son conmigo y mis hermanos! Ya sabe usted que soy capaz

de dedicarle todas mis horas libres a tío Peter, si me necesita.

—Bueno, entonces creo que tendréis bastante trajín tanto tú como Jack durante estas vacaciones. No tardará en llegar la recolección —continuó diciéndole su tía, mirando por última vez los altos acebos antes de entrar en la casa—. ¡Y dudo que tengas deseos de ir a recoger las ciruelas cuando tu tío haya terminado contigo!

*«Quien no trabaja con afán,
¡no tiene derecho a comerse su pan!».*

Citó Cyril con una sonrisa sardónica. Y añadió:

—Termina esta poesía si puedes, tía Linnie.

*«Porque los hombres han de trabajar y las mujeres deben llorar,
puesto que hay poco que ganar y mucho que guardar».*

Fue la rápida y contundente respuesta de su tía. La cual agregó:

—Y como yo tengo siete bocas a las que alimentar, si no voy rápidamente a la cocina, hoy no habrá comida en la mesa.

Capítulo XIII

Empiezan las vacaciones y Cyril traba amistad

Durante las vacaciones de verano todo el mundo estuvo muy ocupado. El señor Longfield era dueño de una granja con una extensión de cultivos considerable y le faltaban brazos, por lo que Cyril y Jack tuvieron que hacer horas extraordinarias. ¡Para su horror, un día, Cyril incluso tuvo que sacar de paseo a un toro!

El toro fue llevado a la granja sólo por una semana, después de la cual tenía que ser trasladado a otra. Era un animal enorme, con unos ojos perversos y muy pequeños, y unos cuernos muy afilados y larguísimos. Lo pusieron en un establo reforzado y se les prohibió a los niños que se acercasen a él.

De todos modos, Roderick tampoco se habría acercado. Todavía estaba asustado de las vacas, y un toro era peor. Por lo tanto, se mantuvo muy apartado de aquel animal, y hasta temblaba cuando el feroz toro mugía.

Susan quiso verlo a hurtadillas, pero lo pensó mejor. La niña ya comprendía la diferencia entre ser valiente y atrevida. Le habría gustado, eso sí, ver al toro para impresionar a Roderick; pero el sentido común le dijo que esto era una niñería. Además, si su padre se enteraba de su desobediencia, sólo Dios sabía qué podía suceder. Susan amaba a su padre y sentía un gran respeto por él y por sus órdenes.

Melisande no tenía ningún interés por ningún animal de la granja, a menos que fuese muy hermoso o muy joven. Opinaba que las ovejas olían mal y eran estúpidas y que las vacas tenían una forma muy rara. Los cerdos eran asquerosos, los patos sucios, las gallinas tontas. ¡Y el toro era un bicho innoble! Jamás se acercaría al mismo, y estaba contenta de saber que sólo iba a estar una semana en la granja.

El toro se llamaba «Rory», nombre que Susan creía muy apropiado para la bestia.

—Además de mugir, gruñe —le dijo a Roderick—. Y a mí me gusta oírlo.

—Pues a mí no —replicó el niño—. Siempre parece estar de mal humor, y temo que algún día se escape del establo y nos embista a todos.

Pero «Rory» no hizo nada por el estilo. Parecía muy manso, hasta que al final se mostró inquieto, como deseando algún ejercicio. Entonces comenzó a mugir, atronando el establo, y el vaquero lo sacó de paseo. El toro tenía un aro en el morro, y Jim, el vaquero, le puso su bastón atravesado en aquél, conduciéndolo a todas partes.

—Su morro es muy tierno —le explicó a Roderick y Susan—. Un empujoncito al morro y sigue como un cordero. Mientras yo tenga mi bastón en su anillo, no pasa nada.

Pero un día Jim se lesionó un brazo y no pudo sacar a pasear al toro. Jack se hallaba en una granja vecina a la que había llevado unos patos. Y nadie podía sacar al campo al toro, por lo que el señor Longfield decidió que fuese Cyril.

Dejó caer la bomba a la hora de comer. Cyril se quedó completamente aturdido. ¡Sacar al toro! ¡Era una tarea imposible para él! No le importaba ayudar a su tía en otros trabajos, pero sacar de paseo al toro..., ¡no, decididamente no! Tendría que bajar por el sendero, dar la vuelta por Long Acre Hill y regresar, y probablemente se tropezaría con algunos amiguitos de la escuela.

Fue Melisande la primera en hablar.

—Cyril no puede sacar al toro, tío. Éste es un trabajo de hombres, como tú siempre has dicho. ¡Vaya, no es una tarea apropiada para Cyril!

—Cósete la boca —replicóle su tío—. No me gusta que las chicas objeten mis órdenes. Cyril sacará al toro. Si no es bastante hombre para hacerlo, que lo diga. Si tiene que ayudar algún día a su padre en una granja tendrá que sacar muchos toros a pasear.

Miró a Melisande que estaba a punto de echarse a llorar. Jamás se acostumbraría a la dureza de su tío. Éste no consentía que nadie discutiese sus órdenes o sus ideas, y Melisande siempre se oponía a ellas.

—Sacaré el toro —afirmó Cyril—. Cállate, Melisande.

—¿Podré ir con él? —inquirió Susan con avidez.

—No —objetó su padre—. Has de tener sentido común.

No se habló más y aquella tarde Cyril sacó de paseo al toro. Jim le puso el bastón a través del anillo y le dio uno o dos consejos.

—Es muy sencillo. Sólo tienes que mandar en el morro del animal y lo tendrás bajo tus órdenes, Cyril. Por favor, coge el bastón con mano firme.

Y Cyril salió con el toro, bastante nervioso, pero decidido a no darlo a entender. Roderick lo contemplaba desde una prudente distancia y Susan desde bastante más cerca. Melisande se retiró a su cuarto, enfadada con su tío y temiendo por su hermano.

El toro era bastante manso. Fue siguiendo a Cyril sendero abajo hasta dar la vuelta por Long Acre Hill, sin dejar oír ni un gruñido. Cyril comenzó a sentirse defraudado. El morro del animal era sumamente sensible y seguía todas las indicaciones dadas con el bastón.

Y fue durante aquel paseo que Cyril trabó una nueva amistad. Long Acre Hill era un lugar solitario, sin casas ni granjas a la vista. Sólo había unas cuantas cuevas, según decía Susan, aunque ninguno de los chiquillos las había nunca explorado con sus primos. Cuando Cyril pasó por allí, una voz le interpeló de repente:

—Eh, ¿qué día de la semana es hoy?

Cyril se detuvo, asombrado. Un hombre salió de una de las cuevas. Iba ataviado de manera muy rara, con una larga túnica blanca y una faja. Llevaba sandalias en los pies. Su cabello era bastante largo y lucía barba.



—Eh..., estamos a viernes —contestó Cyril.

—Gracias —dijo el desconocido—. Viviendo una vida de contemplación se pierde la noción del tiempo.

—Oh..., ¿entonces es usted una especie de ermitaño?

—Puedes llamarme así si gustas —repuso el barbudo—. Periódicamente abandono el mundo para pensar y escribir. En realidad, no necesito los lujos mundanos.

Cyril estaba impresionado. El individuo parecía algo inusitado. Tal vez fuese un filósofo... o un poeta. Acababa de explicar que era escritor. Y debía tomarse muy en serio su trabajo para habitar en una cueva como un eremita.

—Bueno... debo marcharme a causa del toro. Siento no poder quedarme —se lamentó Cyril.

—Vuelve a visitarme —le invitó el ermitaño—. Supongo que no tendrás ningún diccionario griego, ¿verdad? Me dejé el mío en la ciudad.

—Sí, tengo uno en casa. Si puedo se lo traeré mañana —se ofreció Cyril.

—Hubiese querido formularle más preguntas a tan extraño individuo, pero no quería impacientar al toro. Saludó al desconocido y reanudó la marcha.

Volvió al día siguiente con el diccionario griego. El ermitaño le dijo que su nombre era Benedict.

—¿Benedict qué? —quiso saber el joven.

—Sólo Benedict. Abandoné los demás nombres y apellidos cuando me retiré del mundo.

Comenzó a hablar de una forma que a Cyril le encantó. Parecía haber leído mucho. Contó que estaba traduciendo la «Ilíada» de Hornero de una manera completamente nueva.

Cyril estaba sumamente impresionado. Y procuró parecer al corriente de muchas cosas relativas a la literatura. Él y Benedict permanecieron sentados fuera de la

cueva, al sol de agosto. Cyril volvió a llevar sus sandalias. Hacía tiempo que había desistido de llevarlas, después de unas cuantas pullas de sus compañeros de colegio, pero se las puso para visitar a Benedict, sin calcetines, claro, tal como las usaba el ermitaño.

Sentía gran curiosidad respecto a la vida de aquél. Pero Benedict le contó muy poco de su vida mundana.

—Ésta es mi vida ahora —agregó, agitando la mano en torno para abarcar no sólo la cueva sino también los valles y las colinas del paisaje—. Éste es mi mundo. No tengo otro, aunque a veces deba abandonarlo para atender a otros negocios, como la publicación de mis obras.

Añadió que había escrito muchos libros.

—Sobre filosofía, poesía y música. Me intereso por muchas disciplinas. Un día, cuando ya tengas la inteligencia bien madura, Cyril, te regalaré ejemplares de mis obras. Pero hasta entonces, éstos deben estar cerrados para ti.

Cyril estaba halagado y fascinado. Una vez entró en la cueva a buscar algo y miró a su alrededor para ver cómo vivía Benedict. Ciertamente, parecía ser hombre muy frugal y sencillo.

Su lecho estaba formado por una roca sobre la que habían miserables mantas, y tenía muy pocos objetos. Unos cuantos libros amontonados, entre los que destacaba el diccionario griego del joven, que todavía no le había sido devuelto, y apenas nada más.

Benedict podía estar varias horas recitando poesías. Además, parecía disfrutar haciéndolo, y a veces Cyril aparecía silenciosamente por detrás de una roca y le oía declamar versos de Milton y Shakespeare de manera impresionante.

Cyril pensaba que era un cambio maravilloso la compañía del ermitaño después de la convivencia con sus primos y su tío en la granja.

«Verdaderamente son unos patanes —pensaba—. Menos tía Linnie, pero ésta es la única inteligente, aparte de Melisande que es una cabeza hueca. Roderick también se está convirtiendo en un patán. Y yo necesito una compañía que pueda contrarrestar el efecto de convivir con tantos estúpidos».

No le contó a nadie su amistad con Benedict, pero a menudo se escurría por las tardes, cuando terminaba sus tareas en la granja, y se reunía con el ermitaño. Roderick acabó por extrañarse de aquellas ausencias.

—Siempre se marcha solo —le confió a Susan—. ¿Adónde irá? ¿Piensas que va a leer o a recitar poesías al campo, como aquella vez que le sorprendimos en el prado?

—No lo sé. Una tarde lo seguimos y lo sabremos —repuso Susan, siempre dispuesta a cometer una travesura—. Procuraremos que no nos vea, por lo que tendremos que mostrarnos muy precavidos.

—Entonces será mejor no llevar a «Meneítos» con nosotros.

Se escondieron detrás del viejo granero y esperaron a que Cyril se marchase aquella tarde. Efectivamente, no tardó en salir de la casa con un libro bajo el brazo.

Susan observó que no llevaba el pelo peinado hacia atrás, sino suelto en pequeñas ondas, tal como le gustaba a su madre.

—Vuelve a ser poético y romántico —le susurró la niña a Roderick—. ¡Seguro que va a recitar al campo!

Roderick soltó una risita, procurando no ser visto por su hermano. Cyril podía mostrarse muy severo si atrapaba a su hermano menor espiándolo. Los dos niños siguieron cautelosamente al joven hasta Long Acre Hill sin ser vistos. Y cuando llegaron cerca de las cuevas les sorprendió el rumor de voces.

—¡Está hablando con alguien! —se admiró Susan—. ¿Crees que se trata de Twigg, el ratero?

—Ojalá —suspiró Roderick—. Me gustan Twigg y su perro, «señor Potts».

Pero no era Twigg sino Benedict el ermitaño quien hablaba con Cyril. Él y su amigo estaban sentados al sol. Y la conversación parecía muy arrancada.

—Vamos a sorprenderlos —propuso atrevidamente Susan, y antes de que Roderick pudiera impedirlo rodeó la peña y se presentó delante de los dos interlocutores.

—Hola —exclamó Cyril, atónito—. ¿Qué diablos hacéis aquí los dos? —Los miró con suspicacia.

—Hola —correspondió Susan—. Vaya sorpresa hollarte aquí. ¿Qué estás haciendo?

—¿Quiénes son estos chicos? —interrogó Benedict.

—El niño es mi hermano y la niña mi prima —respondió Cyril, muy enfadado. Su secreto ya estaba descubierto. ¡No podía tener un amigo sin que su familia se enterase!

A Benedict no le gustaban los niños. Ni la manera cómo le miraba Susan, extrañada de sus grandes pies y sus uñas sucias que sobresalían de las punteras de sus sandalias. Tampoco le gustó cómo Roderick contemplaba su barba, como si nunca hubiese visto ninguna, o su cabello largo, que le llegaba ya a los hombros.

—¿Por qué no se corta el pelo? —quiso saber Susan, de repente.

—Cállate y lárgate —la riñó Cyril—. Eres tan mal educado como Jane. ¿No sabes que es de mala educación hacer preguntas personales?

Benedict, ignorando por completo a los dos niños, cogió un libro y empezó a leer. Era una obra de filosofía, por lo que Susan y Roderick no entendieron una sola palabra.

—¿Te enseña algo? —preguntó al fin la niña.

—Sí, muchas cosas —contestóle Cyril con orgullo—. Por favor, marchaos. No os entrometáis conmigo y Benedict.

—De acuerdo, nos iremos —se conformó Susan—. Adiós. Vamos, Roderick. Regresaremos por el río y arrojaremos ramillas al agua.

Se marcharon y Cyril exhaló un suspiro de alivio. Benedict parecía imperturbable. Le hizo a Cyril algunas preguntas respecto a los pequeños y después sobre la granja

Mistletoe. Cyril pensó que era muy halagador el modo cómo el ermitaño se interesaba por su familia, la granja y el ganado. Parecía interesado de todo, incluso en los días de mercado y en lo que sucedía allí. Cyril no había prestado mucha atención en los mercados; pero decidió fijarse más a fin de poder relatárselo más tarde a Benedict.

A Cyril le hacía el efecto de que el ermitaño era su nexo de unión con el mundo. No sabía cuánto tiempo llevaba el hombre viviendo aquella rara existencia. Benedict siempre se mostraba vago al respecto. Era vago también en otras muchas cosas, y a Cyril le parecía que apenas pertenecía a la tierra.

Al fondo de la cueva Cyril había percibido una enorme maleta, que resultaba muy discordante con la manera de vivir de Benedict. La contempló fascinado, pensando cuál habría sido la existencia del ermitaño antes de retirarse del mundo. Pero su amigo se refería muy poco a sí mismo.

—Soy un ser sin importancia —afirmaba—. Hablemos de ti, muchacho. Un día cualquiera dejarán una buena señal en este mundo que yo he abandonado. Pero opino que tú, lo mismo que yo, también un día te retirarás de la tierra, para llevar una vida contemplativa como la mía.

Cyril no estaba muy seguro, pero le agradaba que Benedict tuviese de él tan buena opinión. Era un hombre muy culto, a quien le encantaba conversar con un jovencito. Y después de los ajetreados días de la granja, durante aquellas vacaciones, la compañía de Benedict era como un sedante para Cyril.

Susan y Roderick les contaron a los demás todo lo relativo al habitante de la cueva.

—Es un hombre salvaje, mamaíta —añadió la niña—. El pelo le llega hasta los hombros y lleva barba, sandalias y una faja con una túnica muy amplia.

Jane se echó a reír y Jack estalló en una estrepitosa carcajada.

—¿Y éste es el nuevo amigo de Cyril? ¡Vaya amistades! ¡Al fin ha encontrado alguien tan raro como él!

—¿Quién es este ermitaño, Peter? —quiso saber tía Linnie.

—¿Ermitaño? ¿Qué ermitaño? —Su esposo pareció caer de las nubes ante la pregunta—. ¡Oh, te refieres a aquel tipo tan raro que a veces viene a vivir a una cueva de Long Acre Hill! Está loco, claro, pero es inofensivo. Twigg dice que a veces camina por el bosque, de noche recitando versos. ¿Por qué?

—¡Oh!, sólo porque Cyril ha trabado amistad con él —le explicó su esposa—. Y no sé si es una compañía buena para el muchacho.

—¡Sí, Cyril tenía que acabar haciendo amistad con un chiflado! —rió el señor Longfield—. Un tipo de pelo largo y sandalias. Bueno, si le gustan esta clase de amistades, allá él. Estoy seguro de que cuando vuelva a empezar el curso se olvidará de una amistad tan extraña.

Capítulo XIV

Las hazañas de Twigg

Mientras tanto, Susan y Roderick habían hecho una firme amistad con Twigg. Lo encontraron una mañana acompañado del «señor Potts», su perrito de aguas, «Meneítos» se precipitó a su encuentro, ladrando alegremente.

—¿Adónde vas? —le preguntó Susan.

—A los bosques, chiquita —repuso Twigg—. Venid conmigo y os haré unos silbatos de madera de aliso.

—Vamos, Roderick —propuso Susan, y los dos niños siguieron a Twigg al bosque, corriendo para emparejarse con el rápido pase del pordiosero. Su cojera no le impedía andar muy de prisa.

«Meneítos» y «señor Potts» iban juntos, correteando y olisqueando todas las conejeras y arañando la tierra alocadamente.

—En realidad, no buscan conejos, ¿verdad, Twigg? —inquirió Susan—. Sólo quieren demostrarse mutuamente lo bien que saben escarbar.

Twigg era un compañero muy divertido. Les fabricó un silbato estupendo a cada uno. Arrancó después raíces de espino rojo y se las dio a masticar para que viesan lo bien que sabían. Les enseñó una balsa muy escondida en el bosque donde había un pez monstruoso.

—¿Por qué no lo pescas, Twigg? —le preguntó el niño, escrutando las profundas aguas en busca de una aleta plateada.

—Lo he probado muchas veces, pero es muy astuto. Vengo aquí por las noches. Como sabéis, es la mejor hora para pescar. Siempre vengo con una linterna, y una vez le vi tan claramente como a vosotros. Ah, aquella noche me cansó, de veras. Estuve a punto de caerme al agua... ¿y sabéis qué ocurrió? Pues que me tropecé con el señor Potts, el policía, no mi perrito, y como yo me volvía a casa sin ningún pez en mi cesta, se imaginó que venía a robar.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Susan—. ¿No le dijiste que habías intentado pescar ese monstruo de la balsa?

—El señor Potts es muy incrédulo. Afirmó que no creía ni en el pez ni en la balsa... ni en mí. Es un hombre muy duro el señor Potts.

—¿Has vuelto a encontrarlo desde que nos contaste lo del nombre de tu perro? —quiso saber Roderick.

—Oh, sí, varias veces —repuso Twigg, sonriendo ante el recuerdo—. Es difícil encontrar al señor Potts en pleno día. Yo creo que me esquivo. No le gusta que grite: «¡“Señor Potts”, ven aquí!», tan pronto como le veo.

—Me gustaría ir contigo cuando le encuentres —se entusiasmó Susan—.

¿Verdad, Roderick?

—Sí —asintió el niño—. Podríamos acompañar a Twigg al pueblo, por si acaso.

—Bueno —Twigg se rascó la cabeza—. Pero antes de volver al pueblo tengo que hacer un par de cosas en el bosque. Cosas privadas, ¿entendéis? Y no me gusta que la gente observe cómo las hago, porque me pongo nervioso. Si queréis esperadme aquí, vigilando a ese monstruoso pez y yo volveré dentro de media hora.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —inquirió Roderick con interés. Pensaba que Twigg era una de las personas más encantadoras de cuantas conocía. Se llevó el silbato a la boca y silbó mientras esperaba la respuesta de Twigg.

Pero no hubo contestación. Roderick, en cambio, sintió el codazo de Susan, lo cual estuvo a punto de hacerle tragar el silbato. La miró indignado.

—Hasta la vista —se despidió Twigg, desapareciendo con «señor Potts» pegado a sus talones.

—Hasta la vista —contestó Susan, imitándolo.

—¿Por qué me has empujado? —quiso saber Roderick—. Por poco me trago el silbato.

—Porque eres un estúpido, Roderick. Lo que va a hacer es hurtar algo. No me preguntes qué. Tal vez unas perdices... o algo por el estilo.

—Oh... —reflexionó Roderick—. ¿Entonces es un mal hombre?

—Supongo que sí. Pero es muy bueno, sin embargo. Curó la mula de papá cuando estaba casi muerta. Y una noche que nevaba copiosamente salió con Hazel el pastor a buscar las ovejas extraviadas y las trajo a la granja. Y pasó tanto frío, pobre Twigg, que estuvo temblando durante tres semanas.

Roderick estaba impresionado. Volvió a silbar suavemente con el silbato. «Meneítos» lo miró inquisitivamente, y a continuación comenzó a sorber con la lengua el agua de la balsa.

—¡Bravo, «Meneítos»! —le animó Susan—. A ver si te la tragas toda y descubrimos a ese monstruo marino.

Pero «Meneítos» no tenía tonta sed. No tardó en acercarse a examinar el agujero de un conejo, y pronto le oyeron jadear mientras cavaba con todas sus energías.

Twigg no tardó en regresar, seguido de «señor Potts».

—¿Me esperabais, eh? Vámonos. Cogeremos un poco de madreSelva y le llevaréis un manojito a vuestra madre. Es la mejor del país.

Y así era, en efecto. Los tallos rebasaban una mata de espino, y sus botones amarillos eran muy dulces.

—Siempre sabes dónde crecen las mejores plantas, ¿verdad, Twigg? —le preguntó Susan, arrancando los tacos de madreSelva—. Las mejores setas, las mejores fresas, las nueces más hermosas... Prefiero tenerte a ti por amigo que al ermitaño de Long Acre Hill.

—¿Lo conocéis? —se extrañó Twigg.

—Oh, Cyril es amigo suyo —le explicó Susan—. Se recitan versos uno a otro.

Creo que los dos están majaretas.

—Cyril no debería tener amistad con ese tipo —meditó Twigg—. No me fío de él. Aparece de pronto en una cueva y luego desaparece aún más de repente. Por las noches recorre el bosque y los senderos, asustando a todo el mundo. Y siempre va hablando solo. ¡Parece un fantasma con su túnica blanca!

Susan y Roderick sonrieron. Podían imaginarse de sobra que a Twigg no le gustase tropezarse con un tipo tan estrafalario de noche en los bosques. A Twigg no le gustaba encontrar nunca a nadie en el bosque, que pudiese husmear lo que él hacía. ¡No era raro que no le agradase el ermitaño!

Estaban ya camino del pueblo, y Susan llevaba una gran brazada de tallos y ramitas de madreSelva. De pronto lanzó un chillido y señaló el poblado.

—¡Mira, Twigg! El policía está andando por allí. ¡Oh, Twigg! ¡Deja que oigamos cómo llamas al «señor Potts»!

Twigg sonrió y su arrugada faz aún quedó más arrugada. Se volvió al perrito.

—Siéntate —le ordenó. Y «señor Potts» obedeció.

—Le dejaremos aquí —añadió Twigg—. No se moverá hasta que lo llame.

Reanudaron la marcha rápidamente hasta llegar a la calle única del pueblo. El policía iba andando con gran solemnidad por el centro de la acera.

Cuando estuvieron justo detrás suyo, Twigg gritó con voz estentórea:

—¡«Señor Potts»! ¡Ven aquí, «señor Potts»! ¡Ven aquí!

El señor Potts, policía, pegó un brinco y se volvió al oír su nombre. Vio a Twigg. Se puso escarlata y volvió a mirarlo con fiereza.

—¡Basta! ¡Basta de tonterías! —gritó.

—¿Qué? —le preguntó Twigg, con inocencia—. Tengo que llamar a mi perro, ¿no? ¡En, «señor Potts»! ¡Ven aquí en seguida, bribón!

La gente del pueblo se estaba reuniendo en torno a Twigg y el policía, sonriendo con malicia. Susan y Roderick, temiendo no poder contener la carcajada, entraron en una tienda, tropezando con las cajas de bizcochos que el tendero tenía apiladas junto al mostrador.

El perrito no tardó en llegar corriendo, retozando junto a las piernas de su amo, sin prestar atención al iracundo policía.

—¿Ya estás aquí, «señor Potts»? —le gritó Twigg con voz serena—. ¿Dónde has estado? Eres un bribón, «señor Potts». ¡Un canalla!

El verdadero señor Potts estaba a punto de estallar. Twigg acarició a su perro, saludó al policía amablemente y se alejó entre las risas y la algazara popular, como un buen actor al abandonar el escenario.

Los niños salieron cautelosamente de la tienda cuando el policía se marchó. El tendero les había regalado una galleta a cada uno y la iban mordisqueando, con «Meneítos» esperando algunas migajas.

—Cualquier día, Twigg recibirá una azotaina —comentó el tendero—. Es muy mala persona pero hace reír a todo el mundo con sus payasadas. ¡Él y su «señor

Potts»! ¡No me fiaría de Twigg ni tanto así, pero preferiría tenerlo por amigo antes que a ese policía! ¡Te envía a dormir en dos minutos!

A Susan le hubiese gustado quedarse a discutir aquel asunto, ya que ignoraba qué era «enviarlo a uno a dormir en dos minutos», pero Roderick le indicó el reloj del campanario de la iglesia.

—¡Mira, las cinco y veinticinco! Llegaremos tarde al té... y Dorcas ha dicho que hoy nos daría huevos y jamón.

Volvieron a toda prisa a la granja y ya en la mesa contaron todo lo sucedido aquella tarde. Cyril frunció el entrecejo al escuchar la opinión que Twigg tenía del ermitaño, y tan enfurruñado estaba que apenas se rió con el incidente del señor Potts.

Incluso el señor Longfield rió largamente.

—Twigg es muy gracioso —observó—. Pero emplea su gracia en ocultar la parte mala de su personalidad; la gente le toma por un bufón y le perdona sus muchos pecadillos. Bueno, a mí me prestó un gran servicio, por lo que no le deseo ningún mal en absoluto.

—Ni tampoco nosotros, ¿verdad, Roderick? —exclamó Susan—. ¡Y estamos seguros de que es mucho más divertido que Benedict!

Capítulo XV

Jack y Twigg

Había alguien más que tenía gran amistad con Twigg, además de Susan y Roderick, y era Jack. Pero esto no se lo contaba nunca a nadie, porque se sentía culpable. Twigg le había enseñado algunos trucos de sus raterías y Jack sabía que su padre no lo aprobaría.

Los conocimientos que poseía Twigg de la vida de los bosques eran extraordinarios. Conocía a todos los seres de la campiña, sus costumbres y sus aficiones. Jack también se hallaba intensamente interesado por los animales y los pájaros, y sorbía ansiosamente toda información suministrada por Twigg.

—¿Sabes los tejones de que te hablé? —le preguntó Twigg un día—. Bueno, se han largado.

—¿De veras? —Nunca había visto ningún tejón—. ¿Por qué?

—Bien, supongo que olieron a un zorro que hizo su cubil muy cerca del de ellos —le contestó Twigg con una sonrisa que le arrugó la cara como una manzana vieja—. Y como no podían soportar aquel hedor, levantaron el campo. Los tejones son unos animales muy especiales, muy limpios, y no les gustan los vecinos que huelen mal.

—Me gustaría ver uno —suspiró Jack—. Tú has visto muchos, Twigg. Sólo salen de noche, ¿verdad? Y a menos que yo también salga de noche, no veré nunca ninguno.

—Entonces, sal una noche —lo tentó Twigg—. Si no ves tejones verás otros animales. ¿Te gustaría aprender alguno de mis trucos? No se los enseñé nunca a nadie, pero a ti no me importaría enseñarte algunos.

Fue una terrible tentación. Nadie era más hábil que Twigg en llenar su marmita con toda clase de animales y pájaros prohibidos. Muchas truchas, muchos faisanes y perdices se habían cocido deliciosamente sobre el fogón del ratero. A veces, le daba un «bocado» a Jack, cuando el muchacho se presentaba de improviso en la choza de Twigg. Como los tejones, el pordiosero era una persona muy limpia y pulida.

Jack vaciló. Twigg encendió su pipa y dio unas cuantas chupadas.

—No temas, Jack —añadió—. No pienso enseñarte nada malo, ¿entiendes, hijo? No hay ningún mal en venir conmigo... mientras no me denuncies al señor Potts. Y si quieres ver tejones y otros animales nocturnos, nada mejor que me acompañes en mis correrías.

—Sí, es cierto —suspiró Jack.

Tenía que ir con Twigg. Era una ocasión única, y el ratero era una persona muy interesante y bien informada. No era tal vez una buena persona siempre, pero normalmente era amable y jamás le negaba su ayuda a nadie.

—¡No le digas nada a nadie! —le recomendó Twigg—. Ni siquiera a Jane, tu hermana mellizo.

—¡No se lo diría a ella ni por todo el oro del mundo! —respondió Jack, alarmado—. Aunque es muy buena chica.

—¡No, por favor! ¡Mujeres! ¡No saben callar nunca! Y esta hermana tuya charlaría por los codos, si pudiese.

—Sí, es un poco charlatana —reconoció Jack—. Pero jamás denunciaría a nadie.

Y así Jack empezó a salir con Twigg antes de que sus primos se instalasen en la granja Mistletoe. Solía deslizarse por la ventana de su habitación, escurriéndose por el viejo membrillo que crecía fuera. Nadie le oía, excepto «Meneítos», el cual jamás ladraba. Jack se reunía con Twigg en un lugar previamente convenido, y los dos se internaban en el bosque, con «señor Potts», el perrito de aguas, siguiéndolos de cerca.

Jack hubiese querido llevarse consigo a «Meneítos», pero temía que Susan se despertase de noche y al notar la falta del perro, alarmase a toda la casa.

Twigg era un compañero muy instructivo. Sus oídos eran tan agudos como los de una liebre, y sus ojos, aun en la noche más cerrada, tan perspicaces como los de un búho. Muchas veces levantaba la mano en son de aviso, sin que Jack hubiese visto ni oído nada.

—¡Zorros...! —susurraba Twigg—. Una zorra, creo. Debe tener los cachorros cerca y ha salido en busca de comida para ellos. Tal vez los oiremos lloriquear en la madriguera si prestamos atención.

Fue una maravillosa experiencia para Jack explorar el bosque de noche, a la luz de la luna o sin ella. Aprendió a oír el paso casi inaudible de un mochuelo. Captó el débil destello de los ávidos ojos de los animales que vagabundeaban por el bosque. Oyó el sordo golpeteo de un viejo conejo, dado con la cola, ante la proximidad de un enemigo.

—Todo es distinto de noche —observó Jack—. Es como hallarse en otro mundo.

Además, aprendió otras muchas cosas. Twigg le enseñó algunas de sus triquiñuelas, que Jack aprendió con rapidez. El muchacho era parco en palabras y lento de movimientos, pero aprendía con gran voluntad todo lo relativo al campo. Y sabía que Twigg no empleaba aquellas tretas con ciertas personas, aunque también sabía que siempre estaba en contra de la ley, pero Jack era joven y muy curioso, y Twigg era un buen maestro.

—Ya sé, Twigg, que no debería aprender estas cosas —le decía Jack a veces—, ni tú enseñármelas, porque no sé qué diría papá, pero...

—No dirá nada a menos que tú se lo cuentes —replicaba Twigg—. Y no tienes ninguna necesidad de emplear ninguno de los trucos que te enseñé, ¿verdad? Algún día serás granjero, Jack, y poseerás muchas tierras y cuanto haya en ellas. No necesitarás vivir como vivo yo. Tal vez, incluso, un día arrojarás de sus tierras al viejo Twigg, entregándolo en manos de la ley.

—¡Nunca haría esto! —replicó Jack, con firmeza—. Ni jamás te denunciaré,

Twigg. Somos amigos. No comprendo por qué no aceptas un empleo en la granja de papá y andas derecho. Ya sabes que te aceptaría.

—Mira, Jack —reflexionó el viejo, sus ojos fijos en los arbustos para captar el menor movimiento o susurro—. ¿De qué me serviría entonces todo lo que sé? Aprenderlo habría sido perder el tiempo. Además, en burlar la ley siempre hay un poco de excitación.

Naturalmente, era inútil. A Twigg le gustaba estar indispuerto con la ley. Era excitante. Prefería atrapar truchas y liebres con su astucia que ganar dinero para adquirirlas honradamente. Nadie conseguiría cambiarlo. Tampoco le importaba ir o la cárcel por sus «creencias»... aunque procuraba no darle oportunidad al policía señor Potts.

Cuando Cyril, Melisande y Roderick se presentaron a vivir en la granja, y el primero tuvo que compartir el dormitorio con Jack, éste se sintió abatido. Sus noches de aventuras con Twigg se habían terminado. Le sería imposible deslizarse por la ventana sin que se enterase Cyril. Durante algunas semanas, pues, Twigg tuvo que vagar solo por el bosque, sólo con el perrito de aguas por toda compañía.

El muchacho sólo podía verlo durante el día, cuando no había en el bosque ningún interés. A veces, Twigg le informaba de cualquier cosa.

—¿Te acuerdas de los caballitos acuáticos? —le preguntó un día—. Aquellas aves que te mostré un día entre los juncos de la ciénaga.

—Oh, los herrerillos —Jack se acordaba muy bien de aquellas aves de larga cola, cuyos machos tenían una especie de barba negra—. Sí, claro. ¿Has vuelto a verlos, Twigg?

—Anoche estuve en la ciénaga, cuando llovía. Y oí un rumor: «¡ching, ching, ching, ching!», y me dije: «¡Vaya, aquí están los herrerillos!». En efecto, había una pareja... y apenas doy crédito a mis ojos por lo que vi, Jack.

—¿Qué fue? —La curiosidad de Jack creció de punto.

—Pues, estaban sentados uno al lado del otro, bajo la lluvia, y al lado de una caña, y el macho tenía un ala levantada protegiendo a su compañera como con un paraguas. ¿Qué te parecen sus buenos modales?

Jack no supo si creerlo o no, ya que a Twigg no le importaba soltar alguna mentira de cuando en cuando. Pero esta vez parecía hablar en serio, por lo que le causó a Jack una profunda impresión. Le hubiese gustado mucho poder verlo. Luego se lo contó a Susan, la cual le escuchó entusiasmada.

—Iré al pantano y lo comprobaré la próxima vez que llueva —exclamó.

Pero su madre escuchó esta declaración y al momento se lo prohibió, sabiendo que Susan regresaría completamente enfangada si iba al pantano lloviendo, buscando herrerillos que sostuviesen paraguas para sus compañeras.

—¡Pero quiero saber si es verdad! —insistió la niña, que siempre deseaba asegurarse de todo cuanto le decían.

—Claro que es verdad —replicó su madre—. Mi hermano, tu tío Will, lo vio un

día y me lo contó.

Susan tuvo que conformarse con esto, y cada día atosigaba a Jack para que le contase todo lo que le explicaba el viejo Twigg. Y éste, claro está, siempre amable con los niños, casi siempre les llevaba objetos curiosos. Por ejemplo, un erizo recién nacido, con las espinas blandas todavía. Un topo, con sus ojillos tan hundidos que no podían percibirse, y sus patitas delanteras como azadones para remover la tierra. Twigg siempre tenía algo interesante que enseñar.

Una noche, antes de oscurecer, Twigg se acercó silenciosamente a Jack, que estaba remandando una brecha en el seto, por la que se había escapado una vaca aquel día.

—Jack, esta noche voy a la hacienda de Marlins —le espetó en voz bajo—. Al río. Si vienes, verás las nutrias.

Jack contempló con pesar a Twigg a la luz crepuscular. Sabía de sobras que Twigg iba en busca de truchas, pero también sabía que si el viejo aseguraba que habría nutrias... las habría. Y Jack casi nunca había visto ninguna.

—Mi primo duerme conmigo —contestó también en un susurro—. Oiré cómo salgo.

—Bueno, pero no sabré dónde vas —replicó Twigg—. Hace ya varias semanas que no me has acompañado. Siempre dices que te gustaría ver nutrias —le recordó Twigg—. Bien, pues las verás... y las oirás silbar, río abajo.

—Iré contigo —se decidió Jack, viendo que se aproximaba su padre—. Espérame en el sitio de costumbre.

Twigg pareció fundirse entre las sombras.

El señor Longfield llegó junto a Jack.

—¿Quién era el que hablaba contigo?

—Oh..., Twigg...

—¿Qué quería?

—Me hablaba de unas nutrias —contestó Jack, sintiéndose culpable.

Su padre calló unos instantes.

—Ten cuidado con Twigg —le aconsejó al cabo—. Es un viejo bribón, y no le importaría empujarte por la mala senda. No te dejes arrastrar por él, Jack, hijo mío. No permitas que te conquiste con su engañosa y agradable lengua.

—No, papá —repuso Jack.

En aquel momento decidió que aquella noche no saldría con Twigg.

Pero cuando estaba ya en cama, plácidamente tendido, con la luz de la luna filtrándose por la ventana, se acordó del río y de las nutrias silbando y jugueteando en el agua. Oyó la pacífica respiración de Cyril, y todas sus buenas resoluciones se vinieron abajo.

«¡Iré! —exclamó para sí, incorporándose quedamente—. Cyril no me oirá. Papá nunca lo sabrá... y no voy a hacer ningún mal. ¡Otra vez quizá no tenga la oportunidad de contemplar unas nutrias en el río!».

Saltó de la cama y se vistió. Poco después se estaba deslizando por el membrillo hacia la aventura nocturna.

Capítulo XVI

Una sorpresa para Jack

Jack nunca supo qué hizo Twigg aquella noche, porque él estuvo contemplando las nutrias todo el tiempo. Aquellos encantadores animales acuáticos, silbaban, brincaban, jugueteaban animadamente, nadando a gran velocidad y relucían a la luz de la luna como si fuesen de plata.

Twigg se marchó tan pronto como tuvo apostado a Jack detrás de un árbol añoso, desde el que podía atisbar el río a través de un hueco.

—Volveré dentro de una hora. Hasta luego —se despidió el viejo.

Y estuvo lejos sólo una hora. Volvió con los bolsillos rebosantes, aunque Jack no le preguntó qué llevaba. Lo sabía de sobras. ¡Seguro que eran truchas para su cazuela!

—Hay siete nutrias —le contó a Twigg.

—Sí. Toda una familia. O tal vez dos familias que juegan juntas. Las nutrias son unas nadadoras excelentes. Yo sé dónde está el nido de una familia. Te lo enseñaré la próxima vez que vengas conmigo. Tiene una entrada sobre el agua y otra debajo. Son unos seres muy inteligentes.

Jack le fue siguiendo por el bosque, manteniéndose bajo la sombra de los árboles, porque la luna era muy brillante. A medio camino, Twigg se detuvo tan de improviso, que Jack tropezó con él.

Se detuvieron casi sin respirar bajo un árbol muy corpulento, un castaño. Jack aguzó el oído, que era ya muy fino, pero al principio no consiguió oír nada. Poco después, sin embargo, escuchó como una salmodia.

Poco a poco fue surgiendo a la luz de la luna una extraña figura, amedrentadora, completamente envuelta en una túnica blanca. Jack se estremeció y se le erizó el cabello.

Twigg presionó una mano sobre el brazo del muchacho, para advertirle que guardarse silencio. El perro de aguas se había inmovilizado en la sombra, a los pies del viejo. La salmodia fue creciendo de tono, y la extraña aparición pasó junto a los dos amigos, muy brillante bajo la luna.

No los vio, o fingió no reparar en ellos. El perro no efectuó el menor movimiento, lo mismo que Jack y Twigg. El aparecido no tardó en alejarse entre las sombras del bosque.



—¿Quién era? —susurró Jack.

—Ese chiflado de Long Acre Hill —le explicó Twigg, con desdén—. Siempre se pasea de noche, asustando a todo el mundo. ¡Una noche, alguien lo tirará al río!

Naturalmente, era el ermitaño en uno de sus vagabundeos. Jack respiró aliviado. «Señor Potts» se estiró y pareció bostezar. Twigg le acarició y el animal lamió la mano de su amo.

—Es un peligro para las personas honradas como nosotros —gruñó Twigg, camino de casa—. Nunca sabe uno cuándo se tropezará con él. Por suerte siempre va murmurando como si rezara. De esta manera avisa su presencia. No me fío de él, sin embargo. Si pudiera, estoy seguro que me denunciaría o la policía.

Cuando llegó a su casa, Jack estaba agotado. Afortunadamente, Cyril seguía durmiendo profundamente, por lo que Jack soltó un quejido y se durmió también al instante. Se levantó tarde al día siguiente, con los ojos cargados de sueño.

Tuvo una desagradable sorpresa a la hora del té.

—Me han dicho que Twigg ha vuelto a las andadas —comentó el señor Longfield, mirando en torno a la mesa—. Ese tipo es tonto. Podría trabajar en cualquier granja y se dedica a robar.

El corazón comenzó a latirle a Jack a toda velocidad. Miró horrorizado a su padre, esperando que su rostro no le traicionase. Deseaba formular toda clase de

preguntas, pero no se atrevió.

—¿Un robo? —se interesó Jane.

—Bueno, Johns, el amo de la granja Marlins, fue ayer al mercado a vender un hatajo de ovejas —continuó el padre—. No ingresó el dinero en el banco sino que se lo llevó a su casa. ¡Y durante la noche se lo han robado!

—¡Cáscaras! —exclamó Jane—. ¿Y piensas que lo cogió Twigg?

—Bueno, Twigg estuvo en el mercado y asistió a la venta de las ovejas. También se sabe que no estaba anoche en su cabaña, porque alguien fue a buscarle para que le ayudase a buscar una vaca extraviada y no lo encontró.

Jack estaba cada vez más pálido. De forma que era esto lo que Twigg había estado haciendo mientras él contemplaba las nutrias en el río. Era odioso pensar que Twigg se había deslizado entre las sombras para robar en Marlins en tanto él gozaba de aquel inusitado espectáculo proporcionado por el viejo.

—Cazar furtivamente en el bosque o poner trampas y cepos en los prados o en los ríos es una cosa... pero robar dinero es inadmisibile —agregó el padre—. ¡Y esta vez, si Twigg va a la cárcel no tendrá las simpatías ni la ayuda de nadie!

Jack se quedó tan inquieto y preocupado que durante todo el día no hizo nada a derechas. Hazel el pastor le contó que habían registrado la cabaña de Twigg sin hallar el dinero.

—Lo habrá enterrado en algún campo —prosiguió el pastor—. Seguramente, en uno de los prados de tu padre, no hay duda, Jack.

El muchacho miró al pastor, dolido. Hazel estaba enterado de su amistad con Twigg y lo sentía por él.

—No te apures. También saldrá de ésta, como otras veces. Dice que estuvo visitando a un amigo suyo anoche, el cual confirma sus palabras, y Twigg ha jurado que no se acercó para nada a la granja Marlins.

Esto fue un gran golpe para el pobre Jack. ¿Diría Twigg que aquella noche había estado con él, y que no habían asaltado la granja de Johns? ¿Y cómo podía afirmar que no había estado en dicha granja, cuando casi constantemente habían estado en sus terrenos?

El joven estaba tan pálido que su madre creyó que había enfermado. Quiso tomarle la temperatura pero él se negó.

—No, mamá, no me pasa nada, estoy muy bien. ¡Déjame, por favor!

Aquella noche apenas durmió. No sabía si contarle a su padre toda la verdad. Seguramente sería una entrevista tormentosa, tal vez recibiría algún bofetón; pero esto era preferible a aquel constante remordimiento que sentía en su conciencia.

Decidió que la mañana siguiente hablaría con su padre.

Pero antes de poder abordarlo, hubo más noticias. Jim, el vaquero, se las contó a Jack cuando fue a ayudarle a las vacas.

—¿Te has enterado de lo del viejo Twigg? ¡No le ha pasado nada! Jura que pasó toda la noche en la cabaña de Tommy Lane, en la montaña, y que por esto no estaba

en la suya cuando Harry fue a buscarle para que le ayudase a encontrar la vaca. Y lo que es más, Tommy jura lo mismo.

Jack estaba asombrado. ¿Podía ser? Twigg había estado con él parte de la noche, y en la granja de Johns... a menos de medio kilómetro de la casa. Quizá Twigg había convenido a Tommy para que mintiera para salvarlo.

—Lo más gracioso es que a la mañana siguiente la vieja señora Luces le vio salir de la cabaña de Tommy —continuó Jim—. Por lo visto, Twigg dice la verdad.

Jack estaba completamente desorientado. Twigg no había vuelto a su cabaña, esto era cierto. Tal vez hubiese ido a la de Tommy, quedándose a dormir allí, lo cual daría buena cuenta de las afirmaciones de Tommy y la anciana señora Luces. ¿Pero a qué hora dijo Tommy que llegó Twigg a su choza? ¡Probablemente habría mentido en la hora!

—Bueno, no fue Twigg al fin y al cabo —observó el señor Longfield, más tarde—. Aunque yo todavía tengo mis dudas. También es cierto que Twigg nunca robó dinero. Liebres, conejos, aves, truchas... Esto sí; pero dinero, nunca.

—¿Quién fue el ladrón, entonces? —indagó Susan.

—Alguien que estuvo en el mercado y vio cómo Johns vendía las ovejas y se embolsaba el dinero —le explicó su padre—. Johns es un imbécil cuando hace un buen negocio. Se lo cuenta a todo el mundo, enseña los billetes y se los mete a puñados en los bolsillos. ¡El mejor modo de perderlos! Debería ingresarlos inmediatamente en el banco.

—La semana pasada tampoco tú los ingresaste —le recordó su mujer.

—Oh, Linnie, sabes de sobra que los bancos ya estaban cerrados. Además, nadie sabía que yo llevaba dinero encima, y a la mañana siguiente me apresuré a ir al banco.

—Lo sé, querido, estaba bromeando. ¡Pobre Johns! —Se apiadó la señora Longfield—. Una enorme pérdida para él. En fin, de todos modos me alegro de que no haya sido Twigg el ladrón.

«De todas formas, tendré que hablar con él —pensó Jack—. Todo aún no está claro. Yo no denunciaré a Twigg, pero si ha sido él, tendrá que devolverlo. ¡Yo le obligaré! Es un asunto horrible».

Se llevó una sorpresa aún mayor que la anterior cuando habló con Twigg.

—¿Recuerdas, Twigg, la noche que estuvimos viendo las nutrias? —le espetó de buenas a primeras—. ¿Qué hiciste cuando te separaste de mí?

Twigg le miró, maliciosamente. Luego enarcó las cejas.

—¿A qué te refieres, Jack?

—Bueno, tú sabes lo que ocurrió aquella noche, ¿no es cierto?

—Sí, lo sé. Tú espíaste a las nutrias y yo fui a buscar unas truchas para Tommy Lane y para mí —respondió Twigg casualmente.

—Bien, oye Twigg... Yo... —Jack estaba muy nervioso.

—Entiendo que sospechas de mí, Jack —Twigg le miró como si apestase—. Y

esto me extraña en ti. Creí que eras amigo mío. La policía está satisfecha, yo también, y a ti nadie te ha molestado, por lo que todos somos tan inocentes como recién nacidos. Yo nada dije de que tú estuvieras conmigo aquella noche... Como comprenderás no iba a delatarte. Por lo tanto, nadie sabe nada de nada.

Jack deseaba creer a Twigg. Continuó mirando al viejo ratero fijamente, y el otro se apiadó de él.

—Eres un bobalicón —exclamó, amablemente. Sus cejas descendieron al nivel habitual—. ¿Si yo me hubiese propuesto robar te habría llevado conmigo? Un poco de sentido común, chico. Yo sé que tú no callarías si supieras que yo había robado dinero, aunque calles cuando me ves coger una trucha o una becada para mi cazuela.

—Oh, Twigg..., tienes razón —suspiró Jack.

—Le había dicho a Tommy que le llevaría unas truchas aquella noche —prosiguió Twigg—, y me quedé a dormir en su choza, como hago a menudo..., ¡lo cual fue gran suerte para mí, en realidad!

—¿Dijo Tommy a qué hora llegaste a tu cabaña?

—¡Tommy no sabía la hora! —sonrió el viejo—. Cuando el policía me preguntó a qué hora había yo llegado a casa de mi amigo, yo miré a Tommy y exclamé: «A las once y media, ¿verdad, Tommy?» y él contestó: «Sí, exacto». Bueno, Tommy no entiende las horas en un reloj.

—Ya, pero...

—Y te diré algo más —las cejas de Twigg volvieron a levantarse como dos flechas negras—. Johns, el amo de Marlins afirmó que sus perros ladraron a las dos de la madrugada, y supone que el robo tuvo lugar entonces. ¿Y dónde estábamos tú y yo a las dos de la madrugada, Jack? Supongo que tú en tu cama, completamente dormido desde una hora antes al menos. Y yo estaba con Tommy, comiendo unos exquisitos bocadillos de trucha, hundido en una vieja mecedora.

—Está bien, Twigg, lo siento —se excusó Jack—. No estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no eres más que un bobalicón —repitió Twigg bonachonamente. Jack sintió calmarse su corazón—. Yo no tengo nada contra los bobalicones.

Se marchó y Jack regresó a su casa completamente feliz. Estaba seguro de que Twigg nada tenía que ver con el robo cometido en la granja Marlins.

¿Pero quién sería el culpable? Cualquiera tipo de los que habían estado en el mercado viendo cómo Johns vendía sus ovejas por buenos puñados de billetes, alardeando después de su buen negocio.

Era sólo una casualidad que Twigg hubiese estado dentro de los terrenos de Marlins aquella aciaga noche, y otra casualidad que se hubiese ido a pescar truchas, dejando solo a Jack contemplando las piruetas de las nutrias en el río desde detrás de un árbol.

No sabía si debía volver a salir o no con Twigg. Si no iba más con él, el pobre

viejo creería que no se fiaba de él, y éste sería el final de su excitante y agradable camaradería. Nadie conocía tan bien el país como Twigg. Ni nadie tampoco le acompañaría de noche por el bosque. No, no podía renunciar a su amistad.

Y por esto otras muchas noches durante el verano, Jack se deslizó secretamente por el viejo membrillo para reunirse con Twigg y «señor Potts».

Y si la gente se extrañaba ante el aspecto cansado que ofrecía Jack al día siguiente, nadie adivinaba el verdadero motivo de su estado.

Capítulo XVII

Se espera un visitante

Y llegó el tiempo de la siega. La maravillosa segadora-aventadora llegó a los trigales, realizando en un día el trabajo de muchos hombres. Los niños contemplaban fascinados cómo la máquina cortaba el trigo, engavillándolo y echándolo al suelo, donde quedaba amontonado en haces.

—Ahorra mucho tiempo, ¿verdad? —le preguntó el señor Longfield a Melisande que asistía a la operación, absorta—. Antiguamente, cuando yo era un chaval, se necesitaba mucha gente para la siega, y trabajábamos todos de sol a sol.

—Hace buen tiempo para la siega, ¿verdad? —observó la joven, que estaba ya tan tostada como los otros.

Por fin, había decidido no hacer caso del sol ni de las posibles pecas, aunque al principio procuró que el sol no le diera en la cara, llevando sombrero de alas anchas.

—Seguramente popa también estará segando en la granja donde trabaja —apuntó la joven.

—No lo creo —objetó su tío—. La siega empieza mucho más tarde en Escocia... y aquí este año aún se ha adelantado. ¡Mira estos conejos!

Melisande miró... y casi se mareó. Todos los diminutos animalitos que tenían su escondite entre los tallos del balanceante trigo huían presa de pánico. A Melisande no le gustó ver cómo los hombres de la granja golpeaban con palos y los mataban, con destino a la cocina.

—Opino que las costumbres del campo son crueles —le confesó a su tío—. Hay cosas muy bellas en el campo, pero otras son horribles.

—Tienes que tomarlas con calma, querida. Así es el campo... y así es la vida. Lo bueno va por lo malo. ¡Pero tú te estás endureciendo!

Contempló con atención a su sobrina. Melisande vestía exactamente igual que Jane..., ¡pero qué diferencia entre ambas!

Las dos lucían pantalones cortos y camisas azules. Pero Melisande llevaba el cabello recogido hacia atrás. No llevaba medias, sino sandalias solamente, como Jane. Tenía las manos tostadas, pero las uñas bien cortadas y muy limpias. Estaba muy aseada, muy bonita y atractiva.

¡Jane no! Tenía los pantalones manchados con algo que parecía alquitrán. Y también con algo amarillo. Su camisa estaba sucia y arrugada, y le faltaba un botón. Una manga estaba rota. Una sandalia no tenía hebilla y se había pasado un cordel. Su lacio cabello le caía por la frente. Sus manos eran casi negras y sus uñas estaban medio mordidas.

—¿Por qué no procuras imitar un poco a Melisande? —le espetó de repente su

padre—. ¡Vestís exactamente igual... y mírate! Jane, te acercas a la edad en que tendrás que poner un poco más de esmero en tu persona.

¡Fue la mayor sorpresa de Jane en toda su vida! Miró a su padre como no dando crédito a sus oídos. Luego se miró a sí misma.

—Voy como de costumbre —centelleó—. Como ayer, como anteayer... como siempre..., ¡y a ti nunca te ha importado!

—Exacto, vas como siempre —se enfadó su padre—. Nunca vas limpia ni pulida. Y no puedo por menos de observarlo cuando te veo al lado de Melisande.

—¡Oh, Melisande! —rió Jane, con acento sarcástico, y dando media vuelta—. Yo no puedo pasarme horas delante del espejo como ella. No puedo ser una mariposa.

—¡Jane! —la atajó su padre con rudeza—. ¡Mírame!... ¿Me oyes?

Jane volvió a dar media vuelta, encendidas sus mejillas. No le gustaba que la comparasen desfavorablemente, y menos que lo hiciese su padre. ¿Qué mosca le habría picado tan de improviso?

—No quiero que me hables así, Jane —prosiguió el señor Longfield—. ¡Todavía me acuerdo de aplicar castigos, si me place! Aunque no puedas ir tan pulcra como tu prima, al menos podrías coserte los botones y zurcir lo que se te rompe. Me sorprende que tu madre nunca te lo haya advertido.

Claro que la madre de Jane estaba harta de repetírselo. Siempre le iba detrás para que se cosiese un botón o no se mordiese las uñas, se cepillase el cabello y se adecentase de mil maneras. Pero Jane no le hacía caso. Sí, procuró no comerse las uñas después de la célebre observación de Melisande, según la cual no esperaba que se asease por su tía cuando no lo hacía por su madre... ¡pero pronto se cansó!

¡Pobre Jane! No reparaba nunca en su aspecto. Además, no le importa en absoluto llevar la sandalia con un cordel en lugar de hebilla o una blusa con varios agujeros. No comprendía por qué la gente se enfadaba si le colgaban algún mechón de pelo por la frente o tenía manchadas las mejillas. Y en cuanto a sus manos, mientras fuesen fuertes y hábiles, ¿qué importancia podía tener su aspecto?

Era sincera respecto a su desprecio por Melisande y sus modales. Gruñendo, había empezado a tener más limpio su dormitorio; pero sólo porque su prima, desesperada, comenzó a recoger todas las cosas de Jane, metiéndolas dentro de los cajones del armario y la cómoda, a fin de no tener que pisar prendas de vestir por todas partes.

—¡No encuentro nada! —se quejó Jane a su madre—. Melisande guarda todas mis cosas y no sé dónde las pone. Mamá, dile que no lo haga.

—Tú conseguirías que no lo hiciera si guardases tus propias prendas —le reprochó la señora Longfield—. Jane, nunca había visto a una muchacha tan desaliñada como tú. Yo, yo no sé qué hacer contigo. Y no pienso llamarle la atención a Melisande. Lo siento por ella, por tener que compartir tu dormitorio y tu sociedad.

Y Jane, aunque a regañadientes, no tuvo más remedio que empezara a meter sus cosas en los cajones. ¡No era raro que todos sus vestidos siempre estuviesen

arrugados! Todo lo guardaba de cualquier manera, sin doblar ninguna prenda, hecho un puro guiñapo.

¡Y ahora su padre le reñía por no imitar a Melisande! Jane se sintió mortificada. Y se enfrentó con su prima cuando estuvieron solas en el cuarto.

—De no haber venido tú a la granja, papá nunca se habría fijado en mí —la zahirió tempestuosamente—. Nadie se fijaba antes en mí.

—Tu madre, sí —replicó Melisande, cepillándose el cabello delante del espejo—. Me lo ha dicho. Además, Jane, tienes unas ideas muy extrañas respecto a tus vestidos. En invierno, tus pantalones de montar y tu chaqueta. ¡No me extrañaría que cuando estés sola, duermas con este equipo! En verano, con unos pantalones cortos, casi destrozados y una camisa sucia. Nunca había visto a nadie más descuidado. ¡Y tus manos...!

—No puedo dejar de morderme las uñas —admitió Jane—. No me doy cuenta.

—Bueno, tú eres como una amiga de mamá. Se mordía tanto las uñas de jovencita que dejaron de crecerle. Y cuando fue mayor pudo lucir espléndidos vestidos, siempre tuvo que esconderse las manos por culpa de sus horribles uñas. Un día le pregunté a mamá por qué aquella señora siempre ocultaba sus manos y me lo contó. ¡Horrible!

—¡Cállate ya! —exclamó Jane, pegando con el cepillo sobre el tocador—. ¡Contigo, con mamá y con papá no tengo un momento de paz! Hasta pensé cortarme el pelo como un chico, pero sé que los muchachos se habrían burlado de mí.

Melisande se echó a reír.

—¡Pruébalo! Y me gustará ver la cara que pone tu padre.

Jane no lo probó. Un día Jack se dirigió a su madre a la hora del té.

—Oh, mamá, por poco si me olvido... ¿Puedo invitar a Richard Lawson a visitarnos un día de éstos? Se muere por ver la granja y las mejores vaquillas de papá.

—Claro, querido —asintió la madre—. ¿No es Richard aquel chico que monta y salta tan bien?

—El mismo, mamá —afirmó Jack, complacido de que su madre se acordase—. Es todo un atleta. También es capitán del equipo del colegio. Claro que es mucho mejor que yo, aunque yo me distingo bastante en el fútbol.

—¿No es el muchacho que tiene aquel caballo tan maravilloso? —se interesó Jane—. ¿Cómo se llama? Ah, sí... «Huracán».

—Exacto. Y el nombre le sienta estupendamente. Se trata de un caballo magnífico. Tendrías que ver cómo camina y echa atrás la cabeza.

—¿Crees que me dejará montarlo? —inquirió Jane.

—Seguramente. Sé que lo traerá —le contestó Jack—. ¿Cuándo le digo que venga, mamá?

—El próximo jueves. Aquel día haré una comida especial.

Jane estaba tan excitada como Jack ante la inminente visita de Richard Lawson y su caballo. Había hablado mucho de las proezas del muchacho en toda clase de

deportes. Sabía que era también un gran cazador y que su padre tenía una excelente cuadra de caballos pura sangre. Quiso que Jack le fuese nombrando todos los caballos con su historia.

—Será mejor que se lo preguntes a Richard cuando venga —sonrió su hermano—. Tú y él haréis muy buenas migas. Los dos estáis locos por los caballos. Tú le enseñarás a «Pies Largos», y sé que le gustará.

Jane se sintió contenta y excitada. Y aguardó ansiosamente la llegada del jueves. Y cuando llegó, saltó de la cama muy temprano y miró por la ventana.

—¡Hace un día estupendo! —le anunció a Melisande, que todavía dormía—. Me levanto. Le daré a «Pies Largos» un repaso extraordinario para que esté bien bonito cuando lo vea Richard.

—No me despiertes, tonta —se quejó Melisande, escondiendo el rostro en la almohada para rehuir la luz—. ¡Y baña a todos los caballos de la cuadra si quieres! ¡Seguro que tú no te bañarás!

Naturalmente, Jane no se bañó. No se molestó en adecentarse. Se lavó un poco, se puso su equipo de montar y tardó bastante en encontrar sus botas, pues no recordaba dónde las había puesto.

Se pasó un peine por el cabello, no se molestó en limpiarse los dientes y bajó, a despertar a Susan y a su padre. Éste ya estaba levantado.

Pasó una hora lavando a «Pies Ligeros» hasta que le pareció muy hermoso. Le frotó el vientre. Le pulió las herraduras y hasta pensó en limpiarle el establo.

Luego salió a desayunarse y estaba a punto de sentarse a la mesa cuando Melisande se lo impidió.

—¡Jane! Vienes de la cuadra y hueles que apesta. ¡Podrías lavarte, al menos!

Todos miraron a la muchacha.

—Sí, das asco, hija mía —remachó el clavo su madre—. Anda, ve a lavarte.

Jane vio que su padre iba también a dar su opinión y salió disparada.

—¡Maldita Melisande! De no ser ella, nadie se habría dado cuenta, estoy segura.

Excepto lavarse un poco la cara y las manos y ponerse un par de pasadores en el cabello, apenas había ninguna diferencia en Jane cuando se sentó a la mesa. Por suerte, su padre ya se había marchado. Su madre estaba sirviendo el té y no se fijó en ella y sólo Melisande lanzó un suspiro y la miró burlescamente. Pero no dijo nada.

Jane devoró el desayuno. De repente se le acababa de ocurrir que sería una buena idea limpiar una de las ventanitas del establo de «Pies Largos». Así, si Richard lo veía por primera vez en la cuadra, lo apreciaría debidamente.

Tan pronto como terminó salió fuera, dejando que Melisande lavase sola los platos y arreglase el dormitorio.

—Hoy hará mucho calor, Melisande —le dijo su tía—. ¿No te gustaría ponerte uno de estos vestiditos tan preciosos que te envió su madre? Todavía no te has puesto ninguno y son muy apropiados para este tiempo. Podrías ir a comprar en mi lugar esta mañana.

—Sí, encantada —aceptó la joven—. Si tío Peter no me necesita en el campo. Me gustaría lucir uno de mis vestidos. ¡Ya estoy harta de estos pantaloncitos cortos!

A Melisande le gustaba ir al pueblo de compras. Y a los tenderos les entusiasmaba aquella jovencita tan linda y educada de voz suave, a la que servían de buena gana. Melisande decidió llevarse a «Meneítos», si Susan no se oponía.

Cuando hubo concluido sus quehaceres domésticos, corrió arriba y contempló con disgusto el barullo de su habitación. Metió todas las cosas de Jane en un cajón y enderezó la colcha. Después pasó al baño.

Acto seguido se cepilló el cabello. No pasó muchas horas con sus rizos, sino que se lo alisó, formando suaves ondas y luego lo afianzó con sendos pasadores.

Se limpió las uñas y le pareció que tenía las manos demasiado toscas. ¡Por suerte, no se mordía las uñas como Jane!

Luego se puso uno de los vestidos nuevos. Era sencillo y no muy caro, de color azul, con un adorno blanco en la cintura. Ciertamente, su madre tenía muy buen gusto para los vestidos.

Después se ciñó un cinturón y bajó a que su tía le diese la lista de la compra. Tía Linnie y Dorcas la contemplaron con aprobación.

—¡Estás sencillamente muy guapa! —exclamó tía Linnie—. Este vestido te sienta muy bien, querida. Estás demasiado gruesa para los que tenías antes. Sí, éste que llevas es delicioso.

Dorcas no dijo nada. Sabía que Melisande ya estaba bastante pagada de sí misma sin que se lo confirmaran. Sin embargo, reconoció que la joven estaba encantadora. Jane nunca lo estaba, y no obstante poseía uno magnífica cabellera, era muy bonita y tenía unos ojos estupendos. A Dorcas le dolía que Jane se cuidase tan poco de sí misma, cuando tanto podía hacer.

Melisande cogió la enorme cesta de la compra y la lista. Era muy larga.

—Supongo que podré traerlo todo, tía Linnie —se inquietó la joven—. Pero hay muchas cosas.

—Pídele al tendero que envíe todas las cosas señaladas con una cruz, querida —le aconsejó su tía—. Creo que podrás con el resto. Es lo que necesita para la comida, ¿comprendes? Pero no corras mucho, que hace demasiado calor.

Melisande bajó al jardín. A lo lejos vio a Jane, acalorada, sucia y feliz, acarreando un cubo de agua muy sucia. La saludó con la mano. Jane le correspondió y parte del agua se derramó sobre sus pantalones de montar.

—¡He limpiado las ventanas de los establos! —le gritó la pobre Jane—. ¿Adónde vas?

—Al pueblo, a comprar —le contestó Melisande—. No tardaré. Hasta luego. Jane... ¡y cámbiate de ropa antes de que llegue Richard!

Capítulo XVIII

Richard y «Huracán»

Melisande fue descendiendo lentamente por el camino, procurando mantenerse a la sombra. Las amapolas se inclinaban a cada lado y la brillante y azul achicoria parecía saludarla también a su paso. Melisande arrancó una flor de achicoria para adornar su vestido. Era exactamente del mismo color.

Entró en las tiendas y realizó sus pedidos. No tardó en tener llena la cesta. El tendero de los comestibles manifestó que no podía enviar a nadie a la granja, así que... ¿podría ella cargar con todo?

—Oh, pobre de mí... Bueno, supongo que no habrá más remedio —suspiró la pobre Melisande—. Esta cesta pesa como si estuviese llena de hierro.

—Le dejaré otra —se ofreció el buen hombre—, así podrá repartir el peso en cada brazo, e irá más descansada.

Poco después, Melisande regresaba a la granja con una cesta en cada mano, sudando a mares.

Alguien venía al trote por la calle. Melisande volvió la cabeza y divisó a un joven de unos diecisiete años sobre un magnífico caballo negro cuya piel brillaba como la seda, y que tenía tres patas blancas y una estrella.

El joven refrenó su montura al ver a Melisande.

—Perdóneme —la interpeló—, ¿podría indicarme el camino de la granja Mistletoe?

—Oh, sí —sonrió ella—. Yo vivo allí. Precisamente ahora regreso de hacer la compra.

—Ah... ¿es usted una de las hermanas Longfield?

Al joven le pareció que se trataba de la muchacha más bonita que había visto en su vida. Y no era que tuviera mucho tiempo para pensar en chicas, pero cuando veía a una prefería que fuese muy bonita.

—Yo soy Melisande Longfield —se presentó la muchacha—. ¿Es usted Richard Lawson?

—Sí, soy Richard —asintió el joven, conteniendo el caballo, que estaba nervioso por el paso de una camioneta.

—¿Y éste es «Huracán»? —Melisande acarició suavemente al noble bruto—. ¡Qué hermoso es!

—¿Lo cree de veras? —Richard estaba agradablemente sorprendido—. Yo también opino lo mismo, pero como es mío... ¿Pero cómo va usted con estas dos cestas? Tenía que haber cogido un caballo o esperar el autobús.

—Voy andando. Para el autobús tenía que aguardar dos horas —le confesó

Melisande—. Pero hace tanto calor... Creo que me fundiré antes de llegar a la granja.

Richard sujetó su cabalgadura.

—Tomemos un helado —propuso—. Yo también estoy sudando. Tomemos un helado y luego, si quiere, puede subir conmigo a caballo, y él nos llevará hasta la granja, con cestas y todo. Es tan fuerte como un... como un...

—¡Como un caballo! —concluyó Melisande por él, y aunque era un mal chiste, ambos se echaron a reír—. Sí, acepto el helado. Pero he gastado todo el dinero que me dio mi tía, de forma que tendrá usted que invitarme.

—Encantado.

Richard descabalgó y tras atar al caballo a un poste, penetró con Melisande en la horchatería. Allí vendían unos helados de vainilla muy buenos. Richard y Melisande tomaron dos cada uno, mientras «Huracán» esperaba fuera, relinchando de impaciencia.

—¡No podemos tener esperando a un caballo como éste! —exclamó Melisande—. Y estoy segura de que Jack también debe estar impaciente por su tardanza. Debemos irnos. ¿Cree de veras que su caballo podrá llevarnos a los dos?

Pero «Huracán» los aceptó dócilmente. Richard ayudó a subir a Melisande y dispuso las cestas hábilmente. Pensaba que además de bonita, Melisande era una chica muy graciosa.

«Es muy gentil y tiene una voz muy grata —pensó—. No sé por qué, pero no me imaginaba que la hermana de Jack fuese así».



No sabía que Melisande era prima de Jack. Al presentarse ella como Melisande Longfield, y decir que vivía en Mistletoe, al instante la tomó por la hermana de Jack. Y pensó que su amigo era muy dichoso de tener una hermana como aquélla.

Ascendieron por el monte lentamente.

—Jack dijo que esta tarde cabalgarán por las montañas —comentó la joven—. Le gustará mucho.

—Puede usted acompañarnos —le propuso Richard—. Estoy seguro de que monta usted muy bien.

—Ojalá pudiera. Pero supongo que tendré algo que hacer —se excusó Melisande. Además, sabía que Jane planeaba salir con Jack y Richard, montando a «Pies Ligeros». No quedaría ningún caballo para ella, por que nada podría animarla a montar a «Gordito».

Llegaron a la granja y penetraron en el patio, con «Huracán» arrancando chispazos de las losas, Jack, Jane y Susan se precipitaron a recibir al visitante.

Les asombró ver a Melisande montada en la grupa de «Huracán». Richard la ayudó a apearse y dedicó una sonrisa a los demás.

—Siento llegar tan tarde. Pero me tropecé con tu hermana, Jack, e iba tan cargada que la invité a montar.

—Bueno, no es mi hermana, sino mi prima —le explicó Jack—. Ésta es mi hermana —y empujó a Jane hacia el recién llegado, mientras Susan se empinaba detrás, puestos sus ojos en el magnífico caballo.

Jane estaba impresentable. Sin palabras para describirla. No se había cambiado de pantalones ni de camisa. Y todo estaba mucho más sucio. Tenía manchadas las mejillas y el pelo completamente revuelto.

Después de la agradable visión de Melisande, era como una imagen del infierno. Richard la miró y parpadeó, asombrado.

—Eh... ¿cómo estás, muchacha? —Le estrechó la mano, procurando no mancharse.

—Y ésta es Susan —siguió presentando Jack. La niña sonrió al amigo de su hermano y no le ofreció la mano.

—Me gusta tu caballo. Parece muy fuerte y resistente. Y tiene un nombre muy bonito.

—Debes venir a ver nuestros caballos —dijo Jane en voz muy alta—. Especialmente el mío. Se llama «Pies Ligeros». Esta tarde vendrá con nosotros. Lo montaré yo, claro. Vamos a dejar a «Huracán» al establo y después daremos una vuelta.

Melisande había desaparecido con los cestos. Richard se quedó a solas con Jane porque Jack fue a llevar a «Huracán» a la cuadra y Susan lo siguió.

«¡Qué asco de muchacha! —pensó—. ¿Y por qué va tan sucia? Se convertirá en una de estas horribles mujeres que nunca se quitan los pantalones de montar. Como mi tía Judith, voz estridente, manos grandes, y siempre sucia. ¡Qué lástima que

Melisande no sea la hermana de Jack!».

Jane le condujo orgullosamente hasta el establo de «Pies Ligeros», hablando sin cesar. ¡Tenía siempre tantas cosas que decir...! No le dio la oportunidad a Richard de abrir la boca, y éste rápidamente comenzó a aburrirse. Jane se sintió defraudada cuando el muchacho no se maravilló ante el caballo. En cambio, pareció gustarle mucho más «Gordito».

—¡Un buen caballo! —comentó—. Y parece todo un carácter. ¿Qué es? ¡Oh, un *poney* islandés! ¿De quién es, de Melisande?

—No. Mi prima nunca montaría a «Gordito» porque tiene muy mal genio. «Gordito», claro. Es de Susan. Es la única que sabe dominarlo.

Melisande estuvo toda la mañana ayudando a su tía en la cocina y no apareció para nada, ante la impaciencia de Richard. Se estaba cansando de Jane, que decidida a que viese todos los animales de la granja, lo acompañaba contándole la historia de cada uno. Jack les acompañaba, pero estaba siempre callado, y como Jane no dejaba de charlar, tampoco había necesidad de que pronunciase palabra.

Susan también era del grupo. A Richard le hizo gracia la chiquilla, así como Roderick, que apareció de repente y se juntó a ellos.

—Me gusta tu hermana —le dijo Richard a su amigo—. Me refiero a Susan.

—Sí, es muy graciosa.

—Pero debes sentirte orgulloso de tu prima Melisande ¿verdad? Es como «Gordito»... perfecta hasta en sus menores detalles.

Jack se sobresaltó. Y luego meditó las palabras de Richard. Sí, era cierto. Melisande tenía la apariencia de un caballo bien cuidado: sedosa, brillante, limpia, oliendo muy bien... Miró a Jane y la vio claramente por primera vez. Richard siguió la mirada de su amigo y al instante recordó que Melisande era su prima, no su hermana.

—Claro que Jane también es bonita —añadió, apresuradamente—. Sólo que no pertenece al mismo tipo que Melisande, ¿comprendes?

Y Jack vio a Jane con los ojos de Richard: sucia, despeinada, comidas sus uñas, sucias las mejillas... Y quedó avergonzado. Dio media vuelta bruscamente y condujo a Richard a admirar las vaquillas.

La comida fue excelente.

—¡Te has excedido, mamá! —exclamó Jack, sonriendo, mientras su madre se ruborizaba de puro orgulloso—. ¿No piensas, Richard, que mi madre es una buena cocinera?

—¡Estupenda! —alabó el aludido, a quien le había caído muy en gracia la madre de sus amigos—. Creo que esta tarde no podré cabalgar. ¡He comido demasiado!

—Pensábamos ir a tomar el té al campo, por el monte Breezy —le manifestó Jack—. A caballo, claro.

—Debe ser un buen sitio para un día tan caluroso —asintió Richard—. ¿No es cierto, Melisande? ¿Qué caballo montarás tú?

—Bueno —Melisande se encendió como una amapola ante aquel inesperado tuteo—. Yo no iré. No tengo caballo. Me gustaría, pero no puedo seguirlos a pie.

—¡Oh, tienes que venir! —gritó Richard, que deseaba cabalgar al lado de Melisande y no quería verse a solas con Jane toda la tarde.

Lo pobre Jane estaba ya sulfurada. No quería que Melisande fuese con ellos. Richard, en realidad, ya había hablado más veces con Melisande durante la comida que con ella. Y ahora quería que los acompañase a la merienda, lo cual significaba que su prima lo monopolizaría todo el tiempo. ¡Y Jane todavía no le había contado a Richard ni la mitad de lo que quería contarle de la granja!

—No puedo —repuso Melisande, desconsolada—. Sé que Susan me dejaría montar a «Gordito» si se lo pidiera, pero le tengo mucho miedo.

—¡Y no hay otro caballo! —añadió Jane, triunfante.

Su padre había prestado atención a la charla, y ahora se volvió hacia Jack.

—Yo no necesito a «Sultán» esta tarde. Si quieres, puedes llevártelo tú y cederle «Sombrita» a tu prima.

—¡Oh, gracias, tío Peter! —Casi chilló la joven, llena de gratitud. Richard resplandeció de gozo. Al menos, aquella muchacha tan bonita y limpia formaría parte de la partida, y no tendría que padecer a aquel asco de Jane, con su incesante garrulería.

Melisande fue a cambiarse. Sus pantalones de montar estaban limpios. Y su camisa amarilla recién planchada. Sus botas brillaban. Cuando montó a «Sombrita» parecía una verdadera amazona. Y Jack volvió a comparar a Jane con su prima. ¿Cómo era posible que su hermana fuese como era? ¿Ni siquiera podía adecentarse un poco en honor de sus amigos? Y sintió cólera contra la desdichada Jane.

La merienda fue un éxito para todos, salvo para Jane. No comprendía por qué Richard no la escuchaba ni parecía reparar en ella. ¿No sabía ella muchas más cosas de los animales y la granja que la tonta y relamida de Melisande?

Hasta Jack parecía mirarla con desdén y darle de lado. Jane calló, sintiéndose muy desgraciada.

Le gustaba Richard. Era alto y bien parecido, tenía una risa muy simpática y al reír enseñaba unos dientes blanquísimos. Pensó que debía limpiárselos al menos seis veces al día para que brillaran tanto, y recordó, sintiéndose culpable, que ella no se los lavaba hacía mucho tiempo. Luego miró a Melisande. Sus dientes también relucían. Y después estudió las manos de su prima y su bien peinado cabello.

De pronto escondió sus manos en los bolsillos del pantalón, avergonzada de sus roídos uñas. Y se enfadó cuando Jack le propinó un empujón, preguntándose qué le pasaba.

Richard aquella noche se despidió muy a pesar suyo.

—He pasado un día magnífico. Y gracias, señor Longfield, por haberme dejado admirar sus vaquillas. Son unos animales formidables. Bien, Jack, ven alguna vez a Tree Tops Hall... y eh... Bueno, ven con Melisande... y, claro, con Jane.

Salió disparado al galope de «Huracán», agitando la mano.

—Un buen chico —opinó la señora Longfield.

—Sí, y muy sencillo —afirmó su marido.

—Muy simpático —dijo Melisande.

—Me imaginé que os gustaría —observó Jack—. Al menos... Bueno, no creo que le haya agrado mucho a Jane. ¿Verdad, hermanita? Has estado enmurriada toda la merienda.

Jane gruñó y no contestó. Aquel día había traído un gran desengaño. Jack se enfadó y estaba a punto de decirle a su hermana unas cuantas cosas, pero se contuvo a tiempo. Seguramente se pelearían y Jane era capaz de arrojarle algo. Por lo tanto, aguardó el momento oportuno, decidido a decirle varias verdades a su hermana gemela tan pronto como se presentara la ocasión.

Que se presentó dos días más tarde.

Llegó una carta de Richard para la señora Longfield, agradeciéndole aquella jornada memorable y rogándole que Jack, Jane y Melisande fuesen a conocer a su madre.

«Temo que no será tan divertido como Mistletoe —escribía—. En realidad, será como una fiesta. Pero a las chicas les encantan las fiestas, por lo tanto, Jack podría venir con Jane y Melisande. Para otro día ya concertaremos una cabalgada juntos».

—¡Qué carta tan fina! —exclamó la señora Longfield—. Es un chico muy bien educado. ¡Y qué amable al invitar a las muchachas a la fiesta!

Melisande estaba emocionada. Jane no dijo nada. Y Jack la buscó aquella mañana, mientras ella estaba en la huerta, arrancando unas lechugas. Se sentó a su lado, sobre una piedra.

—Jane...

—¿Qué?

—Mira, Jane... —calló, sin saber si debía continuar.

—¿Qué? —repitió la muchacha—. Di qué quieres.

Jack se decidió.

—Bueno, quería decirte. Jane que el otro día cuando vino Richard, hiciste que me avergonzase de ti. Comprendí muy bien lo que pensaba de ti... especialmente cuando te comparó con Melisande.

—¿Y qué pensó de mí? —inquirió Jane con voz estrangulada, arrancando lechugas y gacha la cabeza.

—Que eres sucia, descuidada, que tienes unas uñas horribles, que siempre vas despeinado, que no te has cepillado el pelo en varias semanas, que llevas unos zapatos asquerosos, y que tus mejillas son unos emporios de porquería —le espetó Jack sin respirar, y sin darse cuenta de la pesadumbre que agitaba a su pobre hermana—. ¿Y esto por qué? Al fin y al cabo eres una chica, ¿no? Y una chica tiene que ir muy aseada, me parece a mí. Fíjate en Melisande. Tal vez se pase todo el día ante el espejo, pero yo diría que esto no es cierto, pues bien trabaja.

Jane no contestó. Cuando arrancó una lechuga, le temblaron las manos. Jack continuó con su sermón, pensando que Jane sólo estaba enfurruñada y que aún necesitaba un poquito más de vapuleo.

—Me di cuenta de que Richard sentía que Melisande no fuese mi hermana. Pareció asombrado cuando averiguó que eras tú. De veras. Jane, pareces una campesina.

Esto fue demasiado para la muchacha. ¡Una campesina! Precisamente lo que Cyril y Melisande llamaban a sus primos. Y ahora Jack decía lo mismo. Jane se atragantó y dos lágrimas mojaron las lechugas. No se atrevía a levantar la cabeza. Ella nunca lloraba y no podía soportar que Jack la viese sollozar. Se burlaría de ella.

Pero Jack se dio cuenta de su estado, se inclinó y vio las lágrimas brillar en los ojos de su hermana. Y se quedó paralizado de horror: ¡Jane llorando! Hacía años que no lloraba. Y se arrepintió de cuanto acababa de decirle.

—Jane... no... no lo dije en serio —balbuceó torpemente—. De acuerdo, a mí me gustas tal cual eres. Jane.

Pero la joven le dio un empujón y corrió hacia la casa. No llegó a ella, sin embargo, sino que dando un rodeo se encerró en el granero, a oscuras. ¡Pensar que Jack le había dicho tantas cosas desagradables... y que estaba avergonzado de ella! Ésta era la última gota del vaso. Tenía que hacer algo. ¡Sí, sí, sí!... ¡Será terrible, ridículo y espantoso... pero algo tenía que hacer... lo que fuese!

Capítulo XIX

Jane, la fiesta... y el ermitaño

Jane hizo lo mejor que podía hacer. Fue a ver a su madre. La señora Longfield se hallaba sentada en el patio, al lado del estanque de las carpas, zurciendo las medidas que siempre llenaban su cesta de labor. Se asustó al ver la cara solemne de su hija.

—¿Qué te pasa, querida?

Jane se arrodilló a su lado y empezó a meter una mano en el agua del estanque, contemplando con saña sus carcomidas uñas.

—Jack dice que está avergonzado de que yo sea su hermana —sollozó.

Y entonces, Jane se lo contó todo, y sin llorar, porque era una muchacha muy fuerte y no quería demostrarle a nadie su debilidad. Su madre la escuchó asombrada, sin dejar que su aguja se detuviese ni un instante.

—Y esto es todo, mamita —concluyó Jane, sin mirar a su madre—. ¿Qué debo hacer?

—Muchas cosas, Jane. Pero no será fácil ¿verdad?

—Me encantan las cosas difíciles —se obstinó la chica—. Bueno, si decido hacerlas.

—Entonces, tendrás que decidir hacerlas —le recomendó su madre—. Jamás las has hecho por mí. Si las haces sólo por ti, será un triunfo.

—No quiero que Melisande sea más que yo ni que pueda hacer observaciones nauseabundas a mi respecto.

—No las hará —le prometió la señora, Longfield, resolviendo avisar a la muchacha.

—Me lavaré, no me morderé las uñas y me acordaré de cepillarme el cabello. También cepillaré mis vestidos antes de ponérmelos. Pero creo que ya no puedo hacer nada más.

—Puedes hacer muchas otras cosas —arguyóle la señora Longfield, procurando no reírse. Jane estaba demasiado seria. Y su madre deseó que se tomase todo el asunto muy gravemente. Si así era, habría que darle a Jack una medalla por conseguir de su hermana lo que nadie había logrado.

Después, Jack intentó hacerse perdonar por su hermana, pero ésta estaba furiosa contra él por haberla humillado; pese reconocer que le asistía la razón. Y le ardían las mejillas siempre que se acordaba de Richard y lo que éste debió pensar de ella. Y decidió no ir por nada del mundo a la fiesta de Tree Tops Hall.

Melisande tuvo que escuchar unas palabras de su tía.

—Jane quiere cambiar. No le hagas ninguna observación sobre su nuevo aspecto, Melisande; pero ayúdala si puedes.

También advirtieron lo mismo a Susan, la cual abrió mucho los ojos cuando su madre le comunicó que Jane iba a lavarse y adecentarse como nunca.

—Y no lo provoques con una de tus pullas, querida —agregó su madre.

—Intentaré contenerme —le prometió Susan, dudosa—, pero no sé si podré. Supongo, mamá, que Jane se angustió el día que papá se enfadó con ella. No sé si te has dado cuenta, pero Roderick y yo somos más limpios desde aquel oía.

Su madre no lo había observado, pero le aseguró a Susan que estaba encantada de saberlo. Secretamente, pensaba que no le sentaba mal a Roderick un poco de roña de cuando en cuando. ¡Había sido un niño tan pulcro...! ¡Pero ahora los seis muchachos estaban cambiando!

Cuando Jane decidía hacer algo, era de corazón. Y se dispuso frenéticamente a cambiar radicalmente. Se cortó las uñas al límite. De esta manera aunque se llevase inadvertidamente las manos a la boca, no podría mordérselas. ¡Y sería un calvario, porque estaba tan acostumbrada a ello!

Se cepilló el cabello hasta que tuvo el brazo dolorido, y se quedó asombrada cuando vio que le quedaba tan sedoso como a Melisande. Al final se colocó tantos pasadores para sujetárselos, que su prima protestó.

—¡Vaya, Jane! ¡Tu tocado no es más que pasadores! Al menos te has puesto veinte. Quítate algunos.

—He de entrenarme —replicó Jane con ferocidad, como si fuese un caballo—. No me marees, Melisande. Poco a poco iré reduciéndolos.

Melisande no la mareó.

Su padre reparó al momento en el cambio.

—Vaya, ahora es un placer contemplarte, hija mía. ¿Verdad que ahora está guapa, Linnie?

Jane pretendió refunfuñar, pero secretamente estaba complacida. ¡Había dado tantas veces por descontado que Melisande era bonita y ella fea, que la variación le sentaba maravillosamente bien!

Por fin llegó el día de la fiesta. Su madre comenzó a pensar qué llevaría Jane.

—Supongo que será una fiesta al aire libre, siendo verano. Por lo tanto, debes ponerte tu mejor vestido, hija.

—Está roto por la espalda —objetó Jane—. No puedo ponérmelo, mamita. Además, no quiero ir a la fiesta. No... no me gustan las fiestas.

—Caro que irás —replicó su madre, y envió a Jane en busca del vestido. Quedó horrorizada cuando vio lo roto que estaba.

—¡Pero, Jane...! ¡Cómo has podido destrozarlo tanto! Aunque te lo remiende, se notará el desgarrón.

—Lo pisé —le explicó Jane— sin darme cuenta y...

—¡Qué pena, tu mejor vestido!

—No volveré a ser descuidada nunca más, te lo prometo. No me riñas, mamita, ahora que me porto bien.

—Bueno —suspiró su madre—. Pero quiero que te des cuenta de que remedar esto me costará toda una tarde... y que no quedará bien.

—No quiero ir a la fiesta con un vestido remendado —se obstinó Jane—. ¡No quiero ir y no iré!

—Una palabra más —le advirtió su padre— y tendrás que subir a acostarte. Irás a la fiesta vestida con lo que ordene tu madre. ¿Me oyes?

Jane se asustó ante el tono de su padre. Últimamente, siempre se enojaba con ella. La muchacha calló.

Melisande lo sintió por ella. Sabía que a ella tampoco le gustaría asistir a una fiesta con un traje remendado. Por tanto, subió a su cuarto y empezó a rebuscar por sus cajones. Pronto encontró lo que necesitaba. Un vestido de seda azul, con un cuello blanco y cinturón de igual color. Melisande lo contempló con melancolía, deseando que a ella le sentara bien. Había sido uno de sus vestidos favoritos. Se asomó a llamar a Jane.

—Mira, Jane —le dijo luego—, a mí no me gustaría ir a la fiesta con un vestido remendado. ¿Crees que éste te sentará bien? Está casi nuevo porque yo apenas lo llevé. Pruébatelo.

A Jane encantó el vestido y se lo probó. Tal vez le estaba un poco ceñido y algo largo.

¡Pero qué bien le sentaba! Melisande le añadió una lazada roja en un hombro y silenciosamente llevó a Jane ante el espejo. La muchacha se quedó abismada.

¡Si, estaba muy guapa! Su cabello, sedoso, le brillaba sobre la cara limpia, sin manchas, y hasta sus ojos azules parecían resplandecer. ¡Cómo cambia una persona cuando se cuida un poco!

—Sí, es muy bonito —asintió—. Y me gustaría que me estuviese bien, pero no puedo pedirle a mamá que me lo arregle, y yo no sabría hacerlo.

—Yo te enseñaré —se ofreció Melisande.

Acto seguido descosió algunas costuras y le enseñó a Jane cómo tenía que volver a coserlas, doblándolas más hacia dentro. Al final el vestido quedó perfecto para Jane.

—Eres muy buena, Melisande —exclamó su prima—. Me gusta mucho este vestido. Antes no me gustaba, ¿sabes?, pero éste es precioso. ¿Crees que Jack se avergonzará de mí ahora?

—No. Apenas te reconocerá.

¡Lo más divertido fue que ni siquiera Richard reconoció a Jane cuando todos llegaron a la fiesta! A Melisande sí la reconoció al instante, y estuvo encantado de volver a verla, tan bonita y deliciosa con su vestido de muselina. Después se volvió hacia Jane y pareció intrigado. Miró a Jack, inquisitivo.

—¿Otra prima?

Jack explotó en una carcajada.

—¡No! ¡Es Jane! Mi hermana. ¿No te acuerdas, Richard?

—No la reconocía —admitió Richard—. Está tan distinta, Jane... ¡Completamente cambiada! Bien, vamos a ver a «Huracán». Quiero que veáis su establo. Ven, Melisande. Jack, ve a entretener un poco a mamá, por favor.

Richard estaba verdaderamente asombrado al comprobar que aquella jovencita que lucía aquella mata de pelo tan sedoso, y que llevaba un vestido tan elegante, era la misma Jane del otro día. Continuó contemplándola boquiabierto, y Jane se sintió orgulloso de sí misma. «Huracán» los recibió alegremente y consintió en tomar unos terrones de azúcar de la palma de sus manos.

—Lástima que no lleves los pantalones de montar —le dijo Richard a Jane—. Habrías podido cabalgar en «Huracán». Seguro que lo harías estupendamente. Tú sabes mucho de caballos.

Realmente, fue una fiesta inolvidable, y Jack se sintió muy orgulloso de su hermana y su prima. Así se lo dijo cuando regresaban a la granja de Long Acre Hill.

—Y espero que no vuelvas a ir tan sucia como antes —acabó Jack—. ¡Por Dios, Jane, si hasta tus uñas empiezan a parecer tales!

—Excepto ésta —le interrumpió la aludida, enseñándole una que acababa de morderse—. Las dejaré todas en paz, excepto ésta. De esta manera sólo tendré una roída... y poco a poco se me irá quitando el vicio.

Estaban ya cerca de las cuevas de Long Acre Hill y Jack se acordó de Benedict, el amigo de Cyril, que vivía allí. Cautelosamente rodearon las covachas, pero al parecer no había nadie.

Jack, entonces, penetró en la del ermitaño y dio una ojeada alrededor.

—¡Qué pies tan colosales debe tener! —les dijo a las dos jóvenes, sosteniendo un par de sandalias enormes—. ¡Yo tengo los pies grandes, pero mira que él...! No sé cómo puede llevarlas, tan llenas de agujeros.

—Es una cueva muy grande —observó Jane, asomándose—. ¿Hay otra al fondo... o es la misma? Por lo visto, estas cuevas se comunican entre sí. ¡Explorémoslas!

La muchacha se acercó al final de la cueva para ver si efectivamente se comunicaba con otra... pero una colérica voz la detuvo en seco:

—¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? ¿Cómo osáis entrar en mi cueva y revolverlo todo? ¡Salid en seguida!

Jack y las muchachas corrieron a la salida. Benedict estaba en el umbral, sumamente encolerizado.

—Lo siento —se disculpó Jack—. Sabemos que Cyril, mi primo, viene a verlo a menudo y creímos un deber de cortesía entrar a hacerle una visita.

—Lástima que no tengas tan buenos modales como tu primo —le lanzó al rostro Benedict—. Él jamás se atrevería a venir, a menos que yo le invitase. Yo puedo vivir solo en una cueva, pero es mi casa.

Los tres jóvenes se marcharon, poco tranquilos ante las miradas del ermitaño.

—Supongo que no debimos entrar —suspiró Jane, al fin—. Pero las cuevas no

parecen posesiones privadas. Claro que al fin y al cabo, es su hogar.

—No me gusta nada —comentó Jack—. No sé cómo Cyril puede ser amigo suyo. Me ha dado un escalofrío. Hay algo raro en ese tipo. No me parece... sincero.

—Bueno, sí hay algo raro en él —asintió Melisande—. Su barba... y el pelo... ¿Y por qué un ermitaño tiene que llevar túnica en nuestros tiempos? Seguramente, podría ser ermitaño y vestir como todo el mundo. ¿También va de compras así?

—Oh, sí —le explicó Jack—. Y la gente lo mira asombrada, pero es tan idiota que estoy seguro que le gusta. Incluso va al mercado a comprar huevos y mantequilla. Yo le vi, con un enjambre de chiquillos a su alrededor, preguntándole por qué no se cortaba el pelo.

—¿Cómo puede Cyril soportarlo? —inquirió Jane, extrañada—. De veras, Melisande, Cyril a veces tiene cosas muy raras.

—No, en absoluto —contestó Melisande, leal a su hermano, aunque pensando que era muy peculiar el ermitaño.

Cyril se enojó mucho cuando se enteró de que su hermana y sus primos se habían atrevido a entrar en la cueva de Benedict.

—¿Qué habrá pensado?

—¡No me importa lo que pensó ni lo que pienses tú! —gritó Jack, exasperado—. ¡No hicimos ningún mal! Lo que pasa, es que ese tipo está chiflado. Completamente loco.

—Claro, no se puede esperar que reconozcáis a un maestro cuándo veis uno —se burló Cyril, con sarcasmo—. Y estáis tan poco acostumbrados a usar vuestra mente que ni siquiera sabéis que haya grandes genios.

—No me digas que tu amigo es un genio —le contraatacó Jack, con saña—. ¡Si lo fuese, pensaría la manera de salir rápidamente de aquella cueva! Por otra parte, seguro que se larga de allí tan pronto llegue el otoño. No me ha parecido un individuo muy fuerte. ¡Y aquel cabello! Supongo que por esto vuelves a llevar largo el tuyo en estas vacaciones, Cyril. Bueno, yo sólo te aviso que si te lo dejas largo otra vez tendrás que oír a papá.

Cyril se marchó dando un portazo. Luego subió al dormitorio que compartía con Jack y se encerró dentro. Leería un poco de poesía a fin de serenarse.

Pero alguien tabaleó a la puerta. Era Roderick.

—Cyril, ¿estás aquí? ¿Por qué has cerrado la puerta? Tía Linnie dice que bajas, que te zurcirá la chaqueta...

—¡Nunca hoy tranquilidad en esta casa! —se quejó el pobre Cyril, iracundo—. ¡Qué lugar! ¡Qué gente! Tendré que dedicarme a imitar a Benedict. ¡Iré a vivir a una cueva, lejos de todo el mundo!

Capítulo XX

El tiempo pasa...

Las vacaciones estivales finalizaron. Las dos últimas semanas volaron más de prisa que las anteriores.

—Siempre pasa esto en vacaciones —se quejó Susan—. Mamita, ¿por qué el tiempo malo parece arrastrarse y el tiempo bueno volar? Tendría que ser al revés. Todavía no me siento dispuesta a volver al colegio. ¿Verdad, Roderick?

—Yo tampoco —afirmó el niño, que había disfrutado más en aquellas vacaciones pasadas en la granja Mistletoe que en toda su vida. Su tía lo miró. Estaba muy moreno y recio y se estaba tornando independiente.

«Era lo mejor que podía ocurrirle, estar una temporada separado de su madre —pensó la señora Longfield—. Antes era como un bebé, temeroso de todo».

Hubo grandes preparativos para la escuela. Hubo que comprar nuevos uniformes. Susan protestó violentamente cuando vio que tenía que llevar el uniforme viejo de Jane, pero así tenía que ser.

—Es cuestión de dinero, Susan —le explicó su madre—. Otoño es una mala época para papá. Tiene que comprar el abono y las semillas, y su dinero lo invierte todo en ganado, en lugar de ir a parar al banco.

—Ve a preguntarle a «Sara», la vaca, si tiene unas cuantas libras para que puedas comprarte un uniforme nuevo, Susan —le sugirió Roderick, sonriendo.

Susan suspiró y cedió. Siempre se producían discusiones por los vestidos. Tal vez un día sería tan mayor como Jane y tendría derecho a un vestido nuevo.

Melisande estaba contenta de volver a la escuela. Sería un cambio agradable después de tanto quehacer doméstico, especialmente por estar Dorcas indispuesta, y haber recaído el peso de la casa sobre Jane y Melisande.

A Jane también le gustaba el colegio con las risas, las charlas y la algarabía general. Y le encantaba volver.

—No creo que este año tengan que decirte tantas cosas respecto a tu desaliño, hija mía —observó la señora Longfield—. En realidad, has sabido cumplir tu palabra.

—¿En qué? ¿Oh, te refieres a mis manos, mis uñas y mi cabello? Bueno, ya sabes que cuando prometo hacer una cosa, la hago. Pero, ay, mamita, que me parece que esta uña no dejaré nunca de mordérmela.

—Bueno, es preferible que te muerdas una que diez —la consoló su madre—. Jane, a propósito, supongo que te turnarás con Melisande en montar a «Pies Ligeros», ¿verdad? Tu prima ha demostrado ser muy buena amazona estas últimas semanas.

—¡Oh, no, mamita! —Jane estaba aterrada—. ¡No es posible! ¡A «Pies Ligeros» no le gustaría!

—¡No pensaba en «Pies Ligeros»! El caballo hará lo que tú le mandes. Bueno, realmente no pensé que dejases también de ser egoísta. Jane.

—No... no es posible, mamá —repitió la joven—. ¡Oh, quisiera que Melisande y sus hermanos estuviesen ya lejos de aquí! ¡Quiero nuestra casa para nosotros! ¡No quiero que estén aquí por Navidad, mamita!

—Sí, será muy agradable tener la casa para nosotros solos —contestóle su madre con dulzura—. Pero he llegado a sentir mucho afecto por tus tres primos. Jane... especialmente por el pequeño Roderick. Susan le echará terriblemente de menos. Ya sabes que siempre está sola, porque tú y Jack, como sois mellizos os entendéis mejor.

A Cyril le fastidiaba tener que volver a estudiar. Después de sus tardes pasadas junto a Benedict, y habiendo escuchado con admiración y respeto muchas teorías que el ermitaño le expuso, Cyril pensaba que la escuela era algo elemental, una pérdida de tiempo. El ermitaño todavía no le había devuelto el diccionario griego y él no se lo había pedido. Por lo tanto, se compró otro, disminuyendo con ello su escasa provisión de dinero.

Se lo había gastado casi todo en un transistor. Había ido a la recolección de las ciruelas, como le aconsejó su tía, y ganó doce libras. Fue un trabajo duro, aunque no bien pagado. Y Cyril tuvo que hacer horas extraordinarias para poder comprarse la radio.

¡Pero es maravilloso tener un transistor de propiedad! Se lo llevaba a los lugares más tranquilos de la granja siempre que quería extasiarse con la buena música, y hasta los patos y las gallinas llegaron a familiarizarse con Mozart y Beethoven.

Le sorprendió que Benedict no se mostrase tan gratamente sorprendido como pensaba. A Benedict le gustaba hablar y la radio se lo impedía. Un día estaba perorando mientras una emisora transmitía la «Quinta Sinfonía», de Beethoven, precisamente el tan conocido «Andante», y Cyril lo hizo callar.

Benedict se sublevó.

—Mi querido muchacho, la música que yo amo es el canto de los pájaros, el zumbido de las abejas y el rumor de una cascada. La música de la naturaleza es superior a la otra.

—Pero dijiste que te encantaba la música —Cyril no fue capaz de ocultar su desengaño—. ¡Y es tan maravilloso lo que están tocando, Benedict...!

El ermitaño comprendió que el chico estaba extrañado y dolorido y escuchó en silencio el resto del programa. Pero Cyril no volvió nunca más a llevar el transistor a la cueva. En cambio, lo dejó en su dormitorio de la granja, y sólo lo sacó para él desde aquel día... hasta que una vez tía Linnie dio la vuelta a la esquina del granero y se sentó a su lado, para escuchar embelesada una «Balada» de Chopin.

—¡Qué bello! —exclamó al final—. Me gustaría quedarme más, pero tengo que ir a darles de comer a las gallinas. Cuando toque algo especial, Cyril, avísame, si no te molesta que te haga compañía.

Excepto en lo del transistor, Cyril cada vez estaba más entusiasmado con su

amigo. Y lamentaba poder verlo tan poco ahora que tendría que ir al colegio. A Jack le pasaba lo mismo con Twigg. Sabía que ahora no podría acompañar muchas noches a su amigo porque no podía quedarse adormilado en el colegio.

—Pero, Twigg, si hay algo especial que ver, avísame —le rogó—. Como los tejones, por ejemplo. Todavía no he visto ninguno.

—Bueno, tendrá que ser antes de que se dispongan a invernar. Una vez se duermen, están como muertos. Mantendré los ojos bien abiertos, Jack, y si hay tejones te lo comunicaré.

El misterio del dinero robado no se esclareció. No sólo esto, sino que se produjeron varios robos más, que tampoco fueron descubiertos. Se había robado más dinero del mercado y los granjeros comenzaban a llevar su ganancia al banco rápidamente. Se susurraba, no obstante, que los responsables de los robos eran Twigg y sus amigos, aunque el viejo lo negaba enconadamente. El policía Potts, que aspiraba a ser ascendido, salía todas las noches, esperando descubrir algo o al menos una pista.

Nunca vio a Twigg, aunque el viejo, con sus agudos y perspicaces ojillos sí lo veía a él. A veces, el policía se acercaba a su perseguidor casi hasta poder tocarlo, y tanto Twigg como el perro de aguas tenían que estar tan inmóviles como la sombra de un árbol. A menudo, el chillido de un búho hacía que Potts pegase un salto; y el grito no era otra cosa que una señal que Twigg le hacía a Tommy Lane, dándole a entender que «el poli estaba en acecho».

Otras veces, Potts sufría un sobresalto cuando veía surgir al ermitaño de las tinieblas. Pero como siempre advertía su presencia con sus recitados, el policía acabó por acostumbrarse a él. Estaba seguro de que aquel ermitaño estaba loco, aunque a veces hablaba de manera muy cuerda.

—¿No ve nunca a ese tipo, Twigg? —le preguntó Potts una noche que sabía que el viejo no estaba en su choza.

—¿Twigg? ¿Quién es? —respondió Benedict—. Ah, sí, sargento. Ese tipo que parece una rata, ¿eh?

El policía Potts quedó muy complacido de oírse llamar «sargento». Se hinchó visiblemente. También le agradó oír llamar rata a Twigg. Y empezó a pensar que aquel ermitaño era más inteligente que muchas personas. Sostuvieron una larga conversación respecto a los merodeadores nocturnos, como Twigg, Tommy Lane y uno o dos más.

—Bien, caballero, yo opino que sus vagabundeos en medio de la noche son muy extraños —terminó por decir Potts, disponiéndose a irse—; pero en realidad, eso es cosa suya. Y si ve a Twigg por alguna parte y me avisa le quedaré muy reconocido. Está muy bien que usted y yo salgamos de noche, pero los tipos como Twigg y Tommy Lane cuando lo hacen no presagian nada bueno.

—Yo siempre estoy del lado de la ley y el orden —afirmó el ermitaño—, y le ayudaré si puedo. Buenas noches, sargento.

Y se internó en el bosque, murmurando algo que impresionó al policía Potts.

Un búho chilló casi a su lado, y el pobre policía pegó un brinco. Era gracioso que ahora el bosque parecía estar siempre lleno de búhos. Debía ser buen año para ellos.

Twigg estaba fuera aquella noche. Estaba a un kilómetro de distancia. Luego más tarde tenía que reunirse con Tommy Lane. Y fue aquella noche cuando Twigg divisó a los dos tejones.

La luna se asomó de repente y allí, no muy lejos de la orilla del riachuelo, estaban los dos animales con aspecto de oso, absolutamente inmóviles.

Twigg puso una mano sobre el cuello de «señor Potts», y el perro calló. El viento soplaba al lado de los tejones, lo cual explica que no oliesen a Twigg ni a su acompañante. «Señor Potts» ensanchó su nariz y husmeó a sus enemigos, pero no gruñó. Twigg observó atentamente a los extraños animales.

Pronto se les juntó otro. Era un cachorro. Un leve rumor hizo que los tres se volvieran hacia Twigg y el perro. El viejo logró distinguir claramente las listas blancas y negras de sus cabezas, que tan bien simulaban las estrías luminosas y sombrías de la luna. Los ojos de Twigg eran muy agudos; pero los tejones parecían desvanecerse a su vista, tan hábil era el camuflaje de aquellas rayas. Parpadeó. Un tejón reapareció en su radio visual.



Después huyeron silenciosamente a través de la noche, cuando Tommy Lane vino a reunirse con Twigg. «Señor Potts» se estiró y bostezó, Twigg se acercó al sitio donde habían estado posados los tejones y descubrió un profundo hoyo.

—Éste es su cubil —decidió—. Creo que si Jack me acompaña la próxima noche de luna llena, podrá ver por fin unos tejones.

Se lo dijo a Jack cuando le vio.

—Volví a ver a tus amiguitos los tejones. Había tres a la orilla del río. Y tienen allí su madriguera, o me como el sombrero. Si vienes la primera noche de luna llena conmigo, los verás. Te avisaré cuando llegue el momento.

—Gracias, Twigg —le agradeció el muchacho, muy interesado. No vio a su padre hablando con Jim, el vaquero, mientras se despedía de Twigg, por lo que se sorprendió al oírse interpelar por el señor Longfield.

—¡Jack, ven aquí! Quiero hablar contigo.

Jack se acercó a Jim y a su padre. Ambos parecían muy serios.

—Oye, Jack —comenzó a decirle su padre—, pienso decirle a Twigg que no vuelva a pisar mis tierras. Jim está seguro de que entre él y Tommy Lane están llevando a cabo los robos que se han producido este verano. Twigg es un ratero bribón, y Potts lo está acorralando. Más pronto o más tarde irá a parar con sus huesos a la cárcel. Y no quiero que tú tengas nada que ver con él.

Jack contempló a su padre apabullado.

—¡Pero, papá! —suplicó—. ¡Twigg es un buen amigo mío! Siempre ha sido muy decente conmigo y me ha enseñado muchas cosas interesantes de los pájaros y los animales. ¿Qué dirá si rompo con él de pronto?

—¡No se sorprenderá! —replicó su padre—. Ya sabe que es sospechoso. ¡La próxima vez que ocurra algo, de nada le servirá escudarse en Tommy Lane!

—Son una mala pareja —afirmó Jim—. Twigg ya lo era de muchacho, yo fui a la escuela con él. Tan astuto como una zorra y escurridizo como una culebra. Así era Sam Twigg.

—Pues yo le aprecio —se obstinó Jack.

—Ya me has oído, ¿verdad? —le riñó su padre, severamente—. ¡No quiero que vuelvas a verle ni a hablarle! ¡Ni tampoco que vayas de excursión con él! Y espero que le prohíbas volver a nuestra granja si le ves.

Jack se alejó entristecido. ¡Pobre viejo Twigg! Ser arrojado de las tierras de su padre... y precisamente por Jack. No, él no podía hacerlo. Deseaba que Twigg no volviese, ahora que su padre estaba en contra de él. Así Jack no necesitaría darle a entender que su amistad se había acabado.

—Bueno, me quedaré sin ver los tejones —suspiró el muchacho, mientras iba a ayudar a ordeñar las vacas—. ¡Uf...! No creo que Twigg sea mala persona. Y no me importa lo que digan todos. ¡No..., no lo creo!

Capítulo XXI

Una idea alarmante

Todo el mundo se encontró bien de nuevo en la escuela, incluso Cyril, que descubrió que podía practicar con éxito todos los juegos y deportes.

Se había hecho más fuerte y musculoso con el trabajo de la granja, y averiguó que era inesperadamente bueno en el fútbol. Y sus compañeros descubrieron que ahora tenían que vérselas con un mocetón alto y duro, tan duro como el hierro. A Cyril empezó a entusiasmarle su fuerza y ya no se burlaba de Jack, cuando éste se excitaba por los partidos del colegio. En realidad, él y su primo sostenían animadas discusiones sobre los equipos y los métodos de juego, ante la tranquila diversión de la señora Longfield.

Melisande también se divertía, cuando todavía estaba por debajo de Jane. En su clase iban a hacer una comedia aquel curso, y Melisande sabía que tenía cualidades como actriz. Esperaba contra toda esperanza que sería elegida como la Reina de Granada en la obra, y ya se veía con corona y túnica, siendo el centro de la atención del público.

Pero sus esperanzas no se vieron colmadas, en parte porque la profesora estaba contra Melisande debido a su vanidad en el curso anterior, aunque decidió no dejarla fuera del reparto. Por lo tanto, le asignó a la joven un pequeño papel, en el que tenía que representar una vieja de carácter cómico.

Melisande, al principio, se enojó, sintiéndose defraudada, pero pronto vio las posibilidades que le ofrecía aquel papel, y puso en el mismo todo su empeño. Era también excelente en el maquillaje y el atavío, ya que poseía una innata intuición del colorido. Disfrutó plenamente y pareció tan dichosa cuando les contó a los demás lo de la comedia, que su tía se extrañó.

—¡Caramba, Melisande, al final parece gustarte la escuela! Y no podías soportar la idea de ir al año pasado.

—¿No preferirías ahora una institutriz? —sonrió Jane.

—¡No, por favor! —exclamó Melisande, horrorizada—. No poder moverme, ni respirar, ni pegar patadas, ni tomar parte en una comedia... Ahora no podría soportarlo. Sólo deseo haber podido ir al colegio toda mi vida. ¡Y pensar que sólo me quedan otros dos cursos! ¡Cómo he desperdiciado mi existencia!

Puso una expresión tan cómica que todos rieron. Susan acarició levemente a su pobre prima.

—Has cambiado tanto, Melisande —le dijo—, que ya no quiero que te vayas de aquí.

Melisande se sintió emocionada. No contestó y la emoción pasó. Pero Melisande

no olvidó aquellas palabras. Porque aquella frase de Susan parecía pertenecer a la granja Mistletoe, y en cambio Three Towers se había desvanecido para siempre. Era raro, pero a la joven le gustaba el calor que la granja parecía proporcionarle.

Jane también lo pasaba muy bien en la escuela, porque ahora tenía menos cerros por su descuido y suciedad personales. Al principio, todos se sorprendieron al verla tan atildada y limpia.

—¡Caramba! —exclamó Patricia, la primera de la clase—. ¡Si estás casi presentable!

—No hables tan pronto —terció Pam—. A lo mejor, es una broma. Mañana Jane perderá una hebilla del zapato o un botón del uniforme, y tendrá las manos manchadas de tinta.

Jane sonrió. No le importaba que se burlase de ella. Se sentía orgullosa de sus manos. ¡Sólo llevaba una uña rota! Las demás eran largas y tan bien formadas como las de Melisande. ¡Bien, sería estupendo no tener tantos cerros en urbanidad como antes!

Por fin llegó octubre. El tiempo era cálido, excelente. El trabajo de la granja se desarrollaba bien. El señor Longfield ya había trillado el maíz y estaba muy contento de la cosecha.

—¡Ahora sí tenemos dinero! —le gritó a su esposa—. ¡Y cuando haya vendido las terneras, seremos ricos!

—Espero que a tu hermano David también le vayan bien los negocios —observó su esposa—. Hace tiempo que no hemos tenido carta. Y en cuanto a Rose, excepto por su carta semanal a los chicos, no sabemos ni palabra. Es extraordinario que no diga que vendrá a verlos.

—Aquel día fue excesivo para ella —le recordó el señor Longfield, sonriendo. Tras una pausa añadió—: Bien, al menos ahora está al lado de David, aunque no le gusta vivir en Escocia, tan lejos de todas sus amistades.

—Me sabrá muy mal tener que separarme de esos chicos —confesóle la señora Longfield, sacando un calcetín de la bolsa de costura—. Realmente, han mejorado mucho desde que vinieron, Peter.

—Como los nuestros. Todos han cambiado.

—Excepto Susan. No creo que llegue a cambiar nunca. Es muy personal.

—No quiero que cambie —admitió el señor Longfield—. Sí, siempre dice cosas terribles, pero es tan honrada y recta que no me importa. ¿Sentirás de veras que se vayan los tres sobrinos, Linnie? En realidad, tanto tú como Dorcas habéis tenido que trabajar mucho.

—Los echaré de menos, sí. Y me gustaría que no tuviesen que marcharse tan lejos, porque ellos también nos echarán de menos, Peter.

Susan llegó con «Meneítos» pegado a sus talones.

—Twiggy está fuera. Trae un recado para Jack —anunció—. ¿Dónde está mi hermano?

—¡Le ordené a Twigg que no volviera por aquí! —Se enfureció el señor Longfield, poniéndose de pie—. ¡Si le cojo...!

—Se ha ido —dijo Susan mirando por la ventana—. Allí va. Me gustaría que no le hubieses echado, papá. Me agrada este viejo.

El señor Longfield volvió a sentarse, mientras contemplaba cómo se alejaba Twigg. Cogió su periódico y se olvidó de todo. Susan salió con «Meneítos» en busca de Roderick.

Jack estaba al lado del granero. Susan fue hacia él.

—Twigg ha estado aquí buscándote —le anunció.

—Lo sé.

—¿Te dio el recado?

Jack asintió. Luego se alejó, pero la niña le siguió.

—¿Cuál era el recado? —quiso saber, curioso.

—Poca cosa. No preguntes, Susan. Apenas abres la boca que no sea para preguntar algo.

—¿De veras? —Ahora Susan estaba más interesada—. ¿Estás seguro? Oh, esto también es una pregunta, ¿verdad? ¡Y esto!

Jack hizo una mueca y la dejó. Sí, había recibido el mensaje de Twigg. Éste le habló de los tejones, diciéndole que pronto vendría el frío y que aquellos animales empezarían a invernar. Él saldría aquella noche, por lo tanto, si el muchacho deseaba acompañarlo, podría observar los tejones a la luz de la luna.

Jack le escuchó en silencio, inquieto y mirando a su alrededor por si su padre le sorprendía hablando con Twigg. Sabía que su obligación era decirle al viejo que se largase, pero no se resolvía a ello. Al fin y al cabo, el pobre hombre había venido a prestarle un favor.

—¿Vendrás esta noche, muchacho? —insistió Twigg ante el silencio de Jack.

—No lo sé. Creo que no. Mi padre me está poniendo las cosas muy difíciles, Twigg. Lo siento, pero no es culpa mía.

—De acuerdo, hijito. Por lo visto, últimamente tengo muchos enemigos. Bueno, si no vienes, tampoco iré yo. Es tu última oportunidad de ver los tejones. Si acaso te decides, te esperaré en el sitio de costumbre.

Se fue y Jack lo contempló. Sabía todo cuanto se decía de Twigg y Tommy Lane y sus robos, y que más pronto o más tarde el policía Potts los arrestaría. Y éste sería el final de sus secretas excursiones.

Encontró al cartero cuando volvía a casa y recibió tres cartas. Una para su padre y dos para su madre.

Era ya casi de noche. Jack fue a lavarse y luego se reunió con la familia en la salita. Su madre acababa de encender el quinqué y su luz amarillenta se esparcía por toda la estancia.

—Gracias, Linnie —dijo su padre, abriendo la carta.

Jack sacó sus deberes colegiales y se sentó para hacerlos. Cyril terminaba los

suyos. Jane y Melisande estaban discutiendo por algo de la escuela y Susan y Roderick se hallaban enzarzados en una de sus interminables partidos de damas, mientras «Meneítos» los contemplaba interesado, como si supiera jugar. Susan afirmaba que de poder usar las fichas adecuadamente con sus patas, «Meneítos» podría jugar, pero sólo Roderick se tragaba esta bola.

El señor Longfield lanzó una exclamación. Al momento, todos volvieron la cabeza hacia él, y Jane y Melisande cesaron en su discusión.

—¿Qué pasa, querido? —preguntóle la señora Longfield, dejando de zurcir.

El señor Longfield se lo explicó:

—Oye esto. ¿Conoces Holly Farm?

—Sí, claro. Un lugar muy bonito, aunque mucho más pequeño que nuestra granja, que está a unos cuatro kilómetros de aquí. ¿Qué pasa?

—Está en venta —le explicó su marido—. ¡Por primera vez en muchos años! Es de Roker, como sabes. Bien, esta carta es suya. Desea saber si me interesa.

—¿Interesarte? ¿Por qué ha de interesarte la granja Holly? —Su esposa estaba asombrada—. Ya tenemos una muy hermosa, Peter.

—Sí, pero piensa en aquélla. Es un lugar encantador, con luz eléctrica, agua caliente, buen sistema de drenaje... todo muy moderno.

Su esposa lo meditó, lo mismo que los muchachos. Susan de repente exclamó alarmada:

—¡Papá! ¿No irás a dejar Mistletoe, verdad?

—Bueno, no sé... —Su padre se rascó la cabeza—. Pensad en el trabajo que aquí tiene vuestra madre... y también Dorcas. Hay que limpiar y llenar todos los quinqués, una gran cocina que fregar, sin grifos de agua, excepto el de agua fría del baño y otro abajo, sin gas para guisar. Yo he oído cómo vuestra madre se ha quejado cien veces por estas deficiencias.

Jane, Jack y Susan contemplaron a su madre con el temor retratado en sus semblantes.

—Mamá —preguntó Jane, temblorosa—, ¿no dirás que sí, verdad? Queremos tanto a nuestra granja... Conocemos... conocemos todos sus amados rincones.

Jack le espetó a su padre con reproche:

—Papá, ¿cómo se te ha ocurrido esta idea? Me has contado a menudo que esta granja perteneció a tu padre y a tu abuelo, el cual ya nació aquí, y que su padre hizo construir la L de la casa. ¿Cómo puedes pensar en abandonarla? Yo pensaba que algún día también sería mi granja.

—No quiero dejar Mistletoe —replicó el padre—. Pero vuestra madre tiene aquí mucho trabajo, por ser ésta tan antigua. Tal vez dentro de unos años tendremos electricidad y agua caliente, pero mientras tanto la granja Holly es estupenda, y ahora tenemos la ocasión de hacernos con ella.

—Bueno, entonces es mamá la que debe decidir —resolvió Jack, sombríamente—. Lo que tú dices es cierto, papá. Esto es muy pesado para mamá y Dorcas, y más

ahora que ésta está enferma.

Y todos los ojos se volvieron hacia la señora Longfield. Ésta dejó a un lado su bolsa de costura y contempló a toda su familia. Hasta Melisande y sus hermanos estaban pendientes de sus palabras.

—No puedo decidirlo en un instante —dijo—. ¿Tengo que hacerlo inmediatamente, Peter? Y aunque acepte, tampoco podríamos trasladarnos en seguida, porque la granja Holly es muy pequeña y no habría sitio para Melisande, Cyril y Roderick. ¡Y no podemos abandonar ahora a estas pobres criaturas que carecen de hogar propio!

Esto era aún más alarmante y los tres primos se contemplaron consternados. Su tía sonrió.

—No os preocupéis. No os dejaremos. Pero, oh, querido Peter... Holly Farm es tan moderno y pequeño que resulta una tentación... ¡Sí, te lo aseguro!

—Pensar en dejar el estanque y las carpas y los árboles frutales y el viejo membrillo y el granero... y todo... —musitó Susan con voz tan triste que su madre se echó a reír.

—No sería tan malo como todo eso —la animó.

—Claro que no —corroboró Melisande—. Nuestra casa sí se incendió, convirtiéndose en una ruina.

—Sí, pero tuvisteis la suerte de poder venir aquí —replicó Susan, resuelta—. ¡Y esto es muchísimo mejor que Three Towers!

—Bueno, Linnie —concluyó el esposo, doblando la carta—, tienes una semana para pensarlo. No corras. Elige lo que desees. Quiero que lo decidas tú sola. Has trabajado mucho por nosotros todos estos años, y ahora, si crees que puedes llevar mejor otra casa más sencilla y moderna, la tendrás. ¡Te lo mereces, Linnie!

Capítulo XXII

Una noche con Twigg

Jack no pudo conciliar el sueño aquella noche pensando en la granja Holly. No podía soportar la idea de dejar Mistletoe. Amaba mucho a su granja y siempre había pensado que sería suya.

«La tengo en los huesos —pensaba el muchacho, dando vueltas y más vueltas en la cama—. Vaya, si todavía hay el muérdago que crece en los viejos robles de Top Field, y que le dieron su nombre a la granja hace unos ciento cincuenta años^[2]. Papá no sería feliz en Holly Farm. Ni yo. Aunque mamá merece una casa moderna».

Cyril se incorporó, enfurruñado.

—¡Por favor, Jack! No pienso quedarme despierto toda la noche. ¿Qué te pasa?

—Bien, no lo sé. Es por lo de la granja.

Acto seguido, Jack le pegó un puñetazo a la almohada.

—Tranquilízate. Tu madre solucionará el asunto, y casi podría decirte cómo, aunque tal vez ella no lo sabe todavía.

—A las mujeres les gustan estas cosas, como la luz eléctrica y el gas —gimió Jack—. ¡Oh, hoy no podré dormir!

—Está bien, entonces levántate y da un paseo, como hace Benedict cuando tiene insomnio —le aconsejó Cyril—. ¡Pero, por favor, déjame dormir!

—De acuerdo, me levantaré —aceptó Jack la sugerencia, acordándose del mensaje de Twigg. Se deslizaría por el membrillo y se reuniría con él. Vería los tejones, se fatigaría y volvería a meterse en cama.

Sabía que su padre le había prohibido verse con Twigg, pero ahora Jack no se sentía muy inclinado a obedecerle. Estaba enojado con su padre por haber hablado siquiera de Holly Farm. Se vistió y se asomó a la ventana.

—Bajaré por el membrillo —le manifestó a Cyril, que aún estaba despierto.

—No necesitas decírmelo. ¡Ya te he visto otras veces! —Díjole Cyril, ante la sorpresa de Jack—. No importa. Nunca te delataré, idiota. Supongo que vas a ver a Twigg, aunque no entiendo cómo puedes tener amistad con un ladrón. Realmente, no lo entiendo.

—¡Es mucho mejor persona que tu maldito ermitaño! —replicó Jack—. ¡Ese tío de las melenas!

Desapareció en la noche. Cyril se dispuso a dormir con un gruñido de alivio. Nadie oyó cómo Jack se escurría por el árbol, excepto «Meneítos», que al captar el olor de Jack volvió a recostarse, satisfecho.

Jack se abrió paso hasta donde estaba Twigg.

—¡Chist! —le siseó el viejo—. Por aquí.

Condujo a Jack por el bosque, y luego por otro donde en primavera las primulas florecían a centenares.

—Ahora, silencio —le aconsejó, con una mano sobre un brazo del joven. «Señor Potts», que estaba pegado a Twigg, husmeó delicadamente y gimió dulcemente.

—Los ha olido —murmuró el viejo—. Tenemos el viento a favor, por esto los tejones no pueden ventearnos. Ahora, quédate quieto.

Pero los tejones no aparecían, aunque por lo visto «señor Potts» los olía.

—Estarán en su cubil —murmuró Twigg—. Sentémonos y esperemos.

Un murciélago chocó contra la cabeza de Jack, el cual pegó un salto. Las alevillas nocturnas parecían brillar a la luz de la luna. Un conejo pasó tan cerca del «señor Potts» que éste se sobresaltó, pero no intentó atraparlo.

Jack empezó a susurrarle a Twigg, contándole lo de la granja Holly. Era un consuelo poder confiarse a alguien. Twigg le escuchó en silencio.

—Es una granja de juguete —dijo cuando Jack terminó—. Mistletoe sí que es una granja hermosa. Tu abuelo y bisabuelo vivieron en ella. Está en la sangre y los huesos de los Longfield. No la dejes, Jack.

El muchacho guardó silencio largo rato. Él y Twigg tenían muchas cosas en qué pensar. De pronto «señor Potts» se movió ligeramente y los agudos ojillos de Twigg se fijaron en la orilla del río. Le dio un codazo a Jack.

—¡Chist!

Entonces, el chico divisó a los tres tejones, con sus cabezas estriadas en blanco y negro, moviéndose a la luz de la luna, a veces muy difíciles de percibir.

«Señor Potts» parecía estar ausente, tan quieto estaba. Realmente era un perro maravilloso. Jack estaba seguro de que «Meneítos» no habría conservado aquella inmovilidad. Los tejones daban vueltos, husmeando. Parecieron sostener una conferencia y uno de ellos se marchó.

Los otros dos se dedicaron a escarbar en una zanja.

—Tal vez buscan musgo y hojas para disponer su madriguera de invierno —murmuró Twigg al oído de Jack—. Se acerca el momento de su hibernación.

El tercer tejón regresó poco después y hubo otra conferencia, acompañada de gruñidos. Después, el mayor de todos, alzó su cabeza hacia la luna y husmeó el aire suspicazmente... e inmediatamente los tres tejones se internaron entre los arbustos, desapareciendo.

—Al fin nos han olido —lamentó Twigg—. Bueno, al menos has podido verlos bien. Son muy graciosos. ¡Y muy limpios! Cuando se despiertan de su sueño invernal, sacan sus pesebres al aire.

Jack rió, aunque no estaba de buen humor. El pequeño intermedio de los tejones había apartado sus pensamientos de la granja y el temor de perderla, pero ahora volvía a estar inquieto.

—Esta noche estás preocupado, Jack —le dijo Twigg, bondadosamente—. Será mejor que te vayas a la cama y duermas bien. Contra todas las angustias no hay nada

como un buen sueño.

—No podré dormir —replicó Jack, malhumorado—. Sé que no podré. ¿Adónde vas tú, Twigg?

—Pues hacia cosa. ¿Pero qué te parece un buen paseo? Te cansarás y después podrás dormir de un tirón. Vamos. La noche es tranquila y serena. Y ya sabes que el viejo Twigg no se lo dirá a nadie.

«¡Buen viejo Twigg!», pensó Jack.

Echaron a andar, seguidos por el fiel «señor Potts», como de costumbre. Jack no tenía ganas de hablar, ni Twigg tampoco. Pero para pasar el rato, habló al joven de cómo su padre, su abuelo y su bisabuelo ya vivían en la región y habían trabajado para los Longfield.

—Y mi abuelo solía decir que él y tu bisabuelo cortaban el muérdago de los robles y lo llevaban a la granja cada Navidad. Ah, también yo tendría mucha pena de ver cómo los Longfield se van de Mistletoe. Lástima que tu padre no puede llevar dos granjas, muchacho.

—Esto de nada serviría si nos íbamos a vivir a Holly —le respondió Jack—. Yo no quiero dejar Mistletoe, aunque siga perteneciéndonos. ¿Oh, por qué habrá escrito la carta el señor Roker, ofreciéndole su granja a papá?

—Supongo que el señor Roker es ahora un hombre acaudalado —reflexionó Twigg—. Todo le va bien desde hace seis años. Y sus animales han alcanzado los mejores precios del mercado. Hoy estuve allí y sus potrillos se cotizaron muy alto. Claro que tiene un semental muy bueno, todo un campeón...

Twigg continuó hablando a fin de tranquilizar al muchacho. Durante dos horas anduvieron bajo la luz de la luna, mientras los ojillos de Twigg captaban todos los movimientos del bosque y «señor Potts» metía de cuando en cuando el hocico dentro de un agujero en busca de conejos.

Jack acabó por sentirse cansado, y le dio las buenas noches al viejo.

—Eres un buen amigo, Twigg. Siento que papá te haya echado de su granja. Pero no te conoce como yo.

—Tal vez me conozca mejor —suspiró el viejo, con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes—. Adiós, Jack. Son ya las tres.

En efecto, las campanadas del reloj de la iglesia resonaron en el aire. ¡Las tres! Jack bostezó, cruzó el patio y se encaramó por el membrillo. Cyril no se movió. Dormía profundamente. Lo cual no tardó en hacer el propio Jack.

Se despertó al levantarse Cyril.

—¿Ya es la hora? —preguntó, soñoliento.

—Sí. Y algo más tarde. Vamos, que aún tenemos que terminar los deberes. Sí, «Meneítos», ya bajamos. ¡Gracias por despertarnos!

«Meneítos» siempre despertaba a los muchachos cuando se retrasaban. Ahora colocó sus patas sobre la cama de Jack, y solemnemente le lamió la nariz, ayudándolo a abrir los ojos.

Los muchachos se apresuraron a terminar sus deberes, devoraron apresuradamente el desayuno y salieron para la escuela Jack montó en «Sombrita» y Cyril fue en busca del autobús. No podía perder ni un instante. Los otros no llegarían tan tarde, y además disponían de más tiempo.

Jack tuvo que hacer un recado para su madre en el pueblo al salir del colegio aquella tarde, por lo que llegó con retraso a casa. Susan y Roderick le aguardaban, con los semblantes angustiados.

—¡Ya está! —le gritó Susan, precipitándose a su encuentro.

—¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a «Meneítos»? Estás muy triste... Oh, no. ¡Aquí, «Meneítos», ven aquí!

—Jack, ha sucedido algo espantoso.

—¿Qué? —inquirió Jack, quitándole la silla a «Darkie».

—Twigg está en la cárcel —le explicó Susan.

Jack la contempló alarmado y abrumado por el pesar.

—¿Que está en la cárcel? Deja de llorar y cuéntame.

Fue Roderick quien habló:

—Anoche le robaron al señor Roker su dinero... El dinero que le dieron en el mercado por sus potrillos.

Jack parecía haberse vuelto de piedra. Estaba pensando aceleradamente.

—¿A qué hora? ¿Lo saben?

—Sí. El señor Roker oyó ladrar a sus perros a la una y media. Y cuando bajó, halló abierta su caja de caudales y que el dinero había volado. Creen que el ladrón trepó por un desagüe y se coló por la ventana de arriba.

—¡La una y media! —exclamó Jack, aliviado. ¡Entonces no había sido Twigg! ¡Gracias a Dios! Él estaba con Twigg a la una y media, andando por el bosque y escuchando la charla del viejo amigo.

De pronto se vio asaltado por otra idea.

—¿Pero por qué han arrestado a Twigg? No ha sido él quien robó el dinero. Esto lo sé. ¿Qué derecho tenía Potts a encarcelarlo?

—Alguien vio a Twigg cerca de la granja Holly después de la una —le explicó Susan, secándose los ojos con la manga de su vestido.

—¿Quién le vio? —se admiró Jack.

—No lo sé —confesó la niña—. Bien, Twigg no estuvo en su cabaña anoche. Y además, había alguien con Twigg y dicen que era Tommy Lane.

Jack estaba estupefacto. Ni él ni Twigg se habían acercado a la granja Holly del señor Roker. ¿Cómo podía afirmar alguien que Twigg estaba allí a la una... con alguien que debía ser Tommy Lane?

Se sintió casi dispuesto a contarles toda la verdad a los dos niños, pero se contuvo. Sentía cierto temor en su cerebro. Twigg había sido arrestado. ¿Y si él llegaba también a verse en apuros? ¿Y si alguien creía que en realidad había ayudado al viejo a asaltar la granja? ¿Y si le tomaban por cómplice?

Sintiéndose mareado, Jack frotó bien a «Sombrita» y luego fue a tomar el té. No tenía apetito, pero se obligó a comer para que su madre no se fijase en él. ¡Qué mala suerte haber escogido para salir con Twigg otra vez una noche en que se había cometido otro robo!

Su padre alzó la vista del periódico y observó la contristada cara de Jack mientras comía. Sabía que Jack era amigo de Twigg y que el chico estaba trastornado por la noticia del arresto.

—Lo siento por Twigg —exclamó—. Sabía que lo atraparían algún día. ¡Debió limitarse a robar gallinas! Ahora comprenderás lo prudente que fui al prohibirte que volvieras a verlo. ¡Supongamos que hubieras estado con él anoche! Ahora te verías envuelto en este horrible asunto.

Jack se atragantó. No podía tragar ni una sola miga más de pan. Hubiera querido confesar toda la verdad, asegurando que el viejo no había estado cerca de la granja Holly y que no era un ladrón. Pero estaba asustado. Además, quería meditar. Y tenía que averiguar si Twigg había confesado que estuvieron juntos los dos la noche pasada. Lo cual haría que soltasen inmediatamente a Twigg... si es que era creído.

—¿Sabes quién vio a Twigg cerca de la granja Holly, papá? —inquirió Jane.

—Oh, sí... fue el amigo de Cyril... no recuerdo cómo se llama. Ben... no sé qué... el de las melenas —contestó su padre.

—Benedict —le recordó Jane.

—Sí. Por lo visto, estaba dando una de sus acostumbradas vueltas por el campo y descubrió a Twigg y a otra persona junto al granero de la granja.

—¿Ha cogido a Tommy Lane también el señor Potts? —volvió a preguntar la muchacha.

—No. Al parecer, ese Benedict sólo reconoció a Twigg. Pero si el otro era Tommy, no tardará en verse también en la cárcel.

Jack sintió un arrebató de ira contra Benedict. ¡Qué embustero! ¿Cómo se atrevía a decir algo semejante? Probablemente divisó a dos figuras que se escondían, y creyó reconocer en una de ellas a Twigg, y por esto, el pobre viejo estaba ahora en la cárcel, siendo perfectamente inocente. Bien, lo que importaba era: ¿si Jack acudía a socorrer a su amigo, proclamando la verdad, valdría su palabra contra la de Benedict? Y si creían a éste, ¿no meterían también en la cárcel a Jack por suponerlo mezclado en el robo?

Dejó el té y subió bruscamente a su cuarto. Luego salió a la luz del crepúsculo. Una figura oscura se destacó de las sombras, yendo hacia él.

—¡Chist! —le llamó la figura. Jack se sobresaltó, pensando por un instante que era Twigg que se había fugado de la cárcel. No era así. Se trataba de Tommy Lane, el viejo y fiel amigo de Twigg.

—Soy yo, Tommy. Hoy he visto a Twigg. Y me dio un recado para ti. Tienes que mantener la boca cerrada sobre lo de anoche. Él no ha confesado que estuvo contigo. Tú tampoco digas nada.

—Sí..., pero, Tommy, yo podría salvarlo. ¡Sólo con que me crean...!

—Twigg afirma que podrías verte envuelto en un lío —repuso Tommy—. Y todavía eres muy joven. No querrás crearte una mala reputación, ¿verdad? Tienes que pensar en tus padres.

—Pero Twigg está en la cárcel y allí se pudrirá, a menos que yo logre hacer que todos crean que anoche no se acercó para nada a la granja Holly —tartamudeó Jack.

—Sí, allí se quedará —repitió Tommy—. Pero dice que no te inquietes. Lo pasa muy bien. Claro que también me ha dicho que tú y yo nos ocupemos de este asunto. ¡Tenemos que encontrar al verdadero ladrón! ¡Si aquel tipo, como se llame, asegura que vio a nuestro amigo cerca de la granja Holly, anoche, entonces es él a quien debemos seguir la pista!

—Sí, me encantará poder descubrir algo —asintió Jack, lanzando un suspiro de alivio—. ¿Por dónde podríamos empezar, Tommy?

—Mañana es sábado. Tú y yo saldremos juntos. ¡Pero no les digas nada a nadie! ¡Buenas noches!

Capítulo XXIII

Un trabajito detectivesco

Cyril habló muy poco con Jack aquella noche. Sabía que su primo había estado con Twigg, y comprendió la angustia que el muchacho experimentaba con aquel asunto. Ignoraba si Jack le había confesado la verdad a su padre, y se sorprendió al saber que no.

Jack le habló a Cyril aquella noche en la cama.

—Ese indigno amigote tuyo ha mentido al afirmar que vio a Twigg cerca de la granja Holly anoche. No fue él. Yo estuve en su compañía hasta las tres. Oímos el reloj de la iglesia y ninguno de los dos estuvimos cerca de Holly.

—¿Entonces por qué no se lo cuentas a tu padre?

—Porque quiero descubrir quién está en el fondo de todo esto —replicó Jack—. Y déjame que te diga una cosa: desconfío mucho de Benedict por haber afirmado que vio a Twigg. Si vio a alguien, no fue a mi amigo. Por lo tanto, ese tipejo de la barba y las melenas es un embustero y una mala persona.

—Debe estar seguro de haber visto a Twigg —repuso Cyril, con paciencia—. Lo ha visto muchas veces. Hoy mismo me ha dicho que está seguro de que era Twigg. Y alguien más a quien no pudo ver.

—¿Pero cómo pudo ser Twigg, si éste estaba conmigo muy lejos de Holly Farm? —gritó Jack, desesperado.

—¡Chist! Calla, o subirá tu padre. Espero, Jack, que no seas tú la persona que estuvo con Twigg en Holly Farm. Si ni tú ni él estuvisteis allí, no comprendo por qué no proclamas toda la verdad y libras al viejo de la cárcel.

—Porque sería mi palabra contra la de Benedict, y la palabra de un adulto vale más que la de un chico —contestóle Jack, siempre en voz alta—. Ya te lo he dicho: veremos qué logro descubrir de todo este galimatías. ¡Y conseguiré que tu amiguito se trague sus mentirosas palabras y admita que no fue a Twigg a quien vio!

—Benedict no miente —arguyó Cyril—. Desprecia esta clase de bajezas. Tú no tienes idea de cuál es su cultura. Me gustaría que hablases con él. Estoy seguro de que fue a Twigg a quien vio anoche. Y opino que sólo tratas de salvar al pobre viejo diciendo que estuviste siempre con él y que no os acercasteis a la granja Holly.

Jack sintió tal arrebató de cólera que le hubiera gustado pegarle a Cyril. Apretó los puños y acabó por tumbarse en la cama, para calmarse. No serviría de nada pelearse con su primo. Por el contrario, alarmaría a la familia y todo se vendría abajo.

Cyril intuyó el furor de su primo. Lo sentía por Jack, pero sólo creía a medias su historia, estando seguro de que pretendía salvar a Twigg.

—Iré contigo mañana y veremos si descubrimos algo —se ofreció al fin.

—De acuerdo —aceptó Jack, ya más aplacado—. Gracias. Tommy Lane también vendrá. Y nos llevaremos a «Meneítos». Tal vez husmee algo.

Y así, a la mañana siguiente, Jack montado en «Sombrita» y Cyril en «Pies Ligeros», prestado por Jane, salieron de la granja, seguidos por «Meneítos». Tommy Lane vino al encuentro de ambos primos, al final del sendero que conducía a Holly Farm.

Estaba allí, encorvado y tembloroso, y oliendo fuertemente a pescado. Obviamente, no hacía mucho tiempo que había habido alguna trucha en su zurrón.



—Buenos días, amiguitos. ¿Queréis primero pedir permiso para husmear un poco? No queremos tener ningún conflicto con los perros de la granja, ¿verdad? Ni con el señor Roker.

Éste se presentó al momento con sus dos mejores perros.

—Buenos días —les saludó—. ¿Vienes a echar una ojeada a mi granja, Jack, muchacho? Todavía no he tenido noticias de tu padre. Espero que se quede con esto. Es una granja excelente, como sabes... y la casa es la envidia de todas las mujeres del contorno.

—Mi madre es la que tiene que decidir, señor —contestó Jack—. ¿Puedo dar un vistazo? Gracias. Y... eh... creo haber oído decir que fue usted víctima de un robo la otra noche. ¿Por dónde cree que penetró el ladrón?

—¿Ves aquella ventana? —El granjero le señaló una pequeña ventana del primer piso—. Es la única que estaba abierta aquella noche, por lo que supongo que entró por ella. Todas las puertas estaban cerradas, según costumbre. No dudo de que fue

Twigg..., ¡aunque tuvo que mostrarse muy ágil para trepar por aquella cañería!

Tommy Lane se había eclipsado ante la llegada del granjero, pero tan pronto como éste se marchó, reapareció.

—Se ha llevado los perros consigo —exclamó, satisfecho—. ¡Vamos, chicos!

Los primos trabaron los caballos y penetraron en el patio. Todo estaba limpio, bien conservado y presentaba un aspecto moderno y seductor.

La casa había sido encalada recientemente y era sumamente atractiva.

—Es como una granja de juguete —comentó Jack—. ¡No es de veras!

—Pues a mí me gusta —confesó su primo—. No me convence tener que soportar toda la mugre de Mistletoe. No entiendo por qué las granjas tienen que estar siempre sucias. Y ésta debe ser muy fácil de cuidar... no como la vuestra, que toda se cae a pedazos.

—Tú no has vivido toda tu vida allí como yo —replicó Jack, con orgullo—. No está en tus huesos como en los míos. Tú eres un muchacho de ciudad y no puedes comprenderme.

—No, cierto. Vamos, «Meneítos». ¡Investiga un poco!

Dieron la vuelta a la casa, Tommy Lane a la retaguardia, sin que sus ojos perdiesen ni un detalle.

Llegaron al parterre de flores situado debajo de la famosa ventana del primer piso. Jack y Tommy inspeccionaron cuidadosamente el suelo. No se veía tierra removida.

—No parece que un ladrón hubiese pisado por aquí —comentó Jack, sorprendido—. Pero tuvo que agarrarse a la tubería.

—Pues no fue así —rezongó Tommy. Indicó el lecho de flores—. Basta, «Meneítos». ¿Hay algo?

El perro husmeó concienzudamente, pero no halló nada interesante. Meneó la cola y levantó la mirada inquisitivamente, como preguntando:

—¿Y ahora, qué?

—Es muy raro —se extrañó Cyril—. No parece que el ladrón entrase por ahí.

—Bueno, en realidad no es el camino que emplearía Sam Twigg —admitió Tommy Lane—. Tiene reuma en la espalda y estoy seguro de que el hombre no puede trepar por una cañería.

—Entonces, debió entrar por otro sitio —replicó Cyril, y Jack se enfurruñó. ¡Sabía perfectamente bien que Twigg no había estado en la granja!

Continuaron dando lentamente la vuelta a la casa. Y llegaron a la alquería. La puerta estaba abierta y la señora Roker estaba dentro, haciendo mantequilla.

—Hola, muchachos. ¿Venís a visitar Holly Farm, por si os la quedáis?

Jack sonrió cortésmente.

—Esto es cosa de mamá. Por el momento, Cyril y yo estamos intentando descubrir por dónde se coló el ladrón la otra noche.

—¡Ojalá pudierais devolvernos el dinero! —suspiró la buena mujer—. Sé que han

registrado la casita y el huerto de Twigg, pero sin hallar nada.

Tommy Lane se había escondido detrás de un arbusto que crecía junto al muro de la alquería. Era un arbusto muy espeso, pero lleno de pinchos.

—Estoy segura de que el ladrón entró por aquí —continuó diciendo la señora Roker—. E incluso se comió un poco de nata y volcó un plato. Mi esposo afirma que esto fue cosa de «Sally», la gata, pero ésta no pudo entrar porque yo cerré la puerta que da a la casa, como hago siempre.

Un timbre sonó en alguna parte.

—El teléfono. Perdonadme un momento.

Y la mujer se marchó a contestar la llamada. Desde fuera les llegó a los muchachos el familiar siseo.

—¡Chist!

Era Tommy. Su arrugado semblante se asomaba por detrás del espino. Los dos chicos se le acercaron. El viejo señaló en silencio la tierra donde crecía el espino.

Alguien había estado allí..., ¡alguien que tenía unos pies muy grandes!

—No son mis huellas —les explicó Tommy, excitado—. ¿Veis? Éstas son las mías. Yo tengo los pies más pequeños que Twigg. Supongo que la otra noche aquí se escondió alguien. Sí, y fue el mismo que penetró en la alquería y se comió la nota.

«Meneítos» estaba muy interesado en aquellas huellas. Las olió y después intentó patear encima, pero los muchachos se lo impidieron al punto. Tal vez fuesen una pista valiosa. Jack señaló una huella más clara que las demás.

—Fijaos... Es una curiosa impresión... No tiene la forma del pie de Tommy o el mío..., sino que es muy ancha y lisa. ¡Es la huella de una sandalia!

Lo era. Silenciosamente, Jack se arrodilló, la midió de extremo a extremo y anotó la longitud. Después realizó un tosco boceto y lo guardó en su cartera.

—Por lo visto, el ladrón esperó aquí hasta que no hubo moros en la costa, y entonces penetró en la alquería —le explicó a Tommy—. No pudo pasar por las ventanas de esa construcción, ya que son demasiado pequeñas. Tuvo que penetrar por la puerta.

La señora Roker no volvía. Los muchachos, Tommy y el perro entraron en la impecable alquería. Miraron en torno, buscando el sitio donde podía haberse ocultado el intruso. En un rincón había una enorme alacena. Jack fue hacia ella.

La abrió y miró dentro. Estaba atiborrada de desechos, la pata de una silla, un paraguas viejo, toda clase de trastos inútiles y un montón de cortinajes viejos.

—Pudo esconderse aquí, bajo estas cortinas —observó Jack.

Entró en la alacena y miró en torno. Recordó que llevaba una linterna y la encendió.

En efecto, parecía como si alguien hubiese pisoteado las cortinas. La linterna de Jack viajó por el interior de la alacena. Y estaba a punto de apagarla cuando divisó algo. Lo cogió y salió.

Era un pedazo de tela blanca... seguramente un pedazo de cortina. «Meneítos» la

olió y lanzó un leve ladrido. Había reconocido el olor.

Jack estudió aquel fragmento de tela. ¿Dónde había visto antes algo semejante? ¡Claro! ¡Era del mismo material que la túnica del ermitaño! ¡Seguro!

Se le encendió el rostro a medida que las ideas se iban perfilando en su cerebro. La huella de la enorme sandalia detrás del arbusto, este pedazo de tela, la mentira de Benedict respecto a la presencia de Twigg y otra persona en la granja a la una de la noche, su asistencia al mercado y sus conocimientos de las ventas efectuadas allí..., ¿podía ser él el ladrón? Iba a comunicarle sus sospechas a Cyril cuando se paró en seco.

Cyril lo negaría todo obstinadamente. Haría cuanto pudiese por apabullar a Jack y advertiría a Benedict. Era preferible no decir nada.

El muchacho volvió a mirar la alquería. Observó los platos de nata dispuestos en una mesita cerca de la alacena y otros en los estantes de la pared. No sabía qué plato habían volcado la otra noche, pero como en aquel momento llegó la señora Roker se lo preguntó.

—Uno que había en la mesa cerca de la alacena —le indicó ello—. Como si alguien hubiese sufrido un sobresalto, y hubiese hecho caer lo nata. Todo el suelo estaba manchado.

—¿Cerró la puerta de la alquería la otra noche, señora Roker?

—Oh, sí. Siempre lo hago yo misma.

—¿Y estaba aún cerrada cuando vino usted aquí al día siguiente?

—Sí. Pero la llave había caído de la cerradura y estaba en el suelo —admitió la mujer—. ¿A qué vienen tantas preguntas, Jack? ¡Ningún ladrón podría pasar por una puerta cerrada!

—Lo sé —reconoció Jack.

Pero mentalmente empezó a reconstruir los hechos. El ladrón se había escondido detrás del espino hasta que pudo penetrar en la alquería sin ser visto. Entonces se ocultó en la alacena. Por la noche, salió de su encierro, olvidándose de la mesa con los platos de nata y haciendo volcar uno. Acto seguido, entró en la casa, robando el dinero de la caja —debía poseer una llave maestra—, y huyó por la puerta de la alquería, por el simple procedimiento de abrirla, retirando la llave, cerrando desde fuera y empujando la llave por debajo de la puerta para hacer creer que se había caído por el otro lado.

Había un amplio espacio entre el suelo y el extremo de la puerta, suficiente para hacer pasar una llave. ¡Muy hábil! Jack ya sabía cómo se había cometido el robo. No era extraño que no hubiese señales bajo la ventana. El ladrón no había trepado hasta allí en absoluto.

No quedaba ya nada más por averiguar en la granja, por lo que los primos se despidieron de la señora Roker, y cuando estuvieron en el patio se les reunió Tommy, el cual había vuelto a desaparecer ante la presencia de la dueña de la casa.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Cyril, mientras se dirigían a los caballos—. ¿A

casa?

—No —replicó Jack—. Yo no. Tú sí. Yo tengo que hacer en otra parte.

—¿Dónde? —quiso saber Cyril con voz estrangulada. Estaba pálido.

—No importa —contestó Jack, montando a «Sombrita».

—Jack, sé adonde vas. ¡Estás pensando en Benedict! Sé lo que piensas..., ¡pero estás equivocado! Es increíble que tenga nada que ver con todo esto. Este pedazo de tela puede ser de otro vestido..., ¡y muchas personas también llevan sandalias!

—Sí, y esto es lo que voy a averiguar en la cueva. Si este pedazo no encaja con la túnica de Benedict y sus sandalias no concuerdan con mis medidas, entonces nada tengo contra él. Pero no olvides que contó deliberadamente una mentira contra Twigg, Cyril. ¡No lo olvides! ¡Y yo tengo una evidencia mucho más consistente contra Benedict que la que tienen contra el pobre Twigg!

Tommy Lane lo escuchaba todo, atónito. Y cuando Jack subió sobre «Sombrita», le gritó al muchacho:

—¡Eh, yo también voy! Subiré a la grupa del caballo. Mi peso no perjudicará mucho a «Sombrita». Pero este asunto es tan mío como tuyo. ¡Déjame subir!

Capítulo XXIV

¡Al fin, el ladrón!

Jack permitió que el viejo subiese a la grupa de «Sombrita». ¡Cuanto más fuesen, mejor! Benedict tal vez intentase agredirles, y Cyril quizá no sirviese de ninguna ayuda. Miró a su primo y le sorprendió verle tan pálido y sobrecogido.

Fueron galopando hasta Long Acre Hill. Desmontaron entre un grupo de árboles próximos a la cueva donde vivía Benedict y ataron los caballos. Luego, continuaron a pie hasta la cueva.

—Llámalo —le ordenó Jack a su primo.

Cyril llamó a su amigo con voz aguda y temblorosa. No salió nadie. Volvió a llamar. Silencio.

Los muchachos y Tommy fueron hasta la entrada de la cueva y atisbaron adentro. La cueva se alargaba oscura y estrecha, pero no seductora. Tal vez estuviese bien en verano, pero ciertamente no era acogedora cuando hacía frío.

Jack encendió su linterna y paseó la luz por todo el antro. Estaba curiosamente vacía. Las mantas habían desaparecido de la piedra que servía de cama. Había unos cuantos libros amontonados de cualquier modo, y unos cuantos cacharros diseminados por el suelo. Doblada en un rincón se hallaba la túnica blanca del ermitaño.

—Se ha ido —proclamó Jack.

—¡Imposible! —objetó Cyril—. Me lo habría dicho. ¡Nunca se habría marchado sin despedirse ni dejarme su dirección!

—¡Quizá prefirió no dejar ninguna! —comentó Tommy Lane, con sequedad.

Jack cogió la túnica y la desplegó. Estaba muy sucia. Y exactamente más abajo de la cintura había un agujero, un desgarrón. Silenciosamente, Jack hizo encajar el pedazo de tela blanca hallado en la alacena. Estaba claro que pertenecía a aquella prenda.

Cyril estaba blanco, temblando, asustado. Jack lo sintió por su primo. Arrojó al suelo la túnica y buscó por todas partes las sandalias del ermitaño.

Las halló al fondo de la cueva y las comparó con las medidas y el dibujo que llevaba en la cartera. Las sandalias encajaban perfectamente.

—No hay duda, Cyril. Era Benedict. Tienes que admitirlo.

Cyril dio media vuelta mareado. Tommy Lane lanzó una exclamación, desde donde estaba registrando.

—¡Eh! ¡Aquí hay una especie de cueva más pequeña!

Todos se aproximaron al lugar indicado. El viejo se había arrastrado hasta un pequeño espacio, que no era realmente una cueva sino un gran agujero.

Lanzó un grito.

—Aquí veo un agujero y algo metido dentro... ¡Esperad, voy a sacarlo!

Por fin lo consiguió. ¡Era una cosa muy extraña! Se trataba de dos gavetas para dinero, desportilladas, y tres cajitas para guardar semillas. Evidentemente, habían contenido monedas y billetes, y las habían hecho soltar para apoderarse de su contenido. Tommy encontró también un par de carteras de cuero, y un par de bolsas de lona de las que utilizan los bancos cuando tienen que transportar grandes cantidades de dinero en moneda.

Jack lanzó un silbido.

—¡Cáscaras! Esto lo aclara todo. Será mejor que vayamos a la policía... o mejor aún, que traigamos aquí a papá.

Cyril no dijo nada. Estaba temblando, con el corazón trastornado. ¡Pensar que un hombre a quien apreciaba y en el que tanto confiaba y creía, no era más que un vulgar ladrón! ¡Un canalla que no había dudado en enviar a la cárcel al pobre e inocente Twigg por algo que él había hecho!

—Yo iré a cosa a pie —exclamó con voz vacilante—. Tommy puede ir en «Pies Ligeros».

Jack le hizo una seña al viejo, el cual se encaramó al momento sobre el caballo. Acto seguido, descendieron por la montaña.

—Es duro, ¿eh? —comentó Tommy—. Amigos, ¿eh? Vaya, si tu padre hubiera echado de sus tierras a ese tipo de las melenas, lo habría acertado más que arrojando a Twigg de la granja.

El señor Longfield creyó el relato de los descubrimientos llevados a cabo por su hijo. Tommy apoyó todo lo dicho por Jack, asistiendo y exclamando: «¡Ah!» a cada palabra de aquél.

—Es el caso más extraordinario que he oído en mi vida —aseguró, cuando se hubo enterado de todo—. ¿Pero por qué diantre no me dijiste que aquella noche habías salido con Twigg y que podías responder por él? Seguramente, el hecho de haberme desobedecido te asustó, ¿verdad? ¡Y Twigg tampoco quiso delatarte! ¿Pero por qué?

Fue Tommy quien se lo aclaró.

—Dijo que Jack no era más que un muchacho y que no quería que cogiese mala reputación si la gente se enteraba de que aquella noche había estado con él. Sam Twigg aprecia mucho a su hijo, señor Longfield. No le perjudicaría por nada de este mundo. Antes preferiría consumirse en la cárcel.

El señor Longfield quedóse callado, recordando cómo le habían prohibido al pobre Twigg que penetrase en su granja. Aunque Twigg era un enigma. Le gustaba realizar actos contrarios a la ley... pero por otro lado demostraba que era una buena persona. ¿Y qué puede hacerse con un hombre así?

—Bien, tenemos que irnos —decidió, levantándose—. Primero hay que libertar a Twigg. Después, la policía tiene que perseguir a Benedict. Tendremos que ponernos

en contacto con Scotland Yard y relatar toda la historia. Y no hay duda de que su vida debe ser muy interesante, al menos en lo que concierne a los archivos policíacos.

—Cyril está completamente abatido —le explicó Jack—. Ya sabes que eran muy amigos.

—Cyril es tonto. Ya le advertí. Ésta será una buena lección para él. Es una lástima que los muchachos siempre escojáis malas amistades.

Jack no se atrevía a recordarle que Twigg era un buen amigo, y muy leal también. Quizá su padre tuviese razón. Un ratero siempre es un ratero... que está contra la ley.

—A un hombre se le conoce por sus compañías. Dime con quién andas... —agregó su padre—. Es un refrán muy viejo, pero que todos los muchachos debéis recordar.

A partir de entonces, todo se desarrolló rápidamente. El inspector de la inmediata ciudad ordenó a Potts que libertase a Twigg inmediatamente. Hubo una serie de interrogatorios con el señor y la señora Roker, con Twigg, con Tommy Lane, y con los dos muchachos, Jack y Cyril.

El inspector se puso en contacto con Scotland Yard, y no se tardó mucho en conocer todo el historial de Benedict, el ermitaño, el cual fue telefoneado a la granja Mistletoe. El inspector se lo contó al señor Longfield, el cual luego la refirió en versión resumida a Cyril y Jack.

—Es un tipo listo. Fue actor y un gran impostor. Goza de buena educación, es buen músico y estuvo en una orquesta como primer violín. Le gusta hacerse pasar por profesor y ha cometido muchos fraudes. Ha estado dos veces en la cárcel. Fingirse ermitaño es una buena trampa para despistar a la policía y ocultarse de la gente, pero como siempre necesita dinero para volver a reemprender su vida ordinaria, se dedica a despojar a los granjeros.

En resumen, ésta era la historia de Benedict. Los dos primos la escucharon en silencio, petrificados, asombrados, horrorizados. Cyril casi lloró al pensar de qué manera había sido engañado. ¡Cómo se habría reído de él Benedict en secreto! También recordaba Cyril las frecuentes preguntas formuladas por Benedict respecto a los granjeros y los días de mercado. Su interés, claro está, se basaba en la necesidad de descubrir cuáles eran los granjeros más acomodados y de qué forma podía desvalijarlos impunemente. Sus vagabundeos nocturnos servían para descubrir sendas y caminos escondidos. Había sido un toque de mano sabio complicar a Twigg en el último robo. El viejo había ido a parar a la cárcel y él había podido escapar.

—Bueno —añadió el señor Longfield—, naturalmente no se llama Benedict, sino Raymond Jones, nombre que en mi opinión le cuadra más que el otro.

—¿Lo atraparán? —quiso saber Jack.

—Sin duda. Le resulta imposible dejar de fingirse profesor y antes o después se descubrirá él mismo. La mayoría de ladrones tienen un punto vulnerable.

Dejó a los dos chicos y fue en busca de «Sultán» para dirigirse a la granja Holly y comunicarle a Roker las últimas noticias. Los muchachos se contemplaron

mutuamente. Jane y Melisande entraron en la habitación, como asustadas, seguidas de Susan, Roderick y «Meneítos».

—¡Oh, Cyril! —exclamó su hermana, rompiendo a llorar.

—¿Por qué gimes ahora? —Se enfadó Cyril—. ¡Yo sólo soy un idiota, un asno! Yo soy quien debe estar avergonzado. ¿Qué crees que siento ahora? ¿No me pavoneé de mi amistad con Benedict... es decir, con Raymond Jones, para darle su verdadero nombre? ¿No afirmé que teníamos las mismas inclinaciones y gustos? ¡Bah! No puedo ni pensarlo... Tendré mal sabor de boca toda mi vida. ¡Si esto es lo que produce la educación y la cultura, prefiero ser granjero!

—No es verdad, Cyril —terció su tía, que había oído sus palabras—. Fueron sus vicios y malas inclinaciones lo que hicieron a Benedict un granuja, no su educación ni su cultura... porque por lo visto era muy instruido. Deja de llorar, Melisande. ¡Siempre lloras a destiempo!

Melisande sorbió por la nariz y se secó los ojos.

—Lo siento tanto por Cyril...

—¡Pues yo no! —Gruñó el aludido—. Es la última cosa que sentiría. He sido engañado, me he sentido defraudado y prometo que no volverá a ocurrirme. No lo siento por mí. Me lo merezco todo. Por lo tanto, puedes ahorrarte toda tu simpatía, Melisande.

Su tía quedó agradablemente sorprendida ante la inesperada energía de Cyril y por sus palabras. Y se estaba preguntando cómo debía poner fin a aquella escena tan emotiva, cuando sonaron pisadas fuera. Todos miraron por la ventana.

—¡Son Richard y «Huracán»! —exclamó Susan. Y corrió fuera con Roderick y «Meneítos». Jane se contempló apresuradamente en el espejo. ¿Estaba bastante curiosa? Melisande huyó arriba, no queriendo que Richard viese sus enrojecidos ojos. Jack y Cyril salieron a recibirle.

—Hola —les saludó Richard, pareciendo muy recio y enérgico desde lo alto del caballo—. Me he enterado de lo que ha pasado aquí. Esa historia de la policía. Me ha parecido muy excitante y he venido a enterarme.

La señora Longfield sonrió. Era lo mejor que podía ocurrir. Todos se mostrarían tan excitados al contarle lo ocurrido a Richard, que se olvidarían de su propia participación en el asunto. Cyril se calmaría y Jack dejaría de estar preocupado.

Jane no tardó en cabalgar en «Huracán», gozando extraordinariamente con las excelsas cualidades del caballo. El policía Potts apenas logró hacerse oír cuando llegó a la granja con un mensaje.

—¡Aquí, señor Potts! —gritó Roderick, y Susan buscó al instante al perro de aguas de Twigg, quedándose desanimada cuando divisó al policía. Éste murmuró algo y desapareció para hablar con la señora Longfield.

—¡Oh, me gustaría que viniera Twigg! —suspiró Susan—. ¡Ojalá viniera! Con «señor Potts» siguiéndole. ¿No, Roderick?

Y por verdadera casualidad, Twigg llegó en el preciso momento en que se

marchaba el policía Potts.

La señora Longfield lo estaba despidiendo y se sobresaltó al oír el chillido de su hija:

—¡«Señor Potts», ven aquí! ¡Eres un bribón, «señor Potts»!

—¡Susan! —le riñó su madre, y el policía frunció el ceño. Entonces vio a Twigg, y el viejo a él. Éste estaba resentido por el arresto de que acababa de ser objeto, siendo inocente, y decidió demostrarlo a las claras.

—¡«Potts»! —le gritó al perro—. ¡Eres muy malo! ¡Eres un indeseable! ¡Tú sí que merecerías ir a la cárcel!

El policía Potts decidió marcharse por otro camino. Muy encolerizado, siguió el sendero de la cocina y cerró de un portazo la verja. Richard también se marchó montado en «Huracán», riendo todavía por la travesura de Twigg.

—Susan, ¿cómo has podido insultar de esta manera al pobre señor Potts? —le increpó su madre—. Estoy avergonzada de ti. ¿Quiere una taza de té, Twigg? Lamento lo de su arresto. Sin embargo, ya todo está aclarado. Vaya a pedirle a Dorcas un poco de té, de mi parte.

—Gracias, señora —murmuró Twigg, el cual se marchó a la cocina.

Jack corrió a su lodo.

—Gracias, Twigg, por no haberme delatado. Me alegro de que todo se haya puesto en claro. Papá me ha dado permiso para acompañarte siempre que quieras, ¿sabes?

—Tu papá es un buen hombre —reconoció Twigg—. Y Tommy y yo le apreciamos mucho. Buenos días, señora Dorcas. Una taza de té, por favor... de parte de su ama.

Capítulo XXV

Si los deseos se realizasen...

Después de la excitación del caso Twigg y el ermitaño, volvió a ponerse de actualidad el asunto de la compra de la granja Holly. La señora Longfield todavía no se había pronunciado en favor ni en contra. ¡Pero aún, estuvo visitando aquella granja!

—No habría ido si no pensara comprarla y desprenderse de ésta —gimió Jane.

—Yo continúo hablando de todas las cosas bonitas que tenemos aquí —observó Susan—. Quizás esto la decida a quedarse.

—Sí, todos conocemos estas cosas —estalló Jane—. Los copos de nieve en la ventana de la cocina, en febrero, las primulas del bosque en primavera, el viejo granero donde los gatos tienen sus crías... Tonterías, porque en Holly Farm también habrá gatos, primulas y copos de nieve. Ojalá todo terminase. ¡Me estoy enfermando!

—A «Gordito» no le gustaría vivir en otro establo —afirmó Susan.

—Bueno, entonces déjalo aquí —decidió Melisande.

—Debes estar loca —se burló la niña, saliendo de la estancia.

Al día siguiente tuvieron un visitante inesperado cuando los chicos volvieron de la escuela. ¡Su tío David! Todos le rodearon alborozadamente, y él contempló aturdido a sus tres hijos.

—¡Si no los conozco! —gritó—. ¡No los conozco! Cyril está tan recio como Jack. ¡Y Melisande ha engordado!

—No es verdad —objetó la joven, a la que no le gustaba estar gorda. Pero estaba encantada de ver a su padre, el cual también estaba rejuvenecido.

—No, Melisande no está gorda —afirmó su tía, salvándola del compromiso como de costumbre—. ¿Y qué te parece Roderick?

—¡Estupendo! —El niño resplandeció—. Y ya veo que sabe sostenerse sobre sus pies.

A la hora del té, cuando ya se hubieron intercambiado todas las novedades, la charla derivó hacia Holly Farm. Los tres mayores discutieron ampliamente el asunto. Y ante el mal humor de los muchachos, todos opinaban que era un lugar encantador.

—Iremos a verla mañana, David —propuso la señora Longfield—. Allí es donde se cometió el último robo, éste que te han contado los muchachos.

Una vez despejado la mesa, los chicos se sentaron en la salita, hablaron, haciendo los deberes y las niñas zurciendo. Tío David les habló de su empleo. Estaba claro que le gustaba mucho. También se refirió a tía Rose, a cómo procuraba ir a verla lo más a menudo posible y cómo suspiraba por tener pronto un lugar para los niños.

—¿Le gustaría a tía Rose que compraras una granja en Escocia? —inquirió Susan—. Ya sé que a ella no le gusta ser granjera.

—Pues esto o nada —replicó su tío con gravedad—. A partir de ahora, la granja será mi única ocupación.

Aquella noche los tres mayores hablaron en el despachito del señor Longfield de varios asuntos privados. Los muchachos oyeron cerrarse la puerta y se contemplaron unos a otros.

—¿Por qué ha venido tío David? ¿A buscaros? —quiso saber Susan.

—No lo sé —replicó Cyril, inquieto.

—Bueno, conseguirás tu deseo antes de lo que esperabas, Jane —le dijo Melisande.

—¿Qué deseo?

—Quedarte sola con tus hermanos. Y tener el dormitorio para ti sola.

Hubo un silencio.

—En realidad, no me alegraré, Melisande —exclamó Jane, súbitamente—. Yo me he acostumbrado a ti.

—¿De veras? Oh, lo mismo te digo, querida Jane.

—¡Y yo me sentiré perdido sin Jack! —confesó Cyril.

Roderick y Susan se contemplaron mutuamente.

—Le pediré a mamá que deje quedarse a Roderick —murmuró la niña—. ¿Tú quieres irte?

—No, me encanta Mistletoe —aseguró el niño, gravemente. Y añadió—: Iré a mi casa solamente los días de fiesta.

Dos días más tarde, Jack fue a la granja Holly con un mensaje de parte de su madre. Al marcharse, le llamó el señor Roker.

—Hola, jovencito. Conque detective, ¿eh? Fuiste muy listo la semana pasada. ¿Sabes que ya cogieron al ladrón y he recuperado mi dinero?

—¡Qué contento estoy! —Se entusiasmó Jack—. ¿Cómo lo cogieron?

—Por su pelo y su barba. La policía se puso en comunicación con todos los barberos de Londres, y hubo uno que avisó a Scotland Yard. Mala persona aquel ermitaño.

—Sí. Vaya, buenas tardes, señor Roker.

—Buenos tardes, chico. ¡Y dale las gracias a tu padre por haberse decidido a comprarme la granja!

Jack estaba montando de nuevo en «Sombrita» cuando comprendió el significado de aquella frase.

¡Conque ya estaba hecho! Su madre se había decidido y su padre le había comunicado al señor Roker aquella decisión. Tendrían que abandonar la granja Mistletoe, su querida granja. Por esto había venido tío David de Escocia, para llevarse consigo a sus tres hijos, que no cabían en la nueva granja.

Se sintió muy desdichado.

Cuando llegó a la casa halló a los demás en la salita y les comunicó la noticia.

—Papá ha comprado Holly Farm. Acaba de decírmelo el señor Roker.

Hubo un silencio aterrador. Jane sintió que las lágrimas la ahogaban. Susan gimió en voz alta y todos parecieron acongojados.

—Bueno, supongo que ya nos lo dirá mamá —exclamó Jack, pugnando por contener los sollozos.

Y, efectivamente, al día siguiente la señora Longfield reunió a todos los muchachos en la salita.

—Papá, yo y el tío David queremos hablar con vosotros. Jane y Melisande, id a ayudar a Dorcas a lavar los platos. Se trata de Holly Farm.

El tío David y el señor Longfield entraron en la habitación.

Jane y Melisande fueron al comedor a quitar los platos para llevarlos a la cocina. Pero no tardaron en volver, inquietas, angustiadas, como todos los demás. Mientras tanto, el señor Longfield había estado discutiendo de precios del mercado con su hermano. Su esposa le tocó en un brazo.

—Vamos, Peter. Los chicos aguardan la noticia.

—Oh, sí. Dijimos que se lo comunicaríamos hoy... que ya todo está firmado y sellado, ¿verdad, Linnie? —El padre se volvió sonriente hacia los muchachos—. Bueno..., hemos comprado Holly Farm.

Hubo protestas, gritos y sollozos.

—¡No es verdad, no es verdad! —chilló Susan.

—¿Qué os pasa? —Sé sorprendió el señor Longfield. Pero su mujer ya lo sabía.

—Muchachos, no os alteréis. Hemos comprado Holly Farm, es cierto, pero para vuestro tío David, no para nosotros. ¡Nosotros nos quedamos aquí! No podíamos dejar esta casa, ¿verdad? Yo no podía. A tu padre también le gusta mucho, vosotros os habéis criado aquí y... yo la amo, a pesar del exceso de trabajo.

Apenas pudo terminar su discurso porque los tres hijos se le abalanzaron encima.

—¡Oh, mamita, es demasiado bello para ser verdad!

—¡Qué delicia!

—¡Gracias, gracias, mamá!

El señor Longfield y su hermano reían a carcajadas. Melisande, Cyril y Roderick también estaban emocionados.

—Papá... —exclamó la primera—. Entonces viviremos casi al lado de Mistletoe. Y yo podré ir a la misma escuela... y también mis hermanos.

—Yo no —intervino Cyril—. ¡Dejo los estudios, papá! Te ayudaré en la granja. Quiero poseer unas manos duras y fuertes.

—¿Y tendremos caballos nuestros? —preguntó Roderick, esperanzado—. ¡Oh, papá, qué buena idea! Me gusta vivir en una granja... y más ahora que será nuestra.

—Gracias a la bondad de vuestro tío que confía en mí —le contestó su padre—. Él me ha prestado el dinero y yo lo trabajaré. Mamá vendrá a vivir con nosotros, tan pronto como todo esté instalado. Sé que le encantará Holly Farm, tan moderna.

Hubo una completa Babel de voces después de estas palabras.

—¡Y nosotros que creíamos que habíais vendido esta granja!

—¡Y que habíais comprado Holly Farm para nosotros!

—Ahora podremos estar todos juntos por Navidad...

—¡Bravo! —gritó también el señor Longfield, complacido—. Me alegro de ver tan bien avenidos a los seis primos, por primera vez en su vida.

—¡Oh, papá! —exclamó Jane, radiante—. Estaba seguro de que tendríamos que irnos de aquí...

—Pues yo no —aseguró Susan, muy desenvuelta—. Nunca me lo creí.

—¿De veras? Pues lo disimulaste muy bien —se burló Roderick.

—Por fortuna para todos, esta vez vuestros deseos se han realizado... —suspiró la señora Longfield—. Y me alegra pensar que, en realidad, seguiremos todos reunidos para toda la vida... Holly Farm será una granja maravillosa... como ya lo es Mistletoe.

—¡Viva Mistletoe! —gritó Cyril, enardecido.

—¡Y viva Holly Farm! —le contestó Jack, riendo.

La dicha reinaba en todos aquellos jóvenes corazones, que ahora estaban ya tan unidos, gracias a la granja Mistletoe.



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo xx, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como *Los Cinco* y *Los Siete Secretos* (ambos ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] «Smell» en inglés significa olor. (N. del T.). <<

[2] «Mistletoe» en inglés significa muérdago. (N. del T.). <<